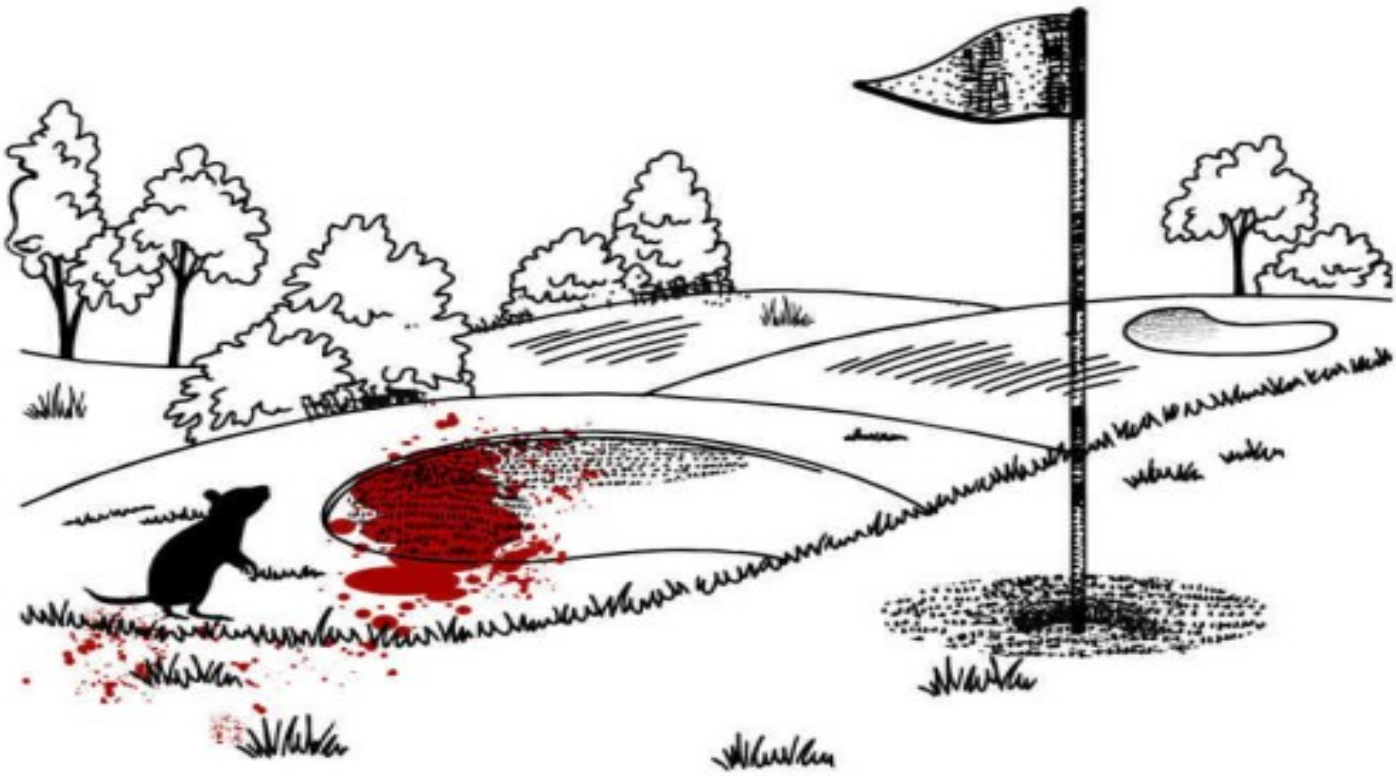
JACKIE SHARP



BODY IN THE BUNKER

Body in the Bunker

Jackie Sharp

Copyright © 2026 por Jackie Sharp

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma sin el permiso por escrito del editor o del autor, excepto según lo permitido por las leyes de derechos de autor de los EE. UU.

Contents

1. Prólogo.
2. Capítulo uno
3. Capítulo dos
4. Capítulo tres – Tres días antes.
5. Capítulo cuatro
6. Capítulo cinco
7. Capítulo seis
8. Capítulo siete
9. Capítulo ocho
10. Capítulo nueve
11. Capítulo Diez
12. Capítulo once
13. Capítulo doce – Actualidad.
14. Capítulo trece
15. Capítulo catorce
16. Capítulo quince

17. Capítulo dieciséis
18. Capítulo Diecisiete
19. Capítulo dieciocho.
20. Capítulo Diecinueve
21. Capítulo Veinte
22. Capítulo veintiuno
23. Capítulo veintidós
24. Capítulo veintitrés
25. Capítulo veinticuatro
26. Capítulo veinticinco
27. Capítulo Veintiséis
28. Capítulo veintisiete
29. Capítulo veintiocho.
30. Capítulo Veintinueve
31. Capítulo treinta
32. Capítulo treinta y uno
33. Capítulo treinta y dos
34. Capítulo treinta y tres
35. Capítulo treinta y cuatro
36. Capítulo treinta y cinco
37. Capítulo treinta y seis
38. Capítulo treinta y siete
39. Capítulo treinta y ocho
40. Capítulo treinta y nueve.
41. Capítulo Cuarenta
42. Capítulo Cuarenta y Uno
43. Capítulo cuarenta y dos.

44. Epílogo
45. Otras obras de Jackie Sharp

Prólogo.

Una figura solitaria estaba sentada en el banco de madera del destartalado kiosko de música, contemplando el océano. El sol se hundía tras ella: un disco naranja ardiente que pronto desaparecería tras las oscuras colinas de las afueras de Shell Bay. Septiembre había sido inusualmente caluroso, pero las noches traían un frío que atravesaba la ropa y se instalaba en los huesos.

La mujer se estremeció cuando una brisa Detection fuerte azotó la superficie del agua, formando crestas blancas en la marea que subía.

Encendió otro cigarrillo, con la llama del mechero parpadeando al viento. Luego aplastó el anterior con el tacón contra el suelo de hormigón, dejando una pequeña marca negra entre otras tantas. El kiosko de música había conocido tiempos mejores, pensó. La pintura se desconchaba, la madera se pudría en las esquinas y había grafitis garabateados en los pilares de apoyo. Otro rincón de Shell Bay que necesitaba atención pero que nunca la recibía.

Había vivido aquí toda su vida. El tiempo suficiente para recordar cuando este lugar importaba de verdad. Tardes de domingo en verano en las que todo el pueblo merendaba en la playa, con los niños corriendo entre las olas mientras los padres extendían las mantas sobre la arena. Luego, al acercarse la noche, todos se

reunían para escuchar a la banda del instituto tocar, justo donde ella estaba sentada ahora. La música había sido mediocre como mucho, pero eso no importaba. Era comunidad. Tradición. Algo que pertenecía a Shell Bay. En el kiosko de música y en la playa incluso se habían celebrado famosos concursos de talentos.

Ahora el kiosko de música permanecía vacío la mayoría de los días, cayéndose a pedazos poco a poco mientras el pueblo discutía sobre carriles bici y eslóganes de campaña.

Sacudió la cabeza con brusquedad, molesta consigo misma. No era dada a la nostalgia. Eso era para los débiles, para la gente que vivía en el pasado porque no podía soportar el presente. Era muy consciente de que la memoria lo ve todo de color de rosa y de que los «viejos buenos tiempos» nunca fueron tan buenos como la gente recordaba.

Ella era como un tiburón: siempre avanzando, siempre cazando, sin mirar nunca atrás.

Aquel pensamiento le hizo sonreír con el cigarrillo en la boca. Le habían llamado cosas peores que tiburón. Mucho peores. Y a menudo a la cara.

Pero nunca le habían importado las opiniones ajenas. De hecho, disfrutaba bastante provocando un poco de indignación de vez en cuando, siendo el centro de los cotilleos y las especulaciones. Que hablen. Que se escandalicen y murmuren sobre ella mientras toman café. Ella era la que invertía en el futuro de Shell Bay, no ellos.

El viento arreció, más frío ahora, trayendo consigo el olor salino del océano y algo más: el otoño que se aproximaba, el cambio de estación. La mujer metió las manos en los bolsillos de la chaqueta para calentarse, dejando el cigarrillo colgando de la comisura de los labios.

Una mano se cerró sobre un trozo de papel, arrugado y desgastado de tanto manosearlo. Lo sacó despacio, como si pudiera morderla.

Sabía lo que era. Lo había leído mil veces, quizá más. Las suficientes para haberse memorizado las palabras.

—ELECCIONES A LA ALCALDÍA DE SHELL BAY —proclamaban las letras grandes y negras de la parte superior. Debajo, los detalles:

fechas, candidatos, lugares de votación. La maquinaria de la democracia dispuesta en columnas pulcras y lenguaje oficial.

Algo tan sencillo. Solo papel y tinta. Solo unas elecciones en un pueblo pequeño que apenas importaba a nadie fuera de sus límites.

Pero las cosas sencillas podían tener consecuencias complicadas.

Las cosas sencillas podían cambiarlo todo.

La mujer se quedó mirando el papel un buen rato, con una expresión ilegible en la oscuridad creciente. De repente, con violencia, lo hizo una bola apretada y lo tiró.

El papel rebotó una vez en el suelo de hormigón del kiosko de música y luego lo atrapó el viento. Rodó y voló como un ser vivo, bailando por la playa hacia el mar. Lo vio alejarse, siguiendo su trayectoria errática hasta que desapareció en la oscuridad.

A otra cosa.

Dio una larga calada a su cigarrillo; la brasa brillaba con un rojo intenso en la penumbra. El viento deshizo de inmediato el humo que exhaló.

Mientras permanecía allí sentada, sola en el decadente kiosko de música, viendo cómo la última luz se desvanecía del cielo, se preguntó qué dirían las cotillas si supieran lo que había hecho.

Por una vez en su vida, se preguntó si esta vez —esta única vez— había llegado demasiado lejos.

Capítulo uno

Vamos, alcalde Godson, intentémoslo de nuevo —dijo James Parker, el profesional jefe del Shell Bay Golf Club, con la paciencia cuidadosamente medida de quien está desactivando una bomba. —¿Recuerda lo que hemos comentado sobre la presión de agarre? Tan ligera como si sostuviera a un pajarito...

—¡Por supuesto! —Gordon ajustó su agarre en el palo, apretándolo con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Su atuendo de golf, de forma inverosímil, se había vuelto aún más extravagante en los últimos tres meses. El conjunto de hoy consistía en unos pantalones bombachos de color verde lima con rayas diplomáticas en rosa fucsia, un polo amarillo chillón adornado con pelotas de golf danzantes y una gorra que parecía estar hecha enteramente de lentejuelas. Los socios más tradicionales del club de campo habían empezado a usar gafas de sol durante todo el año.

—Señor, eso es... eso se parece más a estrangular a un pavo —dijo James, observando cómo Gordon forcejeaba con el palo como si este intentara escapar—. Quizá podríamos...

—¿Le he dicho que he estado viendo todos los canales de golf? —le interrumpió Gordon, ejecutando lo que claramente creía que era un swing de práctica pero que se parecía más a un hombre defendiéndose de un enjambre de abejas—. He grabado todos los

torneos importantes desde 1985. Ya lo tengo todo descifrado. Tiger Woods, Phil Mickelson... son buenos, no me malinterprete, pero creo que he detectado en qué se están equivocando.

James cerró los ojos brevemente, elevando una plegaria silenciosa a cualquier deidad que pudiera estar escuchando. En quince años enseñando golf, nunca se había encontrado con nadie como Gordon Godson. Al hombre le sobraba entusiasmo, pero su relación con las leyes básicas de la física se podría describir, en el mejor de los casos, como de «hostilidad abierta».

—Alcalde Godson, quizá deberíamos centrarnos primero en lo básico. Su postura, por ejemplo...

—¡Llámeme Gordon, por favor! Al fin y al cabo, no seré alcalde mucho más tiempo. —Gordon sonrió de oreja a oreja, ajustando su postura hasta parecer un hombre que intentaba hacer surf en tierra firme—. Solo unos meses más y luego, hola, PGA Tour. Ya he empezado a diseñar mi propia línea de ropa de golf.

James sintió que un dolor de cabeza empezaba a asomar tras sus ojos. —Señor... Gordon... sobre el PGA Tour. ¿No cree que eso podría ser un poco... ambicioso? Después de todo, solo lleva jugando tres meses, y... —señaló con un gesto de impotencia hacia el campo de prácticas, donde las pruebas de los intentos anteriores de Gordon eran claramente visibles. Varias pelotas de práctica habían acabado de algún modo en los árboles, una flotaba en una taza de café que alguien había dejado en un banco a cincuenta yardas a la derecha de su puesto, y la mayoría de los demás golfistas se habían alejado de las inmediaciones por su propia seguridad.

—¡Tonterías! —declaró Gordon, realizando otro swing de práctica —. Todo es cuestión de pensamiento positivo. He estado leyendo este libro, *Camino a la gloria en el golf en diez sencillos pasos*, y dice que todo es posible si crees en ti mismo. Compromiso más coordinación de manos y ojos. ¿Sabía que una vez hice una partida perfecta a los bolos? El golf no es diferente, si me pregunta a mí.

—Eso fue en la Wii Sports, señor. Me lo mencionó en la última lección.

—El mismo principio. —Gordon se colocó detrás de la bola, con su gorra de lentejuelas brillando como una bola de discoteca bajo el sol

de la tarde—. Ahora, observe este drive.

James observó con una fascinación horrorizada cómo Gordon iniciaba su backswing, un movimiento que parecía involucrar a todos los músculos de su cuerpo excepto a los que realmente se necesitaban para el golf. El palo trazó un arco que desafiaba varias leyes de la física, mientras los pies de Gordon realizaban lo que parecía un zapateado improvisado.

—Señor, quizá deberíamos... —empezó James, pero era demasiado tarde.

La cabeza del palo hizo contacto con... algo. No con la bola; esta permaneció intacta sobre su tee, balanceándose suavemente con la brisa del swing de Gordon. Pero hubo contacto, sin duda, seguido de un sonido que James nunca había oído antes en un campo de golf: un cruce entre un silbido y un tañido. James se agachó instintivamente.

La gorra de lentejuelas de Gordon salió volando, girando como un OVNI enjoyado hacia la casa club. Su palo siguió una trayectoria diferente, lanzándose con una velocidad sorprendente hacia el aparcamiento. La alarma de un coche a lo lejos sugirió que había encontrado un objetivo.

—¿Ha visto eso? —Gordon se irguió, radiante de orgullo—. A eso lo llamo yo potencia. Aunque... —miró a su alrededor, desconcertado —. ¿Adónde ha ido la bola?

—Sigue en el tee, señor —dijo James con cansancio—. Junto con lo que me quedaba de ganas de vivir.

—Ah. —Gordon contempló la bola intacta con asombro.

James consultó su reloj. Llevaban cuarenta y cinco minutos en ello.

—Quizá deberíamos tomar un descanso —sugirió esperanzado—. Repasar algunos fundamentos.

—¡No hay tiempo para descansos! —Gordon ya estaba sacando otro club de su bolsa—. Faltan solo tres meses para el Campeonato Senior Amateur. Ya he mandado imprimir mi discurso de victoria en papel dorado. ¿Quiere oírlo?

Antes de que James pudiera formular una respuesta diplomática, Gordon sacó un pergamino de su bolsa de golf.

—Damas y caballeros del mundo del golf —empezó a leer Gordon con dramatismo—. Al encontrarme hoy aquí, tras haber pulverizado todos los récords de la historia del golf amateur...

Una tos suave le interrumpió. María, su esposa, impecable con una ropa de golf de diseño que, de algún modo, hacía que el atuendo de Gordon pareciera aún más extravagante por comparación, había aparecido junto a su puesto.

—Gordon, querido —dijo ella con voz melosa—, ¿estás torturando de nuevo a este pobre joven?

—¡María! —Gordon guardó rápidamente el pergamino en su bolsa —. No estoy torturando a nadie. James me está ayudando a perfeccionar mi técnica antes de hacerme profesional. ¿Verdad, James?

James emitió un sonido que podría haber significado cualquier cosa.

—Por supuesto que sí. —María sonrió—. Pero debo robártelo, Gordy. Mis amigas están esperando a que les dedique algo de su experta atención.

—Pero mi lección... —Gordon señaló la bola intacta.

—Estoy segura de que a James le vendrá bien un descanso. Para... preparar técnicas más avanzadas para tu próxima lección. —Maria se entrelazó del brazo de James—. Además, no querrás alcanzar tu punto máximo demasiado pronto antes del campeonato, ¿verdad?

—Supongo que no, cariño. Siempre sabes qué es lo mejor — suspiró Gordon. Entonces se animó—. ¿Quizá podría practicar por mi cuenta? Ya sabes, trabajar en mi técnica, ¿tal vez en el campo de prácticas?

—Eh, no, señor, eso no será posible hoy —dijo James Parker apresuradamente, mientras María se lo llevaba—, ¿pero podría probar con los primeros nueve hoyos? Es un día tranquilo en el campo.

—Excelente idea. —Gordon sonrió radiante.

Capítulo dos

Gordon vio cómo James Parker se retiraba hacia la casa club con María, sintiendo una oleada de entusiasmo mezclada con una ligera sensación de abandono. Por fin podía practicar sin que nadie rondara a su alrededor, señalando cada pequeña cosa que hacía «mal». Ya conocía los conceptos básicos. ¿Cómo de difícil podía ser?

Inspeccionó el primer hoyo: un apacible par cuatro con un ancho fairway que, a los optimistas ojos de Gordon, parecía una enorme alfombra verde desplegada solo para él. El sol de la mañana destellaba en su gorra de lentejuelas, que había recuperado de cerca de los escalones de la casa club.

—Bien, entonces —dijo Gordon en voz alta, colocando su bola en el tee—. Agarre como si fuera un pajarito. Postura como... ¿cómo era? ¿Un surfista? No, eso no estaba bien.

Se colocó frente a la bola, contoneando las caderas en lo que creía que era la rutina previa al swing adecuada que había visto en la televisión.

Gordon hizo el swing.

La bola salió disparada en un ángulo de noventa grados, desapareciendo en un grupo de arbustos ornamentales con un crujido furioso. Un cuervo sobresaltado surgió del follaje, graznando lo que sonaba claramente como una blasfemia.

—Un poco de viento —anunció Gordon a nadie en particular—. Un viento cruzado inesperado. Muy traicionero.

No había viento. La bandera colgaba lacia en su mástil, en el imperturbable green que tenía delante.

Colocó otra bola en el tee. Esta vez estaba seguro de que lo haría bien. Simplemente había estado demasiado tenso. La relajación era la clave. Respiró hondo, dejando caer los hombros y aflojando el agarre hasta alcanzar la suavidad de un polluelo...

El club se le resbaló de las manos a mitad del swing, volando como un helicóptero por el aire antes de incrustarse en la inmaculada hierba del fairway.

—Quería hacer eso —masculló Gordon, caminando fatigosamente para recuperar su club—. Probando la... aerodinámica.

Para cuando llegó al séptimo hoyo, el humor de Gordon se había agriado un poco. Su tarjeta de puntuación —si hubiera sido honesto al llevar una— habría requerido notación científica. Había perdido seis bolas en obstáculos de agua (tres en el mismo estanque), dos en los árboles, una en lo que estaba bastante seguro de que era la madriguera de una marmota, y otra que simplemente se había esfumado en el aire.

Sus pantalones bombachos estaban manchados de barro tras un desafortunado intento de recuperar una bola de un arroyo. Su polo amarillo estaba rasgado en el hombro por su batalla contra una zarza. Su gorra de lentejuelas estaba ladeada, tras haber recibido un golpe de costado cuando un swing particularmente salvaje terminó con él dándose, básicamente, en la cabeza con su propio club.

Pero Gordon Godson no era alguien que se rindiera.

—Séptimo hoyo —anunció con grandilocuencia al campo vacío—. Par tres. Ciento sesenta y cinco yardas. Debería ser fácil.

El hoyo se extendía ante él, engañosamente sencillo. Un tiro directo sobre un pequeño estanque, aterrizando en un green rodeado por tres búnkeres de arena. El búnker que estaba justo delante captaba la luz de la mañana, y su arena parecía inmaculada y recién rastrillada.

Gordon seleccionó lo que creía que era su hierro siete, aunque dado su conocimiento de los clubs de golf, podría haber sido

cualquier cosa. Se posicionó, recordando el consejo de James sobre mantener la vista en la bola.

Hizo el swing con toda la confianza de alguien que se había pasado las últimas dos horas demostrando que no tenía derecho alguno a sostener un club de golf.

La bola se elevó en el aire en un arco magnífico que sorprendió tanto a Gordon que, de hecho, jadeó. Voló recta y certera, cubriendo fácilmente cien yardas antes de que la física recordara quién mandaba. La bola giró bruscamente a la derecha, luego a la izquierda, después pareció tomar una decisión y se desplomó hacia la tierra como una piedra.

Aterrizó con un suave soplo en el búnker de arena que tenía justo delante.

—¡Ja! —Gordon dio un puñetazo al aire, triunfal—. ¡Al búnker! ¡Eso es prácticamente estar en el green! ¡Es casi un hoyo en uno!

Cogió su wedge (o posiblemente su putter) y marchó hacia el búnker.

La trampa de arena era más grande de lo que parecía desde el tee. Gordon se detuvo en el borde, buscando su bola. El sol de la mañana estaba más alto ahora, disipando los últimos jirones de niebla que se aferraban a los bordes del campo. Los pájaros cantaban en los árboles cercanos. Era pacífico. Incluso hermoso.

—Ahí estás, diablillo —masculló Gordon, divisando un destello blanco cerca del centro del búnker.

Empezó a bajar por la pendiente, y sus zapatos de golf se hundieron de inmediato en la arena blanda. Estaba más profunda de lo que esperaba, y tuvo que agitar los brazos como un molino para mantener el equilibrio. Su wedge se le escapó de las manos y cayó rodando por delante de él, trazando un surco en la arena inmaculada.

—Maldita sea —bufó Gordon, abriéndose paso hacia el centro del búnker. La arena parecía decidida a tragarse sus pies a cada paso, y le cubría los pantalones bombachos húmedos y embarrados.

Llegó a su bola —o a lo que creía que era su bola— y se agachó para examinarla.

No era una bola.

Era un botón. Un botón grande y de aspecto costoso, del tipo que llevan los trajes de diseño. Relucía bajo la luz del sol matutino, medio enterrado en la arena.

—Lugar extraño para un botón —reflexionó Gordon, recogiéndolo y examinándolo más a fondo. El metal estaba frío al tacto, pesado. Un trabajo de calidad. Se lo guardó en el bolsillo distraídamente y buscó su bola de verdad.

Fue entonces cuando notó otras irregularidades en la arena. No era la superficie lisa y rastrillada que James Parker mantenía con tanto orgullo, sino alteraciones. Parches rugosos. Una zona donde la arena parecía removida, alisada apresuradamente, pero no del todo bien.

Y allí... ¿eso era tela?

Gordon dio un paso más, entornando los ojos. Un pico de tela oscura sobresalía de la arena, apenas visible. Su primer pensamiento fue que alguien se había dejado una chaqueta allí. Qué descuido, la verdad. Aunque, ¿quién dejaría una chaqueta cara en una trampa de arena?

Se agachó y tiró de la tela.

No salió con facilidad. Parecía estar sujeta a algo. Algo pesado.

Gordon tiró con más fuerza, usando ahora ambas manos, con sus zapatos de golf resbalando en la arena mientras se afianzaba para hacer palanca.

La arena se desplazó, deslizándose en una pequeña avalancha.

Una mano emergió de debajo de la superficie.

Gordon se la quedó mirando durante un largo y gélido momento. Su cerebro, que se había pasado los últimos tres meses centrado principalmente en la mecánica del swing de golf y en la elección de pantalones bombachos, luchaba por procesar lo que estaba viendo.

Era una mano. Una mano humana. De tono grisáceo y aspecto cerúleo, con los dedos ligeramente encogidos y un reloj de oro todavía brillando en la muñeca.

—Oh —dijo Gordon en voz baja. Luego, más alto: —Oh.

Y después, mucho más alto: —¡*Oh!*

Tropezó hacia atrás, con los pies enredándose en la arena, y cayó de nalgas con un golpe poco digno. La mano permaneció donde

estaba, surgiendo de la arena como algo sacado de una película de terror.

La boca de Gordon se abrió y se cerró varias veces, sin producir sonido alguno.

Se puso en pie de un salto, o lo intentó. La arena parecía haberse convertido en arenas movedizas, agarrándole los zapatos, los tobillos. Cada movimiento hacia adelante resultaba en un deslizamiento hacia atrás. Su wedge, olvidado, yacía medio enterrado cerca.

—Auxilio —graznó Gordon. Luego, recordando que estaba solo en el campo, gritó más fuerte—: ¡*Auxilio!*

Su voz resonó por el fairway vacío, asustando a una bandada de gansos del estanque. Graznaron su descontento y emprendieron el vuelo.

Gordon consiguió finalmente salir del búnker a gatas, usando manos y rodillas, mientras su gorra de lentejuelas se caía y rodaba hacia la mano expuesta. La dejó allí. No había fuerza en la tierra que le hiciera volver a por ella ahora.

Se quedó en el borde de la trampa de arena, respirando con dificultad, mirando fijamente lo que había descubierto. La mano parecía acusarle, apuntando hacia el cielo azul perfecto.

Definitivamente había un cuerpo ahí abajo. Un cuerpo entero. Alguien había enterrado un cadáver en la trampa de arena del hoyo siete.

—Dios mío —susurró Gordon—. Dios mío, Dios mío, Dios mío.

Sus piernas, que le habían llevado a través de tres meses de lecciones de golf e innumerables swings fallidos, recordaron de repente cómo moverse con determinación.

Gordon corrió.

Corrió como nunca antes lo había hecho, con los pantalones bombachos ondeando alrededor de sus rodillas y su polo amarillo roto ondeando tras él como una bandera desastrada. Sus caros zapatos de golf, diseñados para una tracción óptima en fairways cuidados, le hacían resbalar y deslizarse sobre la hierba como un personaje de dibujos animados.

Pasó corriendo por el sexto hoyo, donde un grupo de cuatro jugadores levantó la vista alarmado.

—¡Un muerto! —les gritó Gordon—. ¡*Hay un muerto en el búnker*!

Pasó corriendo por el quinto hoyo, por el cuarto, dejando atrás a grupos de golfistas que se detenían a mitad del swing para mirar al hombre de ojos desorbitados vestido de verde lima que corría desbocado hacia la casa club.

—¡*Muerto!* —gritaba Gordon desesperado—. ¡*Bien muerto*!

Entró por las puertas de la casa club con tal fuerza que estas chocaron contra las paredes, haciendo que varios clientes que disfrutaban de su café matutino saltaran de sus asientos.

James Parker levantó la vista de la barra, donde había estado disfrutando de un merecido descanso.

—¿Alcalde Godson? ¿Se encuentra...?

—¡*Un cuerpo*! —bramó Gordon, inclinándose con las manos en las rodillas, jadeando por aire—. ¡*Búnker!* ¡*Hoyo siete*! ¡*Una mano! ¡Mucha mano!*

María apareció del vestuario de señoras, y su expresión pasó de una ligera preocupación a la alarma. —¡Gordon! Cariño, ¿qué ha pasado? Parece que has visto un fantasma.

—Un fantasma no —consiguió decir Gordon entre jadeos—. Peor. Un cuerpo. Un cadáver. En el búnker. Hoyo siete. Solo intentaba encontrar mi bola, y luego apareció un botón, y luego una mano y... —Se enderezó, con el rostro pálido bajo su bronceado de campo de golf—. Tenemos que llamar a la policía. Ahora mismo. Hay una persona muerta enterrada en su trampa de arena, James.

La casa club se había quedado en silencio. Todos los ojos estaban puestos en Gordon, observando su apariencia salvaje, su ropa manchada de barro y el terror auténtico de su mirada.

James Parker se puso blanco. —¿Está usted seguro?

—Vi una mano —la voz de Gordon se quebró ligeramente—. Saliendo de la arena como... como algo de una película de zombis. Estoy absolutamente seguro. Hay definitivamente, al cien por cien, sin ninguna duda, una persona fallecida enterrada en su búnker.

Alguien en el fondo de la casa club se desmayó.

María sacó su teléfono, con los dedos firmes a pesar del caos. —Llamaré al 112.

—No, lo haré yo. Cuide usted de Gordon —dijo James Parker mientras cogía su propio teléfono.

Gordon se desplomó en la silla más cercana, sintiendo que sus piernas finalmente cedían. Se miró las manos; todavía temblaban, todavía estaban cubiertas del polvo de la arena del búnker. El botón que había encontrado seguía en su bolsillo, presionando contra su pierna.

—Solo quería practicar mi swing —dijo débilmente a nadie en particular—. Solo quería mejorar en el golf.

James Parker terminó su llamada y le sirvió un whisky con manos temblorosas. —Invita la casa, señor.

Gordon se lo bebió de un trago y tendió el vaso para otro.

Iba a ser un día muy largo.

Capítulo tres – Tres días antes.

—Probablemente solo sean críos. La voz del Sargento Ray Reynolds sonó amortiguada e imprecisa; a sus palabras les costaba escapar de una boca llena de muffin Mocha Choca Crunch. Unas cuantas migas cayeron sobre su camisa, ya manchada, mientras hablaba. —También pasó en las últimas elecciones. Salvo que la última vez no se limitaron a robarlos, sino que, esto... —hizo una pausa para tragar— los vandalizaron.

—¿A qué te refieres con que los vandalizaron?

La Inspectora Linda Jenkins estaba de pie ante el tablón de incidencias de su despacho, con los brazos cruzados, estudiando la colección de fotografías que ahora tapizaba su superficie. Fotos de jardines vacíos donde antes solía haber carteles electorales. Calvas en el césped. Vecinos indignados señalando a la nada. Era, muy posiblemente, el tablón de investigación menos emocionante que había montado jamás.

Dio un largo sorbo a su café y enseguida hizo una mueca; el amargo líquido le cubrió la lengua como una decepción. La vieja cafetera de la comisaría había desarrollado una preocupante tendencia a producir lo que sabía a aceite de motor ligeramente cafeinado: oscuro, acre y vagamente metálico. Se descubrió anhelando el brebaje rico y aromático de The Bean Express, pero el

amanecer de septiembre sobre el océano había sido tan espectacular esa mañana, todo reflejos rosas y dorados en el agua en calma, que había alargado su carrera quince minutos más.

Ahora estaba pagando las consecuencias de aquel raro momento de autodisciplina.

Miró con severidad a Ray, que estaba desparramado en su silla de escritorio, totalmente ajeno al hecho de que ni se le había pasado por la cabeza traerle un café. O un muffin, ya puestos. La bolsa de papel de The Bean Express descansaba junto a su teclado, tentadoramente cerca, y el aroma a chocolate y café flotaba por el pequeño despacho como una provocación.

—Me refiero a que cogieron rotuladores negros y dibujaron guarradas en ellos —respondió Ray, sacudiéndose las migas de las manos con un despreocupado desdén por el suelo—. Especialmente en los carteles de Marshall Evans. Ya sabes que tiene esa cabeza calva, así que... —Esbozó una sonrisa—. Te lo puedes imaginar.

—Puedo —respondió Linda con tono seco, reprimiendo las ganas de sonreír a su pesar. El grafiti no era cosa de risa, incluso cuando demostraba cierto toque creativo. Como profesional, tenía que mantener las formas. Aunque la imagen mental de los carteles electorales de Marshall Evans luciendo añadidos anatómicamente creativos resultara, ciertamente, divertida.

—Anoche desaparecieron tres carteles más —continuó Ray—. Todos de Harbour View Road. La señora Pembroke está particularmente disgustada; dice que le pisotearon sus hortensias premiadas en el proceso.

—Qué horror —dijo Linda con sarcasmo, sin molestarse en apartar la vista del tablón—. Avisaré a la Brigada Especial de inmediato.

—Búrlate todo lo que quieras, jefa, pero te lo digo yo: estas elecciones van a traer problemas. —Ray se hundió más en su silla, que protestó con su habitual crujido torturado—. Este tipo de delitos menores pueden escalar hasta convertirse en algo feo. ¿Has sentido la tensión que hay en el puerto deportivo? —Se inclinó hacia delante con aire conspirador, bajando la voz—. Los Wharf Rats traman algo. Están celebrando reuniones políticas secretas.

—No pueden ser secretas si tú las conoces —señaló Linda, dándose la vuelta por fin para mirarlo. Arqueó una ceja—. Y los Wharf Rats siempre traman algo.

Los Wharf Rats. El apodo todavía la hacía sonreír, aunque nunca se lo admitiría a Ray.

Sarah Cooper se había mudado a Sea Breeze Marina para jubilarse, cambiando su angosto apartamento de Vancouver por un remolcador reformado y un sueño completamente impráctico. Había pasado toda su vida laboral como secretaria de un investigador privado, un detalle que omitía convenientemente cuando jugaba a ser detective aficionada, y se imaginaba a sí misma como una versión moderna de Miss Marple. Solo que, en lugar de una encantadora casita de campo inglesa, Sarah tenía un barco.

Jewell Winslow vivía en una pequeña embarcación llamada The Little Gem, donde organizaba el té diario de las dos de la tarde, que se había convertido en una especie de institución entre los residentes del puerto deportivo. Y Joseph Jackson no solo vivía a bordo de su barco de madera, el Cosmos, sino que también había abierto Dine on the Dock, el restaurante frente al mar que se había convertido en el corazón de la comunidad portuaria. Sus pasteles de cangrejo eran legendarios.

En secreto, Linda les tenía cariño a todos, aunque preferiría comerse las sobras del muffin de Ray antes que admitirlo en voz alta. Tenían la costumbre de interferir en los asuntos policiales, lo que la sacaba de quicio: civiles con buenas intenciones, demasiado tiempo libre y una alarmante falta de respeto por el procedimiento reglamentario.

Aun así, tenía que reconocer que le alegraba saber que actualmente estaban distraídos con las próximas elecciones a la alcaldía. Con suerte, se mantendrían ocupados con la campaña y dejarían el trabajo policial real para la policía de verdad.

Pero Ray tenía razón, admitió a regañadientes. Había una tensión peculiar vibrando en el aire en Shell Bay. Era el tipo de tensión que hacía que la gente susurrara en las cafeterías y mirara por encima del hombro en el supermercado, como si discutir de política se

hubiera convertido en un acto de espionaje en lugar de un deber cívico.

El alcalde Gordon Godson, pese a sus muchos fallos e ineptitudes como cargo electo —y eran muchos, meticulosamente documentados en el catálogo mental privado de Linda—, resultaba tranquilizadoramente familiar. El pueblo lo trataba con una especie de cariño exasperado, de la misma forma que uno vería a un golden retriever que se empeña en comerse los muebles. Sí, era un idiota, pero era su idiota. Previsible. Al menos con Gordon sabías a qué atenerte.

Desde que hizo su anuncio hace tres meses —presentado con su habitual estilo teatral en una reunión en el Ayuntamiento, con presentación de PowerPoint incluida sobre su «nueva vocación» en el golf profesional—, Shell Bay había estado bullendo como un avispero alborotado. La reacción inicial había sido de incredulidad («Está bromeando, ¿verdad?»), seguida de pánico («¿Quién va a dirigir el pueblo?») y finalmente se había estabilizado en su estado actual de nerviosa expectación.

La tensión había ido aumentando de forma constante mientras el debate electoral se vislumbraba en el horizonte como un nubarrón. En poco más de tres semanas. Eso era todo el tiempo que les quedaba a los candidatos para convencer a los votantes de Shell Bay. Después de eso, sería demasiado tarde: el debate era el último gran foro público antes de las elecciones, y todo el mundo sabía que podía encumbrar o hundir una campaña.

El tiempo se agotaba para cualquiera que estuviera pensando en presentarse, y la fábrica de rumores trabajaba horas extras. Linda había oído susurros sobre candidatos inesperados, comités de campaña secretos y al menos una historia sin confirmar sobre alguien que intentaba reclutar al dueño de Dave’s Deli Diner como candidato por libre basándose puramente en sus habilidades para hacer Bunwich.

Shell Bay, al parecer, se tomaba su política local muy en serio cuando se dignaba a prestar atención.

Ray se inclinó hacia delante en su silla.

—Estas elecciones son diferentes, jefa. Todo el mundo está tomando partido. Mi vecino no se habla con el de enfrente por una disputa sobre un cartel electoral. La reunión de la asociación de padres de la semana pasada casi termina a puñetazos. Hasta mi suegra se ha involucrado, y ella normalmente solo se preocupa por su club de bridge y por juzgar mis decisiones vitales.

Linda arqueó una ceja, genuinamente curiosa a su pesar. —¿A qué candidato apoya?

—A Karen Cross —dijo Ray, y luego su rostro se contrajo en un gesto de confusión—. Aunque sigo sin tener claro quién es ella en realidad. Simplemente... apareció de la nada.

—Ray, Karen Cross lleva doce años en el Ayuntamiento. Ha estado dirigiendo todo este pueblo mientras Gordon Godson se dedicaba a... bueno, a ser Gordon Godson.

La expresión de Ray pasó de la confusión a la sorpresa real. —¿De verdad? ¿Doce años? Podría haber jurado que nunca había oído hablar de ella antes del mes pasado. ¿Estás segura?

—Estoy totalmente segura. La he visto en el destacamento docenas de veces: entregando documentos, coordinándose con el sargento de estado mayor Croud, arreglando los desastres de Gordon. Incluso la hemos interrogado. —Linda miró a Ray, que aún mantenía una mirada de incertidumbre—. Es porque nadie se molestó nunca en aprenderse su nombre, Ray. Siempre era simplemente «la asistente del alcalde» o «esa mujer tan eficiente de la oficina» o, de vez en cuando, «la chica esa del Ayuntamiento». Ahora, de pronto, todo el mundo se da cuenta de que probablemente ha sido lo único que ha mantenido este pueblo funcionando mientras nuestro alcalde perseguía sus diversas obsesiones.

Hizo un gesto vago, abarcando todo el espectro de distracciones de Gordon a lo largo de los años. —La fase de los dinosaurios, el desastre del museo, el escándalo del concurso de talentos y ahora esto del golf.

—Vaya. —Ray se recostó, procesando esta información con visible esfuerzo—. Bueno, eso es... quiero decir, ¿bien por ella, supongo?

Aunque... —Frunció el ceño—. Cross no es precisamente un nombre que gane votos, ¿verdad? Suena un poco... no sé. Severo.

—En eso tienes razón —admitió Linda, pensando en los carteles de campaña que había visto brotar por todo el pueblo como malas hierbas agresivas—. Espero que alguien la ayude con el mensaje de su campaña. Esos carteles en blanco y negro con los brazos cruzados quedan un poco...

Se detuvo, buscando una palabra diplomática.

—¿Intimidantes? —sugirió Ray—. ¿Como si estuviera a punto de castigarte sin recreo? Vi uno nuevo ayer fuera de la oficina de correos. Debajo de su foto ponía: «Cross te vigila». Me hizo sentir culpable, y eso que no había hecho nada. Bueno, nada recientemente. No me extraña que la gente los arranque de los jardines. Dan mal rollo.

Linda no pudo evitar sonreír. —Podría ser peor. Al menos no puso «Haz que Cross sea tu jefa».

—O «No hagas que Cross se cabree» —añadió Ray, animándose con el tema—. O «Cruza el voto con Cross». ¡Oh! O «De todo corazón, vota a Cross».

—Ray. —Linda puso los ojos en blanco, pero estaba reprimiendo una carcajada. Se volvió de nuevo hacia el tablón de incidencias, estudiando las fotos de los jardines vacíos—. En fin, volviendo a estos carteles electorales robados. Intentemos centrarnos en el trabajo policial real en lugar de hacer consultoría política de aficionados.

Tocó una de las fotos con su bolígrafo. —La señora Pembroke dijo que oyó risitas alrededor de la medianoche cuando se llevaron su cartel. Risitas, Ray. ¿Te parece eso un sabotaje político serio? ¿O te suena a adolescentes aburridos gastando bromas?

—Definitivamente son chavales —asintió Ray, volviendo al modo policial—. Probablemente pensaron que era divertidísimo. Aunque, sinceramente, hoy en día les hace falta más disciplina a todos. Ningún respeto por la propiedad. Ningún respeto por la autoridad. Puede que tener a Karen Cross como alcaldesa no sea tan mala opción después de todo. —Dijo esto con gravedad, como quien

contempla una medicina necesaria pero desagradable—. Les meterá el miedo en el cuerpo.

—Cuidando las formas, como siempre —empezó Linda, y luego vio la sonrisa de Ray—. Ni se te ocurra —le advirtió—. Además, puede que nos esté vigilando.

—Ja, ja. —Ray hizo el paripé de mirar alrededor con nerviosismo —. ¿Crees que ha puesto cámaras? Tiene pinta de ser muy organizada con la vigilancia.

Linda se puso en pie y se estiró, sintiendo que sus músculos protestaban ligeramente. Le dolían los muslos por la carrera matutina, pero era un dolor gratificante, el tipo de dolor que confirmaba que realmente había logrado algo antes incluso de que el día hubiera empezado de forma oficial. Giró los hombros, liberando la tensión que siempre parecía acumularse entre sus escápulas cuando pasaba demasiado tiempo encorvada sobre el papeleo.

El reloj de la pared marcaba las 11:47. Casi la hora de comer. Su estómago rugió puntual. Y se había saltado el desayuno.

—Me voy a Sea Breeze Marina —anunció, cogiendo su chaqueta del respaldo de la silla.

Ray levantó la vista de su ordenador, donde había estado fingiendo actualizar el registro de incidencias. —¿Por qué? ¿Crees que Joseph está implicado en el robo de carteles? Eso me parece indigno de él. Tiene un restaurante que regentar.

—Por dos razones —dijo Linda mientras cogía su teléfono y comprobaba que llevaba su placa y la cartera en el bolso—. Una, has dicho que los Wharf Rats estaban teniendo reuniones políticas «secretas» —hizo el gesto de las comillas con los dedos— así que podrían tener información privilegiada sobre las campañas. Quién planea qué, cualquier tensión entre simpatizantes, ese tipo de cosas.

—¿Y la segunda razón?

—Harbour View Road recorre justo el acantilado sobre el puerto deportivo. Cualquiera que subiera desde el agua por la noche tendría fácil acceso a esas propiedades. —Linda se puso la chaqueta—. Podría ser casualidad. Podría haber una conexión. No lo sabré hasta que pregunte.

—Ya. —La sonrisa de Ray se ensanchó—. ¿Y esta investigación no tiene nada que ver con el hecho de que es casi la hora de comer y Joseph prepara unos tacos de pescado excelentes?

—Por supuesto que no —respondió Linda con dignidad, aunque no pudo reprimir del todo su propia sonrisa—. Esto es puro trabajo policial profesional. El hecho de que Dine on the Dock tenga los mejores menús del día de la ciudad es completamente irrelevante para mi proceso de investigación.

—Claro. Profesional. —Ray asintió con seriedad—. ¿Y si casualmente ves al doctor Marcus Alexander mientras estás allí, por pura coincidencia, por supuesto, eso sería solo un golpe de suerte?

Las mejillas de Linda se caldearon ligeramente. —Marcus está ocupado trabajando con Shirley Grimm. Está terminando su formación.

Había conocido al apuesto doctor durante un caso anterior y, desde entonces, habían mantenido el contacto.

—Si tú lo dices, jefa.

—Digo que sí. —Linda se dirigió a la puerta, pero se detuvo con la mano en el marco—. ¿Y Ray? Mientras no estoy, quizá podrías actualizar de verdad ese registro de incidencias en lugar de mirar los resultados deportivos que finges no estar viendo.

—¿Cómo has...?

—Soy detective, Ray. Mi trabajo consiste literalmente en fijarme en las cosas. —Se permitió una pequeña sonrisa de satisfacción—. Además, el reflejo de tu pantalla se ve en la ventana que tienes detrás.

El trayecto desde el destacamento hasta el puerto deportivo era uno que Linda ya había hecho incontables veces y, pese a su resistencia inicial a la vida de pueblo, tenía que admitir que resultaba agradable. El aire de septiembre era fresco y limpio, cargado con el olor salino y punzante del océano mezclado con los aromas más terrosos de las hojas caídas y alguna hoguera. El cielo tenía ese tono de azul particular que solo parecía existir en la costa: profundo y despejado, con unos pocos jirones de nubes pintados sobre él como un pensamiento de última hora.

Main Street estaba concurrida para ser mitad de semana; las tiendas hacían un negocio decente ahora que la temporada turística estaba terminando y los lugareños salían de su hibernación veraniega.

Mientras caminaba, se fijó en los carteles electorales. Los carteles en blanco y negro de Karen Cross, austeros y serios, con ese eslogan vagamente intimidante de «Cross te vigila» que le hacía pensar a Linda en un Gran Hermano con mejores dotes organizativas.

Y luego estaban los carteles de Marshall Evans.

Linda se detuvo en seco en mitad de la acera, haciendo que un adolescente en monopatín tuviera que esquivarla con una queja entre dientes.

Marshall Evans.

Ese Marshall Evans.

Los brillantes carteles de campaña mostraban su sonrisa excesivamente blanca y su reluciente cabeza calva. «Evans for Excellence», proclamaban las letras doradas, con «Experiencia en la que puedes confiar» en una tipografía más pequeña debajo. El diseño era profesional, de aspecto caro, y totalmente opuesto a la imagen que Linda tenía del hombre al que vio por última vez mientras lo sacaban de la escena del crimen con una conmoción cerebral.

Linda tensó la mandíbula mientras los recuerdos del caso de asesinato volvían en tropel. Marshall Evans, el baboso concejal que intentó sabotear a Gordon Godson. Marshall Evans, que había estado implicado en tratos corruptos con la Sociedad Nautilus. Marshall Evans, que acabó recibiendo el impacto de un rodillo de cocina de Joseph Jackson.

Y ahora, al parecer, Marshall Evans se presentaba a la alcaldía. De nuevo.

—Tiene que ser una broma —masculló Linda para sí misma.

Aunque, bien pensado —reflexionó con amargura—, esto era política. Al parecer, haber quedado inconsciente durante una conspiración criminal no era necesariamente un factor descalificante.

Continuó bajando hacia el puerto deportivo, con el humor considerablemente más sombrío que cinco minutos antes. El agradable aire otoñal, de repente, ya no parecía tan agradable.

Marshall Evans. Candidato a alcalde. Contra Karen Cross, la sufrida asistente de Gordon, que en realidad llevaba años haciendo el trabajo.

Linda tenía el presentimiento de que esos carteles electorales robados iban a ser el menor de los problemas políticos de Shell Bay.

Capítulo cuatro

¿Karen Cross? ¿Ese es su nombre real? ¿Su nombre completo? ¿Cómo es que nos acabamos de enterar?

Sarah Cooper había dejado de garabatear en su bloc de notas jurídico amarillo y ahora miraba a Karen, la asistente de Gordon Godson, con asombro.

—Por supuesto que es mi nombre. Siempre ha sido mi nombre. ¿Qué tiene de malo? —replicó Karen, con aire ofendido ante la pregunta.

—Eh, nada —dijo Sarah rápidamente—. Nada en absoluto. Olvide que lo he mencionado.

—De acuerdo.

Karen se removió en su silla. Ojalá nunca hubiera aceptado esta reunión. Había muchas cosas que empezaba a lamentar. Una de ellas era haber rellenado todos los formularios para presentarse a alcaldesa de Shell Bay en las próximas elecciones. Gordon Godson había sido el alcalde del pequeño pueblo costero durante doce años enteros, y ella había sido su asistente desde su primer mandato. Gordon Godson tenía un currículum inusual para un alcalde, que incluía una breve etapa como cantante principal de The Neon Dreamers, una banda de pop con un único éxito nacional, y todavía era muy conocido en un radio de 150 kilómetros de Shell Bay. Pero,

aparte del reconocimiento de su nombre y un entusiasmo sin límites, Gordon tenía pocas aptitudes para dirigir un pueblo, incluso uno tan pequeño como Shell Bay; aun así, se las había apañado para ganarse a los votantes en cada elección.

—Bueno —dijo Jewell Winslow—, tenemos que trabajar con lo que hay. «Cross» podría ser... dinámico. Contundente. Como si estuviese usted cabreada, «cross», por las cosas que necesitan arreglarse.

—No estoy cabreada por nada —dijo Karen de mal humor.

—¿Lo ve? ¡Perfecto! —Sarah había reanudado sus garabatos frenéticos—. Tiene ese aire de «indignación legítima». Muy de alcaldesa.

Joseph Jackson comentó: —Podría funcionar. Mejor que «Vota por la mujer que ha dirigido Shell Bay en secreto mientras Gordon aprende a jugar al golf».

—Yo no he estado dirigiendo en secreto... —empezó Karen.

—Por favor —interrumpió Jewell—, todos sabemos quién organizó realmente el alumbrado de Navidad después de que Gordon intentara sincronizarlo con «Stairway to Heaven» el año pasado.

—Y quién se encargó del festival del puerto cuando él reservó a los bailarines Morris y la exhibición de motos de agua para el mismo espacio —añadió Sarah.

—Y quién le impidió cambiar el nombre de todas las calles por terminología de golf —contribuyó Joseph—. Aunque en cierto modo me gustaba la idea de vivir en el bulevar del Bogey.

Karen se apretó el puente de la nariz. —Eso no es más que un simple control de daños. Es mi trabajo.

—Era su trabajo —corrigió Sarah—. Ahora se presenta a alcaldesa. Lo que significa que tenemos que trabajar en su imagen. Hacerla más... visible.

—No quiero ser visible —protestó Karen—. Solo quiero que el pueblo siga funcionando sin que todo se convierta en un circo. O en un torneo de golf.

—Hablando de eso —Jewell se inclinó hacia delante con aire conspirador—, ¿habéis oído hablar de los planes de despedida de Gordon? La hija del vecino de mi prima trabaja en el club de golf y,

al parecer, ha pedido tres docenas de palomas adiestradas y una máquina de humo.

—Y un escenario giratorio —añadió Joseph.

Karen sintió que le empezaba a doler la cabeza. —¿Podemos centrarnos en la campaña? ¿Por favor?

—Claro. —Sarah pasó a una página limpia—. Lo primero: necesitamos un eslogan. Algo pegadizo. ¿Qué tal «Karen Cross: porque alguien tiene que hacerlo»?

—O «Haga que Shell Bay se cabree» —sugirió Jewell entusiasmada.

—¿Qué tal «Cruce de votos con el corazón»? —ofreció Joseph.

—No, no y definitivamente no —dijo Karen con firmeza—. ¿No podemos centrarnos en las políticas? ¿En soluciones prácticas? ¿En la gestión real?

Los tres Wharf Rats se intercambiaron miradas.

—A-bu-rri-do —corearon.

—Gordon siempre hace algo espectacular para sus campañas —explicó Sarah—. ¿Recordáis cuando entró en el puerto haciendo esquí acuático con aquel traje iluminado?

—¿O aquella vez que contrató al piloto de avioneta para escribir en el cielo «Godson mola» y salió «Godson la pifia»? —rememoró Jewell.

—Aun así salió elegido —señaló Joseph—. A la gente le gusta el espectáculo.

—Pues yo no voy a dar ningún espectáculo —declaró Karen—. Ofrezco una administración competente y planes de desarrollo sostenible.

Se intercambiaron más miradas.

—Ya —dijo Sarah lentamente—, ¿pero no podríamos darle un poco de chispa? Podría presentar su plan de desarrollo mientras...

—¡No! —Karen se levantó bruscamente—. Nada de claqué, nada de palomas adiestradas y, desde luego, nada de máquinas de humo. No soy Gordon Godson.

—Menos mal —dijo una voz nueva desde la puerta. Todos se giraron para ver a Linda Jenkins apoyada en el marco, intentando no sonreír—. Con uno ya tenemos bastante.

—Inspectora Jenkins. —Karen pareció alegrarse de verla—. Por favor, dígame que me necesita para algo. Lo que sea.

—En realidad, sí. Estoy haciendo un seguimiento de las denuncias por desaparición de carteles electorales. Supongo que sabe que le han robado un montón de sus carteles de campaña.

Karen ya estaba recogiendo sus cosas. —Lo sabía, Inspector. Supuse que era una gamberrada y, desde luego, no un asunto policial. Haré que los repongan. En fin, me tengo que ir.

—Pero si aún no hemos hablado de los colores de su campaña —le gritó Jewell mientras se iba—. Estaba pensando en lentejuelas.

—Nada de lentejuelas. —La voz de Karen llegó desde lejos mientras salía apresuradamente.

Los Wharf Rats se miraron entre sí y luego a Linda.

—Va a ganar, ¿verdad? —dijo Sarah pensativa.

—Cielo santo, eso espero —respondió Linda—. No creo que el pueblo sobreviva a otro alcalde que piense que la purpurina es una estrategia política válida.

A través de la ventana, pudieron ver a Karen caminando con determinación hacia el Ayuntamiento, probablemente para evitar cualquier desastre espectacular que Gordon estuviera planeando a continuación.

—Cross de nombre... —empezó Joseph.

—Ni se te ocurra —dijeron todos a la vez.

Capítulo cinco

Linda se instaló en la silla que Karen había dejado vacante, aceptando la taza de café que Joseph le sirvió de la cafetera que había sobre la mesa. Solo por el café ya merecía la pena el paseo hasta el puerto deportivo, y más aún si se sumaba el inconfundible aroma a crema de mariscos que llegaba desde la cocina.

A Linda le rugieron las tripas, recordándole que no había probado bocado en todo el día, y pidió un cuenco grande con pan de ajo.

—A ver —dijo Sarah, con el bolígrafo suspendido sobre su bloc de notas como si fuera un arma—, ¿qué es eso de que han desaparecido carteles electorales? ¿Los de Karen?

—Supongo que los de Karen —respondió Linda—. Y quizá también los de Marshall Evans. O los de ese candidato misterioso. —Dio un sorbo a su café.

—¿Marshall Evans? —La voz de Jewell subió una octava—. ¿Ese Marshall Evans? ¿El concejal baboso que intentó envenenar al alcalde?

Joseph estaba igual de indignado.

—¿El mismo Marshall Evans que casi hace que me arresten por asesinato? ¿Ese Marshall Evans?

—Para ser justos, tú casi lo matas —dijo Sarah, y luego, al ver que el rostro de Joseph se ensombrecía, añadió apresuradamente—: ¿Se

presenta a alcalde? ¿Eso está permitido?

—Por lo visto, la humillación pública y una investigación criminal no son factores descalificantes en la política local. —Linda dejó la taza de café—. Sus carteles de campaña están por toda la ciudad. «Evans por la Excelencia». Debe de creer que tiene alguna oportunidad.

—Más bien «Evans por la Malversación» —masculló Jewell, con sus brazaletes tintineando por la agitación—. ¿Cómo le dejan presentarse con antecedentes penales?

—Se retiraron los cargos a cambio de que él no presentara cargos contra Joseph —señaló Linda—. La mayor parte de aquel incidente no es de dominio público, así que no hay nada que nadie pueda hacer para impedir que se presente.

—Esto es indignante —declaró Sarah—. Karen está realmente cualificada. Es honesta, competente y lleva años dirigiendo este pueblo mientras Gordon ha estado... haciendo lo que sea que haga Gordon.

—Actualmente, aprendiendo la diferencia entre un hierro nueve y un sand wedge —aportó Joseph—. Y se le da fatal.

—¡Exacto! —Sarah agitó su bolígrafo—. Karen merece ganar por méritos propios.

Linda levantó una mano.

—Lo cual me lleva al siguiente punto. Por mucho que personalmente me encantaría ver a Karen elegida —y que conste que así es—, tengo que dejar algo muy claro. —Miró a cada uno de ellos por turno—. Nada de juego sucio. Nada de allanamiento de morada para robar investigación de la oposición. Nada de hackear cuentas de correo electrónico y, desde luego, nada de lanzar utensilios de cocina a los candidatos de la oposición.

Miró significativamente a Joseph, que acababa de llegar con su comida.

—Aquello fue en defensa propia —protestó él—. Me estaba amenazando e intentaba envenenar...

—Lo sé. Y tu puntería con aquel rodillo fue impresionante. —A Linda le temblaron los labios en un amago de sonrisa—. Pero esto es diferente. Son unas elecciones y tienen que ser limpias. Sé que

todos tienen buenas intenciones. Han ayudado a resolver crímenes reales y lo agradezco... bueno, a veces. Pero el trabajo de campaña es distinto. Es sucio y político y...

—Y ya estamos involucrados —interrumpió Sarah—. Le prometimos a Karen que la ayudaríamos. No vamos a fallarle solo porque a un exconcejal de mala muerte y ética cuestionable le haya dado por presentarse. ¿Y quién es ese candidato misterioso?

—Ni idea —dijo Linda—. Si lo supiera, ya no sería misterioso, ¿verdad? Y no les estoy pidiendo que dejen de ayudar, Sarah —añadió Linda con paciencia—. Les pido que la ayuden legalmente. Hagan campaña de forma legítima. Si Marshall Evans hace algo ilegal, avísenme e investigaré. Pero no busquen problemas.

—Ni se nos pasaría por la cabeza —dijo Jewell con una inocencia exagerada.

—Jewell.

—Vale. Seremos buenos. Mayormente buenos.

—Me conformo con «mayormente buenos». —Linda se levantó—. Recuerden: nada de saltarse la ley, nada de justicia por cuenta propia y, si encuentran pruebas de alguna irregularidad real, tráiganmelas a mí. Ni al pleno del ayuntamiento, ni a las redes sociales. A mí.

—Sí, inspectora —corearon como escolares escarmentados.

Linda les dedicó un saludo militar burlón y centró toda su atención en la crema de mariscos, mientras escuchaba cómo Joseph, Jewell y Sarah discutían la mejor manera de hacer que Karen Cross resultara atractiva para el electorado sin cambiarle el nombre.

Quince minutos después, Linda terminó de comer y pagó a Joseph. Se dirigió a la puerta y luego hizo una pausa.

—Una cosa más. Si ven a adolescentes trasteando con los carteles de campaña, intenten obtener una descripción, pero no se enfrenten a ellos. Solo son chavales haciendo tonterías, no agentes políticos.

—Entendido —dijo Joseph—. Vigilar a los niños, llamar a Linda y dejar todos los rodillos en la cocina, que es donde deben estar.

—Perfecto. —Linda sonrió y se marchó.

En cuanto la puerta se cerró tras ella, los tres Wharf Rats se inclinaron hacia delante formando un grupo.

—Bien —dijo Sarah, con su bolígrafo recuperando la posición de ataque sobre el bloc—. Necesitamos una estrategia.

—Una estrategia legal —enfatizó Joseph—. Linda habla en serio. Y mis días de delincuente han quedado atrás.

—Legal, por supuesto —asintió Sarah—. Pero eso no significa que no podamos ser meticulosos. La investigación de la oposición es una actividad de campaña legítima.

—¡Oh, sí! —A Jewell se le iluminaron los ojos—. Tenemos que descubrirlo todo sobre Marshall Evans. ¿Quién financia su campaña? ¿Por qué tiene tanta confianza de repente después de todo lo que pasó? ¿Qué trapos sucios esconde todavía en el armario?

—Y el candidato misterioso —añadió Joseph—. Ese es el factor sorpresa. Tenemos que saber quién es antes de que haga su gran anuncio.

Sarah ya estaba tomando notas.

—Yo me encargo de Marshall Evans. Puedo investigar sus antecedentes, indagar en los registros públicos, tal vez charlar con algunos de los que trabajan en el Ayuntamiento...

—Legalmente —intervino Joseph.

—Legalmente —confirmó Sarah—. Los registros públicos son públicos, Joseph. No voy a entrar por la fuerza. Solo es una participación ciudadana exhaustiva.

—Yo trabajaré en lo del candidato misterioso —se ofreció Jewell—. Pasaré el rato en The Bean Express, escucharé los cotilleos. Quizá Natalie sepa algo.

—Y yo me centraré en ayudar a Karen directamente —dijo Joseph —. Sede de campaña gratuita en el restaurante, café y comida para los voluntarios, tal vez organizar un evento para conocer a la candidata. Todo muy legítimo y transparente.

—Además, tú también puedes escuchar cotilleos —señaló Sarah—. Los restaurantes son minas de oro de información. La gente dice cosas durante el almuerzo que nunca diría en otro lugar.

—Eso también —admitió Joseph con una sonrisa—. La cantidad de secretos del pueblo que he llegado a saber sirviendo tacos de pescado es, de hecho, bastante alarmante.

Sarah trazó una línea al final de la página y escribió «OPERACIÓN: ELEGIR A KAREN» en letras grandes, y luego lo subrayó dos veces.

—Esto va en serio —dijo, mirando a sus amigos—. Karen es sinceramente la mejor persona para este puesto. Es inteligente, organizada, honesta y realmente sabe cómo dirigir un pueblo. Si gana Marshall Evans, será un desastre. Shell Bay se merece algo mejor.

—Totalmente de acuerdo —dijo Jewell con firmeza—. Karen para alcaldesa. Cueste lo que cueste.

—Cueste lo que cueste dentro de la legalidad —corrigió Joseph—. Que quede claro. Cosas legales, transparentes, nada que pudiera decepcionar a Linda.

—Sí, sí, cosas legales —Jewell agitó la mano con desdén, y sus brazaletes crearon una sinfonía de asentimiento—. Pero cosas legales con determinación. Cosas legales estratégicas. Cosas legales inteligentes que resulten en el descubrimiento de información que ayude a la campaña de Karen.

—Me gusta cómo piensas —dijo Sarah con una sonrisa.

—Deberíamos establecer unas normas básicas —sugirió Joseph, siempre práctico—. Primera regla: todo lo que hagamos tiene que ser algo que nos sintamos cómodos contándole a Linda.

—Esa es una buena medida —aceptó Sarah, anotándola—. La prueba de Linda. ¿Haría esto que Linda nos arrestara? Si la respuesta es sí, no se hace.

—Segunda regla —aportó Jewell—: compartimos toda la información entre nosotros de inmediato. Nada de investigaciones por cuenta propia. Trabajamos en equipo.

—Hecho —dijo Sarah—. Lo que le pase a un Wharf Rat les pasa a todos los Wharf Rats.

—Tercera regla —dijo Joseph—: si encontramos algo genuinamente criminal sobre Marshall Evans o cualquier otra persona, se lo llevamos directamente a Linda. Nada de intentar gestionarlo nosotros mismos.

—Aunque lo gestionaste bastante bien la última vez —dijo Jewell con una sonrisa pícara—. Aquel lanzamiento de rodillo fue espectacular.

—No estoy orgulloso de eso —dijo Joseph, aunque se le contrajo la comisura de los labios—. Vale, estoy un poquito orgulloso. Pero no vamos a volver a hacer nada parecido.

Sarah añadió una cuarta regla a su lista: «Nada de cargos por agresión».

—Excelente regla —aprobó Joseph—. Muy a favor de esa.

—Muy bien, pues. —Sarah tapó su bolígrafo con un clic decisivo—. Tenemos tres semanas hasta el debate. Tres semanas para ayudar a Karen a consolidarse como la favorita indiscutible. Tres semanas para descubrir qué trama realmente Marshall Evans y quién es ese candidato misterioso.

Capítulo seis

Agnes Crofton dio una larga calada a su cigarrillo, observando cómo el humo subía en espiral hacia el techo de su despacho, situado al fondo de Bean Express. El cartel de «Prohibido fumar» en su propia pared parecía estar allí con fines puramente irónicos, muy parecido a la placa de «La atención al cliente es nuestra prioridad» que había junto a él.

—Así que —arrastró las palabras, clavando en Marshall Evans una mirada intimidante—, quiere que apoye su campaña a la alcaldía.

No era una pregunta. Marshall se removió incómodo en su silla, que parecía haber sido diseñada deliberadamente para mantener a los visitantes en un equilibrio precario.

—El pueblo necesita un liderazgo con experiencia —empezó, lanzándose a lo que claramente era un discurso ensayado. Sus movimientos de manos sugerían que había estado practicando frente a un espejo—. Alguien que entienda los graves problemas a los que se enfrenta Shell Bay...

—¿Como los carriles bici? —interrumpió Agnes, sonriendo con suficiencia mientras sacudía con pericia la ceniza en un cenicero—. ¿O quizá esté planeando otra iniciativa de transporte revolucionaria? ¿Bicitaxis para la tercera edad, tal vez?

Marshall se puso rojo. —Los carriles bici aliviarían el colapso del tráfico y mejorarían la salud de nuestros ciudadanos —masculló. Entonces, mirando con desaprobación cómo Agnes encendía un cigarrillo nuevo con la colilla del que acababa de terminar —un movimiento que había perfeccionado específicamente para molestar a los visitantes preocupados por la salud—, continuó—: y no le estoy pidiendo a usted personalmente que apoye mi campaña, se lo estoy pidiendo a la Asociación de Comerciantes de Shell Bay.

Agnes sonrió. —Yo soy la Asociación de Comerciantes de Shell Bay.

—Pero usted es solo una persona. —Marshall entornó los ojos, intentando sin éxito igualar su mirada intimidante—. No puede tomar todas las decisiones sin consultar al comité. ¿Quiénes forman la junta, de todos modos?

—Natalie, mi sobrina; Dave, el de Dave's Deli Diners; la mujer de la librería y otros —dijo Agnes con desdén—. No importa. Hacen lo que yo digo. Y para ser franca con usted, Marshall, muchacho —le señaló con el dedo de forma amenazadora—, usted ya me conoce; siempre soy tan recta como una saeta. —Marshall Evans resopló, pero intentó ocultarlo con una tos que no engañó a nadie—. No creo que la Asociación de Comerciantes de Shell Bay vaya a respaldarle.

—¿Qué? ¿Por qué no? No me diga que van a apoyar a Karen no-sé-qué. Es una secretaria, una administrativa —espetó Marshall, y su compostura cuidadosamente ensayada se evaporó como la niebla matutina—. No sabe nada de negocios, ni de turismo, ni de urbanismo.

—Godson tampoco sabía —respondió Agnes con calma, examinando sus uñas manchadas de nicotina con estudiada indiferencia—. Y ha sido alcalde durante doce años.

—¡Pero mire lo que ha pasado bajo su mandato! —La voz de Marshall subió una octava—. ¡Asesinatos! ¡Caos! Proyectos por encima del presupuesto, y todos esos cánticos terribles...

—Le doy la razón en lo de los cánticos —concedió Agnes, haciendo una pequeña mueca de dolor.

Marshall jugó su última carta.

—La cuestión es, Agnes, que me debe una. —Se inclinó hacia delante, intentando resultar amenazador, pero su silla se ladeó

bruscamente y se encontró mirando hacia arriba a una Agnes que sonreía de oreja a oreja. Fingió no darse cuenta de que estaba casi sentado en el suelo y continuó—: si no fuera porque yo saqué adelante aquella solicitud de recalificación, su campo de golf no se habría ampliado. Tuvo suerte de que se me olvidara mencionar que los humedales que hay detrás están protegidos.

—¿Y? —Agnes sonrió con malicia—. ¿A dónde quiere llegar?

—¿A dónde quiero llegar? A que me debe una. Prometió que me ayudaría con mi campaña —le siseó Marshall.

Agnes lo miró con los ojos entornados. —Pero es usted un candidato con taras, Marshall, ¿verdad? No importa lo que yo haga, no lograré que salga elegido.

—Me llamo Marshall —espetó él—. ¿Y a qué se refiere con eso de que tengo taras?

—A su historial —dijo Agnes mientras daba otra larga calada a su cigarrillo y expulsaba una nube de humo—. Intentó matar al alcalde Godson.

—¡No es cierto! Nunca me acusaron...

—Solo porque Joseph Jackson le arreó con un rodillo de cocina antes de que pudiera envenenar al alcalde. Y luego tuvo que dimitir del ayuntamiento, si la memoria no me falla.

—Yo fui la víctima —protestó Marshall—. Estuve en el hospital varios días y apenas recuerdo nada. Además, no era veneno; era un laxante.

—La cuestión es, Marshall, que todo eso me da igual. La Asociación de Comerciantes no le respaldará ni a usted ni a la tal Karen para la alcaldía —interrumpió Agnes—. Y en cuanto a la solicitud de recalificación... Vaya, me quedo de piedra al saber que no se siguieron los procedimientos ambientales correctos, pero eso no tuvo nada que ver conmigo.

Marshall la fulminó con la mirada y se levantó del suelo con dificultad, dando una patada a la dichosa silla mientras lo hacía, lo que le valió una risita de Agnes.

—Si no me va a apoyar a mí ni a Karen Cross, ¿entonces a quién? —preguntó malhumorado, de pie con torpeza al no haber otro sitio donde sentarse.

—A otro candidato —dijo Agnes con aire despreocupado, con una sonrisa misteriosa jugando en sus labios mientras daba una larga calada a su cigarrillo—. Ya lo verá.

Dejó que el silencio se prolongara. Era una de sus tácticas de negociación favoritas, a la altura de la silla incómoda y el despliegue estratégico de humo de tabaco.

—¿Otro candidato? —saltó Marshall por fin, exactamente como ella sabía que haría—. No se presenta nadie más.

La sonrisa de Agnes se ensanchó. —Todavía no.

—Bueno —los hombros de Marshall se hundieron, concediéndole la victoria a Agnes—, supongo que me enteraré pronto. Y venceré a ese candidato misterioso de forma limpia y justa. Entonces veremos quién manda en este pueblo —añadió sin mucha convicción.

—Lo que usted diga, Marshall —le gritó Agnes mientras él se dirigía a la puerta—. ¡Ah!, e intente mantenerse alejado de los laxantes y los rodillos de cocina.

La espalda de Marshall se tensó según se alejaba, pero no respondió, y la puerta se cerró tras él con un clic de derrota.

Agnes echó mano de su teléfono. Tenía algunas llamadas que hacer. Después de todo, las campañas electorales no se organizaban solas, especialmente en Shell Bay. Y le había llegado el rumor de que Karen Cross había contratado a un peso pesado: un director de campaña profesional. Aquello no podía ser. Agnes frunció los labios.

Mientras marcaba un número en su teléfono y se lo llevaba al oído, Agnes tenía una cosa clara. De ninguna manera podía permitir que Karen Cross fuera la próxima alcaldesa de Shell Bay. Y haría lo que fuera necesario.

Capítulo siete

Karen Cross estaba sentada en la silla de visitas frente al escritorio del alcalde Gordon Godson, una posición que le resultaba extrañamente formal dado que había trabajado como su asistente durante los últimos doce años. Estaba acostumbrada a estar de pie junto a su mesa, entregándole documentos que él inevitablemente perdería, o merodeando en el umbral con sus carpetas, redirigiendo suavemente su atención de cualquier nueva y brillante obsesión que hubiera capturado su imaginación esa semana en particular.

Recientemente, ella misma se había encargado de dirigir la oficina del alcalde en solitario, mientras Gordon Godson estaba en el campo de golf. Estaba recibiendo clases con el nuevo profesional de golf, James Parker, y todo lo que Karen oía cuando el alcalde pasaba más de diez minutos en el Ayuntamiento era James esto y James aquello.

Karen había conocido al hombre una vez. Estaba bronceado, era guapo y, en su opinión, le doraba la píldora al alcalde. Había algo en él que no le gustaba nada. Algo que la inquietaba. Pero claro, siempre había odiado el golf.

Hoy, Gordon había insistido en que se sentara. Incluso le había ofrecido café de su prensa francesa personal —del bueno, del que guardaba escondido, no de ese brebaje de la cafetera común de la sala de descanso que sabía a desesperación y promesas rotas—.

Definitivamente, algo tramaba.

—Karen —dijo Gordon, recostándose en su silla con el aire de un hombre a punto de impartir una gran sabiduría. Juntó las yemas de los dedos en lo que ella sospechaba que él creía que era una postura pensativa—. —Karen, quiero hablarle sobre el legado.

Oh, no. Karen dio un sorbo cuidadoso a su café para ocultar su expresión. Cuando Gordon empezaba a hablar sobre el legado, solía significar que había estado viendo vídeos inspiradores en YouTube otra vez. La última vez, quiso encargar una estatua de bronce de sí mismo para la plaza del pueblo. La vez anterior, propuso rebautizar la calle principal como «Bulevar Godson».

—Legado —repitió Gordon, entusiasmándose con su tema. Gesticuló ampliamente, casi derribando la colección de dinosaurios en miniatura que todavía abarrotaban una esquina de su escritorio a pesar de su reciente giro hacia el golf—. Cuando deje el cargo de alcalde —y seamos sinceros, Karen, mi tiempo en este despacho llega a su fin—, necesito saber que Shell Bay quedará en buenas manos.

Karen asintió cortésmente, con la mente calculando ya las implicaciones en el presupuesto municipal de cualquier plan grandioso que estuviera a punto de proponer. Tras el fiasco de la inauguración del museo, que se había pasado del presupuesto en casi un cuarenta por ciento, se había hecho una promesa a sí misma: si llegaba a ser —cuando llegara a ser— alcaldesa, la responsabilidad fiscal sería su lema. Basta de canapés con forma de dinosaurio. Basta de cambios de última hora que triplicaban los costes del catering. Basta de preguntar si los expositores animatrónicos podían modificarse para que escupieran fuego real.

—Ha estado conmigo en todo —continuó Gordon, con la voz adquiriendo ese tono ligeramente teatral que adoptaba cuando sentía que estaba diciendo algo profundo—. El escándalo con The Neon Dreamers. Los asesinatos. El podcast —se estremeció al mencionar la cobertura que The Shadowcaster hizo de su fraudulenta fama—. Nunca me juzgó. Simplemente... ayudó.

—Ese es mi trabajo, señor alcalde —dijo Karen en voz baja, aunque sintió un pequeño calorcito en el pecho ante sus palabras.

Era cierto: había ayudado. Había recogido los pedazos cuando la identidad cuidadosamente construida de Gordon se hizo añicos. Había lidiado con las llamadas airadas de los ciudadanos. Había reescrito sus discursos cuando se adentraban en terrenos incomprensibles. Le había impedido convertir «Poniendo la "di" en diversión» en el lema oficial de Shell Bay.

—Es más que un trabajo —insistió Gordon. Se inclinó hacia delante con expresión sincera—. Karen, usted ha sido la verdadera fuerza detrás de este despacho. Todo el mundo lo sabe. Cuando la gente piensa en un liderazgo municipal competente en Shell Bay, piensa en usted.

A Karen se le encendieron las mejillas. Los cumplidos de Gordon eran escasos, no porque fuera desagradable, sino porque solía estar demasiado distraído con su último entusiasmo para notar el trabajo que se hacía a su alrededor. —Es muy amable por su parte decir eso.

—No es amabilidad, es la verdad. Gordon se levantó y empezó a caminar de un lado a otro, una señal inequívoca de que estaba preparando el terreno para algo—. Por eso, cuando se presente a la alcaldía, tiene que prometerme algo.

—Señor alcalde...

—Tiene que prometerme —continuó él, sin dejarse disuadir por su intento de interrupción— que continuará con mi legado. Los proyectos de revitalización. Las iniciativas comunitarias. La visión para el futuro de Shell Bay.

«Los sobrecostes masivos», pensó Karen, pero no lo dijo. Las decisiones impulsivas. Las partidas presupuestarias etiquetadas como «Magia Variada».

En voz alta, dijo con cautela: —Por supuesto que continuaré con su buen trabajo. Pero también creo que podría ser el momento de, tal vez, implementar algunas nuevas estrategias fiscales. Centrarse en el crecimiento sostenible en lugar de en eventos espectaculares y puntuales.

Gordon agitó la mano con desdén. —Detalles, detalles. Para eso es buena usted. Pero Karen... —dejó de caminar y la clavó con una

mirada intensa—. Prométame que no perderá la magia. La emoción. El... estilo.

Karen dio otro sorbo reconfortante al café. —Prometo hacer lo que sea mejor para Shell Bay.

Era, pensó, una respuesta diplomáticamente vaga que no la comprometía a absolutamente nada. Tal vez se le estaba dando mejor esto de la política.

Gordon pareció satisfecho con la respuesta. Dio una palmada y se le iluminó la cara con ese entusiasmo infantil que podía ser entrañable o alarmante, dependiendo de lo que viniera después. —¡Excelente! Lo que me lleva a mi sorpresa.

Oh, no. Karen posó la taza de café con sumo cuidado. —¿Sorpresa?

—Sé que esa gente del puerto deportivo ha estado ayudando con su campaña —dijo Gordon, empezando a dar saltitos sobre los talones, lo cual nunca era buena señal—. Y eso es maravilloso. Sarah y ese tal Joseph son muy... entusiastas.

—Han sido increíblemente útiles —dijo Karen, aunque en privado se había cuestionado la sensatez de dejar que un grupo de detectives aficionados dirigiera su campaña política. Joseph no dejaba de sugerir que hicieran mítines en su restaurante. Jewell quería diseñar materiales de campaña con citas inspiradoras de novelas de misterio y asesinatos. Y Sarah había propuesto que investigaran a Marshall Evans por comportamiento sospechoso, que parecía consistir principalmente en el hecho de que existiera.

—Pero Karen —continuó Gordon, elevando la voz con emoción—, necesita a alguien con experiencia real. Alguien que entienda el valor del entretenimiento en la política. Alguien que sepa cómo gestionar una imagen pública y lidiar con los medios.

Un frío rastro de pavor se le enroscó a Karen en el estómago. —Señor alcalde, ¿qué ha hecho?

—¡Le he contratado un director de campaña! —Casi vibraba ahora, como un golden retriever al que le hubieran dicho que se iba al parque—. Alguien con décadas de experiencia en la industria musical, en publicidad, en convertir a donnadies en alguien.

—La industria musical —repitió Karen lentamente—. Señor, esta es una carrera a la alcaldía, no un concurso de talentos.

—La política es el mundo del espectáculo para la gente fea —declaró Gordon, claramente encantado con esa frase que probablemente habría escuchado en uno de sus vídeos de YouTube —. Y su nuevo director de campaña sabe todo sobre cómo montar un espectáculo. Representó a The Neon Dreamers, por el amor de Dios. Sabe cómo ganarse al público.

El pavor de Karen se solidificó en algo parecido al horror. —No, por favor, dígame que no lo ha hecho...

—Está aquí ahora mismo. Gordon corrió hacia la puerta de su despacho y la abrió de par en par con un gesto teatral. —Le pedí que esperara fuera hasta el momento perfecto. Y este, Karen, es ese momento.

Extendió el brazo hacia el umbral como el presentador de un concurso revelando el gran premio. —Karen Cross, permítame presentarle a su nuevo director de campaña: el hombre que va a hacer de usted un nombre conocido, que va a revolucionar su imagen pública, que va a llevarla directa al despacho de la alcaldía...

Karen apretó los brazos de su silla hasta que se le pusieron los nudillos blancos.

—... ¡Demos la bienvenida a Gerald Summers!

Capítulo ocho

Marshall Evans estaba en un rincón de The Bean Express, intentando parecer relajado mientras, al mismo tiempo, trataba de fijar su cartel de campaña en el tablón de anuncios comunitario. El tablón ya estaba atestado de folletos de clases de yoga, avisos de gatos perdidos y un anuncio escrito a mano de alguien que vendía «gnomos de jardín con poco uso», pero Marshall estaba decidido a encontrar un hueco para su brillante cartel de Evans for Excellence.

El problema era que, técnicamente, Agnes Crofton era la dueña de la cafetería y, como le había dicho a Marshall con mucha rudeza que no pensaba apoyarlo, él se imaginaba que ella no querría que uno de sus carteles estuviera allí expuesto.

—Peor para ella —masculló Marshall—. Los votantes tienen derecho a elegir. Esa mujer me debe una. No le tengo miedo.

Pero se había asegurado con cuidado de que Agnes no estuviera allí en ese momento. Estaría por ahí haciendo lo que fuera que hiciese Agnes; probablemente intimidar a dueños de pequeños negocios o violar ordenanzas de prohibición de fumar. Y Natalie, su sobrina, estaba ocupada tras el mostrador hablando con aquel novio suyo, el friki de los ordenadores, completamente ajena a la colocación táctica del cartel de Marshall.

Marshall sacó una chincheta del bolsillo y empujó con cuidado una esquina de su cartel sobre un aviso descolorido de una producción de teatro comunitario de 2023. Ya nadie necesitaba saber nada de la representación de Annie del año pasado. Su campaña era mucho más importante.

—Solo digo —la voz de Tyler llegaba desde el mostrador— que los datos de los sondeos de las tres últimas elecciones municipales muestran una tendencia clara: los votantes más jóvenes dan prioridad al gasto en infraestructuras frente a las campañas de un solo tema.

La mano de Marshall se detuvo con la chincheta a medio poner. ¿Estaban hablando de las elecciones?

—Ajá —dijo Natalie, con tono aburrido—. ¿Y qué dicen tus datos sobre los candidatos obsesionados con los carriles bici?

—Bueno, estadísticamente hablando, no es muy bueno para la viabilidad electoral. Los candidatos de campañas de un solo tema suelen puntuar en los sondeos entre un quince y un veinte por ciento menos que los candidatos con programas integrales. Especialmente cuando ese único tema solo atrae a un doce por ciento de la población.

Marshall apretó la mandíbula. Definitivamente estaban hablando de él.

—¿Solo un doce por ciento quiere carriles bici? —El tono de Natalie, si cabe, mostraba aún menos interés—. Habría pensado que sería más alto. Aunque, pensándolo bien, la mayoría de la gente en Shell Bay apenas puede subir las cuestas andando, como para subirlas en bici.

—Exacto. Los datos demográficos muestran que Shell Bay tiene una de las poblaciones con la edad media más alta de la isla. Sesenta y dos coma cuatro años. No es precisamente tu público objetivo para el ciclismo.

—Para ser justos con Marshall Evans, le encantan esos carriles bici, de verdad —dijo Natalie con falsa solemnidad—. ¿Te acuerdas de cuando se tiró cuarenta y cinco minutos en la última reunión del consejo hablando de una infraestructura dedicada al ciclismo?

—Me acuerdo de la emisión en directo. Usó la frase «corredor ciclista transformador» diecisiete veces. Las conté.

—Claro que lo hiciste —pero la voz de Natalie era cariñosa—. Así que, según tus matemáticas frikis, ¿Marshall Evans básicamente no tiene ninguna posibilidad porque no se calla con lo de los carriles bici?

Tyler se subió las gafas sobre el puente de la nariz.

—Basándome en un análisis ponderado de su enfoque en un solo tema, combinado con el hecho de que Karen Cross tiene doce años de experiencia administrativa real y amplia, la probabilidad de victoria de Evans es de alrededor de un ocho coma tres por ciento.

—Eso es sospechosamente específico.

—He hecho una hoja de cálculo.

—Claro que sí —Natalie empezó a limpiar el mostrador—. ¿Y qué hay del misterioso tercer candidato? ¿Ese del que todo el mundo rumorea?

—Variable desconocida. Podría cambiarlo todo dependiendo de quién sea y qué aporte a la carrera. Aunque, estadísticamente, los candidatos de última hora lo tienen más difícil para ganar impulso a menos que tengan un reconocimiento del nombre o una financiación significativa.

Marshall presionó con cuidado otra chincheta en su cartel, sintiendo que su presión arterial subía con cada palabra que venía del mostrador. ¿Un ocho coma tres por ciento? ¿Una hoja de cálculo? Estos críos se creían que lo sabían todo solo porque sabían manejar números y hacer gráficos.

—Sigo sin creer que piense que puede ganar solo con los carriles bici —continuó Natalie—. A ver, seguro que hay gente que los quiere, pero a la mayoría le preocupan cosas como arreglar los baches y mantener abierto el centro comunitario. Y él se pasea por el pueblo poniendo sus carteles de lujo por todas partes... —Se detuvo a mitad de la frase.

Marshall se quedó helado, con la mano aún sobre el cartel.

—Por todas partes —repitió Natalie despacio, mientras su voz adquiría una dulzura peligrosa—. Como, por ejemplo, en el tablón de

anuncios comunitario de mi cafetería. Ahora mismo. En este preciso momento.

Marshall se giró lentamente y se encontró con que tanto Natalie como Tyler lo miraban fijamente. La expresión de Tyler era de interés científico, como si estuviera observando un espécimen particularmente estúpido. La de Natalie era inexpresiva, pero Marshall le había visto a Agnes una expresión similar justo antes de que hiciera algo amenazador.

—Señor Evans —dijo Natalie, con una voz que se oyó en toda la cafetería, ahora en silencio. Todos los clientes habían dejado de hablar para mirar—. Creo que mi tía dejó muy claro que sus materiales de campaña no son bienvenidos en este establecimiento.

—Yo... Solo estaba usando el tablón comunitario —balbuceó Marshall, señalando la abarrotada superficie—. Es para anuncios comunitarios. Mi campaña está orientada a la comunidad...

—El tablón comunitario es para eventos comunitarios reales —le interrumpió Natalie, saliendo de detrás del mostrador—. Clases de yoga. Mascotas perdidas. Producciones teatrales. No para políticos que no saben hablar de otra cosa que no sean carriles bici.

Marshall retrocedió instintivamente un par de pasos y miró por encima del hombro para comprobar que tenía el camino despejado hacia la salida.

—Mi programa es integral... —empezó.

—¿Lo es? —lo interrumpió Tyler, con tono pragmático—. Porque, según la transcripción del discurso de lanzamiento de tu campaña, mencionaste la infraestructura ciclista veintitrés veces y la gobernanza municipal general dos veces. Eso es una proporción de once coma cinco a uno.

—No recuerdo haberle pedido su opinión.

—Y yo no recuerdo que nadie quisiera su cartel en nuestra pared —le espetó Natalie. Antes de que Marshall pudiera moverse, ella ya había acortado la distancia entre ambos y estaba frente a él con los brazos cruzados—. Así que esto es lo que va a pasar. Va a quitar ese cartel, va a salir de esta cafetería y va a dejar de fingir que no entiende las palabras «lárguese de aquí».

—Este es un establecimiento público...

—Este es un establecimiento de propiedad privada que se reserva el derecho de admisión —rebatió Natalie con fluidez—. Está literalmente puesto en la puerta. Leyó el cartel, ¿verdad? ¿O estaba demasiado ocupado calculando el ancho óptimo de los carriles bici?

Tyler se rió por lo bajo.

Marshall sintió que se ponía rojo. —Soy un cliente que paga.

—No ha comprado nada.

—Iba a hacerlo.

—¿Ah, sí? Porque lleva diez minutos merodeando en esa esquina sin haber mirado ni una vez la pizarra del menú —Natalie arqueó una ceja de una manera que era absolutamente genética; Agnes ponía exactamente esa misma expresión cuando estaba pillando a alguien en un renuncio—. Lo que sugiere que entró aquí específicamente para violar las instrucciones explícitas de mi tía sobre sus materiales de campaña.

Tyler había sacado su móvil y escribía con rapidez.

—De hecho, eso constituiría allanamiento según la Sección 177 del Código Penal. Entrar en un local con la intención de cometer una infracción.

—No estoy cometiendo ninguna infracción.

—¿Dañar la propiedad? ¿Colocar materiales sin permiso? —Tyler levantó la vista del móvil con expresión servicial—. Quiero decir, probablemente sea solo una falta, pero quedaría fatal en la prensa. «Candidato a la alcaldía detenido por vandalismo en una cafetería». No sería muy bueno para ese ocho coma tres por ciento.

Marshall se adelantó y arrancó su cartel del tablón, rasgándolo un poco con las prisas.

—¿Saben qué? Muy bien. De todas formas, no necesito esta cafetería. Hay muchos otros sitios en Shell Bay donde la gente sí aprecia la planificación integral del transporte.

—Entonces le sugiero que vaya a buscarlos —dijo Natalie alegremente.

Marshall salió furioso hacia la salida y empujó la puerta con tal fuerza que hizo que el timbre tintineara violentamente, con la cara ardiendo de humillación.

Se suponía que esto iba a ser fácil. Tenía dinero. Tenía experiencia en el consejo. Tenía materiales de campaña profesionales que costaban más que el alquiler mensual de la mayoría de la gente. ¿Cómo es que estaba perdiendo contra Karen Cross, una mujer a la que la mayoría de la gente no habría reconocido en una rueda de reconocimiento hasta hace un mes? Y ahora, al parecer, había un tercer candidato esperando en la sombra, probablemente alguien más que se creía mejor que él.

Marshall caminó hacia su bicicleta con la mente a mil por hora. Ese comentario del ocho coma tres por ciento le había dolido porque sospechaba que el pequeño friki del ordenador tenía razón. Sus números en los sondeos no eran buenos. La gente no lo tomaba en serio. Y cada vez que intentaba abrirse camino en la comunidad, se topaba con gente como Natalie y Agnes; personas que lo descartaban como un candidato de un solo tema, como si mejorar la infraestructura ciclista de Shell Bay no fuera importante.

Pero Marshall Evans no había llegado a donde estaba rindiéndose cuando las cosas se ponían difíciles. Se había labrado su camino en el consejo. Había sacado adelante iniciativas a pesar de la oposición. Sabía cómo manejar el sistema, cómo encontrar ángulos, cómo ganar incluso cuando todo el mundo decía que no podía.

¿Karen Cross creía que ya tenía ganadas estas elecciones? ¿El misterioso tercer candidato creía que podía presentarse en el último momento y robarle la victoria?

Todos estaban equivocados.

Capítulo nueve

Karen estaba atónita.

Gordon radiaba alegría, completamente ajeno a la reacción de Karen.

Antes de que ella pudiera responder o salir corriendo del despacho, Karen se encontró mirando a un hombre al que reconoció por las viejas fotografías del álbum de recortes de los Neon Dreamers de Gordon; la banda que él había resucitado brevemente después de que sus sesiones de terapia le ayudaran a «recuperar su pasado», y de las veces que Gerald Summers había llegado a Shell Bay para evitar algún desastre en el que Gordon se hubiera metido.

Gerald probablemente andaría por los sesenta, aunque vestía como alguien que intentara convencer al mundo de que tenía cuarenta y cinco. Su traje era caro, pero algo demasiado brillante; su bronceado, un tono demasiado intenso, y su sonrisa revelaba unos dientes sospechosamente blancos y uniformes. Todo en él gritaba «espectáculo», desde su pelo plateado artísticamente despeinado hasta el voluminoso reloj de oro que captó la luz cuando extendió la mano.

—Hola, Karen —dijo Gerald con voz suave y ensayada, como la de un locutor de radio nocturno—. Gordon me ha hablado mucho de usted. Debo decir que estoy impresionado. No mucha gente es

capaz de lidiar con este. —Señaló a Gordon con el pulgar mientras le guiñaba un ojo.

—En realidad, nos hemos visto varias veces —empezó ella—, pero Gerald la ignoró.

—¿Dónde ha tenido escondida a esta jovencita, Gordy? ¿Eh? —Su rostro se partió en una combinación de mirada lasciva y sonrisa.

Gordon estaba radiante, completamente ajeno al horror que crecía rápidamente en Karen. —Gerald y yo nos conocemos desde mis días en los Neon Dreamers. Es el mejor en el negocio. ¿A que es emocionante?

«Emocionante» no era la palabra que Karen habría elegido.

—¿Karen? —La voz de Gordon denotaba cierta preocupación—. Karen, ¿se encuentra bien? Parece que ha visto un fantasma. O que ha comido algún marisco en mal estado. ¿Es alérgica al marisco? ¿Debería llamar a alguien?

Karen recuperó por fin el habla. Su voz sonó más aguda de lo normal, tensa por un pánico apenas contenido.

—¿Alcalde? ¿Podría hablar con usted en privado un momento?

—¿En privado? Pero si Gerald acaba de llegar...

—Ahora, alcalde.

Algo en su tono debió de traspasar incluso el entusiasmo de Gordon. Parpadeó. —Oh. Oh, claro. Por supuesto. Gerald, ¿te importaría esperar fuera solo un momento? Sírvete un café. No el de la sala de descanso, ese es terrible. Hay una prensa francesa en el armario junto a la ventana.

—Tómense su tiempo —dijo Gerald con naturalidad, sin que esa sonrisa profesional flaqueara lo más mínimo. Le guiñó un ojo a Karen, lo que la hizo estremecerse, y salió del despacho.

En cuanto la puerta se cerró, Karen se puso en pie.

—Alcalde, ¿en qué estaba pensando?

Gordon parecía genuinamente confundido. —Pensaba que la estaba ayudando. La experiencia de Gerald es exactamente lo que usted necesita. Dirigió a toda una «boy band». Reservó locales, se encargó de la prensa, creó un imperio mediático...

—Para una «boy band» —siseó Karen, tratando de no alzar la voz —. Gordon, me presento a la alcaldía. Estas son unas elecciones

municipales serias, no un concurso de talentos.

—Bueno, sí, pero los principios son los mismos...

—No son en absoluto los mismos. —Karen se presionó las sienes con los dedos; empezaba a sentir un dolor de cabeza tras los ojos—. Gordon, necesito proyectar competencia. Responsabilidad fiscal. Un liderazgo serio. No puedo tener a un... a un mánager de la industria musical correteando por Shell Bay tratando mi campaña como si estuviéramos intentando reservar el Pacific Coliseum.

El rostro de Gordon se ensombreció. —Pero es muy bueno en lo suyo.

—No lo dudo —dijo Karen, obligándose a respirar y a hablar con más calma—. Pero lo que él hace es entretenimiento. Espectáculo. Farándula. Ese es su legado, alcalde: la emoción, el espectáculo, ¿se acuerda? Pero esa no es mi campaña. Yo necesito ser la opción responsable. La mano firme. La persona que no se gastará un cuarenta por ciento más del presupuesto en exposiciones de dinosaurios.

—Eso fue una sola vez —masculló Gordon.

—Fueron tres veces, si cuenta toda la restauración del museo y las mejoras del puerto deportivo —rebatió Karen—. Alcalde, le tengo el mayor de los respetos, aunque sea agotador y frustrante, pero estamos hablando de mi futuro. He trabajado demasiado duro, durante demasiado tiempo, como para que mi campaña se convierta en un circo.

Gordon se hundió en su silla con gesto herido. —Gerald no es tan malo. Solo es... entusiasta.

—Necesito estrategas políticos serios, no hombres espectáculo entusiastas. —Karen suavizó un poco el tono—. Su intención era buena. Lo sé. Pero, señor, tengo que ser firme en esto. No puedo permitir que Gerald Summers dirija mi campaña.

—Pero es que ya lo he contratado —dijo Gordon con voz queda—. He firmado un contrato y todo. Estará con nosotros hasta las elecciones.

Karen sintió que se le encogía el estómago. —¿Ha firmado un contrato? Oh, alcalde, por favor, dígame que está bromeando.

—Un mes —admitió Gordon—. Con una opción de prórroga si usted gana y necesita ayuda con su equipo de transición.

—¿*Equipo de transición*? —La voz de Karen se elevó a pesar de sus esfuerzos—. Gordon, así no es como funciona el gobierno municipal. No tenemos equipos de transición. Tenemos... tenemos el mismo personal que hemos tenido siempre, solo que con un nuevo alcalde.

—Gerald dijo que sería bueno tener continuidad...

—Por supuesto que lo dijo. Porque eso significa más dinero. —Karen se interrumpió, tapándose la boca con la mano. Respiró hondo varias veces por la nariz.

Cuando volvió a hablar, su voz era de una calma gélida. La voz que usaba cuando Gordon había hecho algo particularmente catastrófico y ella se esforzaba muchísimo por no gritar.

—¿Cuánto le estamos pagando?

Gordon masculló algo.

—Perdone, no le he oído.

—Cinco mil dólares —dijo Gordon sin mirarla a los ojos—. Más gastos. Y un extra si gana.

—Cinco mil... —Karen se cortó antes de decir algo de lo que se arrepintiera.

—Lo sé, pero Gerald tiene experiencia real...

—¡En la industria musical! —Karen tenía ganas de tirar algo. Preferiblemente uno de los dinosaurios en miniatura de Gordon, apuntando directamente a su cabeza—. Esto es un desastre. Un desastre absoluto.

—No es tan malo —protestó Gordon débilmente—. Vale, sí, es un poco... llamativo. Y tiene tendencia a verlo todo como una oportunidad potencial de relaciones públicas. Y estuvo aquel incidente en los ochenta en el que puede que exagerara un poco la posición de los Neon Dreamers en las listas para conseguir mejores salas...

—¿Mintió sobre su posición en las listas?

—Bueno, «mentir» es una palabra muy fuerte. Interpretó los datos de forma creativa...

—¡Gordon!

—¡Pero consiguió resultados! —dijo Gordon desesperado—. Tocamos en la Exposición Nacional del Pacífico. Salimos en la radio. De acuerdo, era una radio comunitaria a las tres de la mañana, pero aun así, la radio.

Karen cerró los ojos y contó hasta diez. Luego hasta veinte. Luego hasta treinta para asegurarse.

—Pensé que estaría contenta —dijo Gordon un poco taciturno—, pensé que agradecería que le echaran una mano...

—Sí, lo agradezco, pero...

—Solo quería ayudar. —Se sentó pesadamente en su escritorio con expresión triste, como un niño pequeño al que acaban de negarle un helado.

—Sé que quería ayudar —lo intentó de nuevo Karen.

—De verdad pensé que esto sería bueno para usted.

—También lo sé. —Karen suspiró y volvió a sentarse en su silla—. Pero, alcalde, tenemos que ver cómo... cómo gestionar esta situación. Porque si Gerald Summers convierte mi campaña seria y centrada en políticas en una especie de truco publicitario, voy a perder. Y lo que es peor: voy a quedar en ridículo.

—No lo hará —dijo Gordon, aunque no parecía estar convencido del todo—. Hablaré con él. Le diré que usted quiere que todo sea profesional y serio y... y aburrido.

—Serio —corrigió Karen—. No aburrido. Serio.

—Cierto. Serio. —Gordon se animó ligeramente—. Podría decirle que usted quiere centrarse en la responsabilidad fiscal y el crecimiento sostenible y... ¿cómo era esa frase que ha usado antes?... la elaboración de políticas basadas en evidencias.

—Eso sería un comienzo —dijo Karen, aunque no tenía ninguna confianza en que la conversación de Gordon con Gerald sirviera para algo útil.

Llamaron suavemente a la puerta.

—Adelante —gritó Gordon, antes de que Karen pudiera detenerlo.

Gerald Summers asomó la cabeza por el despacho, todavía con esa amplia sonrisa intacta. —Siento interrumpir, pero acabo de colgar el teléfono con el periodicucho local. Están muy interesados en hacer un reportaje sobre la campaña de Karen. Me he tomado la

libertad de programar una entrevista para mañana a las dos. ¿Les va bien?

Karen lo miró fijamente. —¿Ha programado una entrevista? ¿Sin consultarme?

—Confíe en mí, Karen. Le va a encantar el enfoque que les he planteado. «De las sombras al escenario: Karen Cross da el paso bajo los focos». Es oro puro.

—No quiero estar bajo los focos —dijo Karen débilmente—. Quiero ser una administradora municipal competente.

Gerald echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. —Oh, Karen. Qué graciosa es. Gordon dijo que tenía un gran sentido del humor. Pero en serio, tenemos que trabajar en sus lemas pegadizos. «Administradora municipal competente» no va a conquistar corazones ni mentes. Necesitamos algo con más... garra.

—Garra —repitió Karen con voz hueca.

—¡Exactamente! Bien, he preparado algunos materiales de campaña preliminares. Solo borradores, entiéndame, pero creo que le entusiasmarán. —Sacó una carpeta de debajo del brazo y la abrió con un gesto teatral.

La primera página mostraba un boceto de un póster de campaña. La fotografía oficial de Karen en el ayuntamiento había sido retocada en exceso: con aerógrafo, iluminada y rodeada de destellos reales y un fondo que parecía tomado de un póster motivacional de los años ochenta sobre águilas y determinación.

El eslogan, en enormes letras brillantes, decía: «KAREN CROSS: ¡ESTÁ PREPARADA PARA BRILLAR!».

Karen no podía hablar. Abría y cerraba la boca, pero no salía ningún sonido.

—Lo sé, lo sé, es atrevido —continuó Gerald con entusiasmo—. Pero eso es lo que gana las elecciones hoy en día. Hay que causar impacto. Destacar entre la multitud. ¡Demuestre a Shell Bay que usted no es solo la asistente de Gordon, sino una estrella!

—Yo no quiero ser una estrella —logró decir Karen por fin—. Quiero ser la alcaldesa.

—Es lo mismo. —Gerald descartó la distinción con la mano como si no tuviera importancia—. Confíe en mí, llevo cuarenta años en este

negocio. Sé lo que funciona.

Karen se giró lentamente para mirar a Gordon, quien tuvo la decencia de parecer avergonzado.

—¿Quizá podríamos... suavizarlo un poco? —sugirió Gordon débilmente—. ¿Hacerlo un poco menos... brillante?

—¡Tonterías! —Gerald ya estaba sacando más bocetos—. Esperen a ver la estrategia en redes sociales. Estoy pensando en vídeos de TikTok... ¿Quizá usted haciendo un baile divertido para demostrar que es cercana? Y tendremos que crear una cuenta de Instagram con fotos de lo que ocurre entre bastidores. A los votantes les encanta esa basura de la autenticidad.

Karen se levantó, lenta y deliberadamente.

—Señor Summers —dijo con una voz de una calma gélida—. Agradezco su entusiasmo. Pero necesito dejar una cosa absolutamente clara...

La sonrisa de Gerald flaqueó solo un instante. —Mi campaña se centrará en la política. En la responsabilidad fiscal. En el buen gobierno. No voy a permitir que se me trate como al miembro de una «boy band» o a la concursante de un «reality show». ¿Ha quedado claro?

Hubo un largo momento de silencio.

Entonces volvió la sonrisa de Gerald, de alguna manera incluso más brillante que antes. —Me encanta. Ese enfoque severo y directo. Muy autoritario. Muy de «voy en serio». Podemos trabajar con eso. Quizá algunas fotos serias en blanco y negro, con una iluminación muy dramática...

—Señor Summers...

—Sí, sí —asintió Gerald mientras tomaba una nota en su teléfono —. Auténtica y seria. Entendido. Sin duda podemos darle la vuelta a eso para que los votantes respondan.

—No le estoy dando la vuelta a nada.

—Karen —terció Gordon con nerviosismo—, quizá deberíamos todos tomarnos un descanso y...

—No necesito ningún descanso, alcalde. Necesito que entienda que esto... —señaló a Gerald, a su carpeta de materiales de

campaña brillantes, a su traje caro y a su sonrisa de hombre espectáculo—, esto es exactamente lo que estaba intentando evitar.

Gerald Summers, hay que reconocerlo, no pareció ofenderse. Al contrario, parecía aún más motivado por la resistencia de ella.

—Ya veo lo que pasa aquí —dijo asintiendo solemnemente—. Le preocupa que convierta su campaña en un circo. Lo entiendo. Pero Karen, confíe en mí. Sé lo que hago. Sí, he trabajado en el espectáculo. Pero ¿sabe qué tienen en común el espectáculo y la política? Que en ambos casos se trata de conectar con la gente. De hacerles sentir algo. De hacer que crean en usted.

Se apoyó en el escritorio de Gordon.

—Tiene todo lo necesario para ganar estas elecciones. Es inteligente, es capaz, básicamente lleva años dirigiendo este pueblo mientras Gordon perseguía su última obsesión.

Gordon emitió un ruidito de protesta que Gerald ignoró. —Pero de lo que carece es de visibilidad. La gente la conoce como la asistente de Gordon. Tenemos que conseguir que la vean como Karen Cross, futura alcaldesa.

Karen guardó silencio. Tenía que admitir que Gerald tenía razón.

—Cada elección consiste en vender un producto —continuó Gerald —. Y en este caso, el producto es usted. Ahora bien, sé que me he pasado un poco con los brillos. —Le dedicó su sonrisa encantadora —. Mensaje recibido. Mantendremos la profesionalidad. Pero Karen, usted me ha contratado...

—La ha contratado Gordon.

—... y soy muy bueno en mi trabajo. Deme una oportunidad. Si dentro de dos semanas odia lo que estoy haciendo, lo reconsideramos. ¿Trato hecho?

Karen suspiró. Parecía justo.

—Dos semanas —dijo por fin—. Pero, señor Summers, necesito que entienda una cosa. Usted no es mi cliente. Yo soy su jefa. Todo el material de la campaña debe contar con mi aprobación antes de hacerse público. Cada entrevista, cada publicación en redes sociales, absolutamente todo lo que quiera hacer pasa primero por mí. Esas son mis condiciones. Tómelas o déjelas.

Gerald amplió su sonrisa. —No lo aceptaría de ninguna otra manera.

Le tendió la mano.

Karen la miró durante un largo rato.

Luego se la estrechó, de forma breve y firme.

—Dos semanas —repitió.

—Dos semanas —asintió Gerald alegremente—. Es todo lo que necesito. Al final, el nombre de Karen Cross estará en boca de todos en Shell Bay.

Eso, pensó Karen con pesadumbre mientras Gerald recogía sus brillantes materiales de campaña y se dirigía de vuelta a la oficina exterior, era exactamente lo que temía.

Cuando la puerta se cerró tras él, se volvió hacia Gordon. —Si esto sale mal...

—No saldrá mal —dijo Gordon rápidamente. —El caso es que... —Gordon se puso serio de repente—. El caso es que creo en usted, Karen. Con o sin la ayuda de Gerald, va a ser una alcaldesa excelente. Le he enseñado bien, pequeño saltamontes. —Usó una extraña voz aguda—. ¿Pequeño saltamontes? ¿Lo pilla? ¿Como en la película?

—Sí, alcalde, lo pillo —dijo Karen con cansancio, habiendo perdido ya todas las fuerzas para pelear.

—¡Excelente! —dio una palmada—. Haremos de usted una estrella... quiero decir, una alcaldesa de la que todo el mundo en Shell Bay se sentirá orgulloso.

Karen esbozó una sonrisa débil. —Está bien. Aunque no pienso hacer un baile de TikTok bajo ningún concepto.

Capítulo Diez

Agnes Crofton estaba fuera de la recién renovada casa club del Shell Bay Golf Club, con un cigarrillo colgando de los labios mientras estudiaba la reluciente fachada nueva con una mezcla de satisfacción e irritación. La satisfacción venía de saber que poseía un buen porcentaje de este establecimiento. La irritación venía del cartel de «Prohibido fumar a menos de 10 metros» que algún idiota de seguridad e higiene excesivamente entusiasta había instalado justo al lado de la entrada.

Agnes dio una calada larga y pausada y soltó el humo directamente hacia el cartel. —Toma eso —masculló.

La reforma había quedado mejor de lo que esperaba. Había desaparecido el edificio destartalado y cansado que se había ido deteriorando lentamente durante décadas, y en su lugar se alzaba algo que realmente parecía pertenecer al siglo veintiuno: puertas de cristal modernas, revestimiento de cedro nuevo, una zona de terraza con muebles de hierro forjado que probablemente costaban más que su coche.

Por supuesto, nada de esto habría ocurrido sin que Agnes moviera hilos en el Ayuntamiento. La licencia de obras no se concedía sola, especialmente cuando querías ampliar un campo de golf hacia humedales protegidos. Pero Agnes tenía sus métodos. Una palabra

aquí, un favor cobrado allá, un recordatorio oportuno a ciertos concejales sobre ciertas indiscreciones y, por supuesto, Marshall Evans, que se había colado de nuevo en el Ayuntamiento con su ayuda, y había forzado la aprobación de la solicitud de planificación urbanística con la evaluación de impacto ambiental convenientemente enmendada.

Y ahora estaba a punto de poseer el doce por ciento del Shell Bay Golf Club. Nada mal para una tarde de trabajo y unas cuantas llamadas telefónicas intimidatorias. El único problema era la promesa que había hecho para asegurar esas acciones.

La puerta de cristal se abrió y salió un hombre joven. El cigarrillo de Agnes casi se le cae de los labios.

Paul Westbrook era, tenía que admitirlo, absolutamente impresionante. Alto —fácilmente un metro ochenta y ocho—, con el tipo de estructura ósea que pertenece a las portadas de las revistas. Cabello oscuro y espeso peinado con arte para parecer informal, pero que probablemente requería una hora y varios productos caros. Una mandíbula que podría cortar cristal. Ojos azules brillantes con pestañas largas que harían llorar de envidia a cualquier mujer. Llevaba un traje a medida que le sentaba como si se lo hubieran cosido directamente sobre el cuerpo.

Le dedicó una sonrisa que, sin duda, había roto corazones en tres provincias.

—¿Señora Crofton? —Su voz era profunda, suave, como miel sobre grava—. Soy Paul Westbrook. Es un honor conocerla por fin.

Él extendió la mano y Agnes se la estrechó, notando el agarre firme y las uñas cuidadas. Todo en Paul Westbrook gritaba dinero, privilegio y un cuidado personal profesional.

Entonces volvió a abrir la boca.

—Mi padre me ha dicho que usted es, en plan, superimportante. Y que va a ayudarme a ser alcalde y esas cosas. —Sonrió, mostrando unos dientes blancos perfectos—. Es genial. Siempre he querido hacer algo importante, ¿sabe? En plan, marcar la diferencia y eso.

Agnes sintió que el alma abandonaba su cuerpo.

«Más tonto que una piedra», pensó. «No, más tonto aún. Al menos las piedras sirven para algo».

—Señor Westbrook —dijo con cuidado, dando otra calada reparadora a su cigarrillo—. Paul. Sentémonos y hablemos de sus... aspiraciones políticas.

—¡Genial! —Paul saltó hacia los muebles de la terraza como un golden retriever demasiado crecido—. ¿Puedo traerle algo? ¿Café? ¿Agua? El club hace ahora unos batidos verdes increíbles. Son, en plan, supersanos. Me tomo tres al día.

—Me quedo con mi cigarrillo, gracias.

El rostro perfecto de Paul se nubló de preocupación. —Oh, pero fumar es muy malo para usted, señora Crofton. He leído un artículo sobre eso en Instagram. Había una infografía superinformativa con, ya sabe, pulmones y esas cosas.

Agnes cerró los ojos brevemente, suplicando paciencia. O una copa fuerte. Preferiblemente ambas cosas.

—Siéntate —ordenó, señalando la silla de hierro forjado frente a ella.

Paul se sentó, doblando sus largas piernas con la gracia de alguien que probablemente había practicado varios deportes en la universidad. Se inclinó hacia delante con seriedad, con sus ojos azules abiertos y entusiastas.

—Entonces, ¿mi padre dice que necesita que me presente a alcalde? ¿Es como un trabajo de verdad? ¿O es más bien algo de voluntariado?

Agnes apagó su cigarrillo en la cubierta de cedro, ignorando la expresión horrorizada de Paul, e inmediatamente encendió otro.

—Paul —dijo—, ser alcalde es absolutamente un trabajo de verdad. Implica gestionar el presupuesto municipal, supervisar los servicios municipales, trabajar con el consejo, tomar decisiones importantes sobre el futuro de Shell Bay...

—Vale, vale, sí. —Paul asintió con entusiasmo—. Se me da genial decidir cosas. En plan, esta misma mañana, he decidido tomarme el batido verde en lugar del batido de proteínas. Ese es el tipo de liderazgo que Shell Bay necesita, ¿verdad?

Agnes lo miró fijamente.

—Paul, cielo. —Intentó inyectar calidez a su voz y solo consiguió sonar como si tuviera laringitis—. Dime, ¿qué sabes de política

municipal?

—Oh, un montón. —Paul se animó—. Mi padre está metido en todo tipo de temas políticos. Siempre está hablando de... de... —Su frente perfecta se arrugó por el esfuerzo de recordar—... desarrollo. Y permisos. Y una vez dijo algo sobre infraestructuras, que estoy bastante seguro de que son, en plan, las carreteras y esas cosas.

—¿Y qué crees —preguntó Agnes, temiendo ya la respuesta— que hace un alcalde?

—Bueno, pues, en plan, inauguras cosas cortando cintas, ¿no? Y vas a eventos y das la mano y sonríes mucho. —Paul hizo una demostración de su sonrisa, que era, Agnes tenía que admitirlo, bastante espectacular—. Se me da muy bien sonreír. Y me han dicho que tengo una técnica excelente para dar la mano.

Volvió a extender la mano, como para demostrarlo.

Agnes lo ignoró.

—Y tienes gente para todas las cosas aburridas, ¿verdad? En plan asistentes y eso. Yo solo tengo que ser la cara de la operación. El representante público. —Paul dijo esto como si estuviera recitando algo que había memorizado—. Mi padre dijo que yo sería perfecto porque soy... —hizo una pausa, claramente intentando recordar—... fotogénico, hablo bien y vengo de una buena familia.

Por una vez, Agnes se quedó sin palabras.

—Y —continuó Paul, animándose con su tema—, papá dijo que tú te encargarías de todas las cosas complicadas de todos modos. En plan, usted sabe lo que hace con todos los temas políticos, y yo solo tengo que salir bien y no decir nada demasiado estúpido en el debate.

Al menos su padre era realista sobre las limitaciones de su hijo, supuso Agnes. Algo era algo.

Dio una larga calada a su cigarrillo y estudió a Paul Westbrook con ojo calculador, evaluando su misión. Era un idiota, de eso no había duda. Pero era un idiota guapo. Y en política, a veces eso era suficiente.

Karen Cross era competente pero invisible. La gente aún estaba intentando averiguar quién era ella. Marshall Evans era un baboso y

arrastraba el lastre del escándalo anterior. Paul Westbrook era... una cara bonita y en blanco.

Agnes se había enfrentado a situaciones peores, supuso. Y estaba el asuntillo de la participación del doce por ciento en el nuevo negocio rentable de Shell Bay.

—Dime —dijo ella—, ¿por qué quieres ser alcalde?

El rostro de Paul pasó por varias expresiones en rápida sucesión, como si estuviera barajando fichas mentales intentando encontrar la respuesta correcta.

—Porque... —empezó lentamente—, ¿porque Shell Bay es una gran ciudad? ¿Y se merece un gran liderazgo?

Lo dijo como una pregunta, comprobando si lo había hecho bien.

—Y porque... —continuó, ganando confianza—, ¿quiero devolver a la comunidad lo mucho que le ha dado a mi familia?

—Tu familia no lleva viviendo aquí ni seis meses —señaló Agnes.

—Ya, ¿pero parece más tiempo, no? —ofreció Paul con esperanza —. ¿Porque todo el mundo ha sido muy acogedor?

Agnes volvió a cerrar los ojos. Esto iba a ser más difícil de lo que pensaba.

El problema era que le había hecho una promesa a Richard Westbrook. El hombre había invertido cinco millones de dólares en renovar el club de golf y, a cambio de que Agnes engrasara los engranajes en el Ayuntamiento —consiguiendo los permisos, suavizando las preocupaciones ambientales, asegurándose de que la votación del consejo fuera por el buen camino—, ella había prometido ayudar a las ambiciones políticas de su hijo.

En aquel momento, había asumido que Paul sería... bueno, no brillante, pero al menos funcional. Richard Westbrook era un hombre de negocios astuto; seguramente su hijo habría heredado al menos una fracción del ingenio de su padre.

Al parecer, no.

—Paul —dijo Agnes, abriendo los ojos y clavándole su mirada más intimidante—. Vamos a dejar algo muy claro. Le hice una promesa a tu padre, y yo cumplo mis promesas. Te ayudaré a presentarte a alcalde. Pero tienes que entenderlo: esto no va a ser fácil. Esto no

va a ser divertido. Y vas a tener que hacer exactamente lo que yo te diga, cuando yo te lo diga, sin rechistar. ¿Entendido?

Paul asintió con entusiasmo. —Absolutamente, señora Crofton. Se me da muy bien escuchar. Mi entrenador personal dice que soy uno de sus clientes más dedicados.

—Esto no tiene nada que ver con el entrenamiento personal.

—Oh, ya lo sé. Es mucho más importante. —Paul se inclinó hacia delante, con expresión repentinamente seria—. Mire, señora Crofton... ¿puedo llamarla Agnes?

—No.

—Señora Crofton, entonces. Sé que quizás no parezca el tipo más listo...

—No lo pareces.

—... pero se me da muy bien seguir instrucciones. Y mi padre dice que todo lo que tengo que hacer es parecer un alcalde y dejar que usted se encargue de las cosas complicadas. Así que eso es lo que haré. —Volvió a mostrar esa sonrisa demoledora—. Soy como un títere muy, muy guapo, y usted es la... la... —Buscó la metáfora—... ¿la persona que mueve los hilos del títere?

—Titiritera —aportó Agnes con cansancio.

—¡Eso! ¡Eso mismo! —Paul la señaló entusiasmado—. ¿Ve? Ya somos un gran equipo.

—Tu padre me prometió el doce por ciento del club de golf si conseguía que te eligieran —dijo ella sin rodeos.

Paul abrió mucho los ojos. —¡Vaya, ¿en serio?! Eso es muy generoso por su parte.

—Eso significa —continuó Agnes— que tengo un incentivo financiero para hacerte ganar. Lo que significa que haré lo que haga falta. Incluso si eso significa básicamente dirigir toda tu campaña mientras tú te quedas ahí parado con tu cara bonita.

—Eso puedo hacerlo perfectamente —dijo Paul con absoluta sinceridad—. Estar guapo es, en plan, mi principal habilidad.

—Me he dado cuenta.

—Entonces, ¿cuándo empezamos? —Paul sacó su teléfono, el último modelo, por supuesto—. ¿Debería, en plan, publicar algo en

Instagram? Tengo cuarenta mil seguidores. La mayoría de mi época de modelo.

—¿Fuiste modelo?

—Modelo de fitness, sobre todo. Algunos catálogos. Hubo una campaña para una colonia de hombres en la que tenía que salir sin camiseta en una playa...

—Para. —Agnes levantó la mano—. Simplemente... deja de hablar.

Paul cerró la boca obedientemente, mirándola con expectación como un perro bien adiestrado que espera su siguiente orden.

Agnes suspiró. Tenía tres semanas para convertir a este muñeco Ken andante en un candidato a la alcaldía viable. Tres semanas para crear discursos que pudiera memorizar, posiciones que pudiera repetir como un loro y un personaje público que no gritara inmediatamente: «No sé lo que es un presupuesto municipal».

Iba a ser una pesadilla.

Pero Agnes Crofton no rehuía los desafíos. Y además, probablemente podría renegociar su participación hasta el quince por ciento si conseguía que eligieran a este idiota guapo.

—Bien —dijo ella—, esto es lo que va a pasar. Voy a escribir todo lo que tienes que decir. Cada discurso, cada frase hecha, cada respuesta a cada pregunta posible. Vas a memorizarlo todo. Palabra por palabra. ¿Sabes memorizar cosas?

—Oh sí, por supuesto. Me memoricé todas las letras de la banda sonora completa de Hamilton.

Agnes continuó: —Tendremos que establecer tu programa electoral. Nada demasiado complicado. Desarrollo económico: a todo el mundo le gustan los puestos de trabajo. Apoyo al comercio local: el club de golf de tu padre cuenta. Quizás algo sobre programas para jóvenes y servicios para la tercera edad para llegar a ambos grupos demográficos.

—Me encantan los viejos —ofreció Paul—. Y los jóvenes. En realidad, todo tipo de personas de todas las edades.

—Fantástico. Muy integrador.

Paul volvió a sonreír, sin notar el sarcasmo.

—Las sesiones fotográficas serán tu punto fuerte. Das la mano, sonríes, dices exactamente lo que yo te diga que digas, y luego

dejas de hablar. Bajo ninguna circunstancia te explayas ni añades pensamientos propios.

—Entendido. Sonreír, dar la mano, callarse. —Paul asintió con seriedad—. Eso puedo hacerlo.

—Y tenemos que trabajar en tu forma de hablar. Dices «en plan» aproximadamente diecisiete veces por minuto. Eso tiene que acabarse.

—Vaya, tío, ni siquiera me había dado cuenta de que lo hacía. —El rostro de Paul mostró una sorpresa genuina—. Qué raro.

—Programaremos sesiones diarias de entrenamiento —ordenó Agnes—. Todas las mañanas, a las nueve, aquí en la casa club. Practicarás la oratoria, memorizarás los puntos de tu programa y nos prepararemos para todos los escenarios posibles en el debate.

—¿A las nueve? —Paul pareció dolido—. Pero eso es supertemprano. Suelo hacer hot yoga a las nueve.

—Paul —gruñó Agnes—. ¿Quieres ser alcalde o quieres hacer hot yoga?

—¿No puedo hacer ambas cosas?

—No.

—¿Y si hago yoga a las ocho y media y luego...?

—Paul.

—Vale. Perdón. alcalde primero, yoga después. —Se hundió un poco en su silla, con su cabello perfecto cayendo artísticamente sobre su frente—. Es que valoro mucho mi rutina de autocuidado, ¿sabe? La salud mental es muy importante.

Agnes le lanzó una mirada amenazadora y él finalmente se amilanó. —Tiene razón —dijo—. Mi padre dijo que esto era importante. En plan, muy importante. Así que debería tomármelo en serio. —Se incorporó, irguiendo los hombros—. Puedo hacerlo, señora Crofton. Sé que parezco un cabeza hueca...

—Lo pareces.

—... pero quiero que mi padre esté orgulloso. Y si eso significa levantarme temprano y memorizar cosas aburridas sobre presupuestos y lo que sea, pues eso es lo que haré.

Agnes lo estudió durante un largo momento. —De acuerdo —dijo finalmente—. Empezaremos mañana. A las nueve en punto. No

llegues tarde.

—No lo haré. —Paul se levantó, extendiendo la mano de nuevo—. Gracias, señora Crofton. De verdad. Sé que no soy la opción obvia para alcalde, pero con su ayuda, voy a sorprender a todo el mundo.

Agnes le estrechó la mano, notando de nuevo el agarre firme. Quizás no fuera un caso completamente perdido.

Lo vio volver a la casa club, sacando ya su teléfono, probablemente para reprogramar su preciada clase de yoga.

Le había prometido a Richard Westbrook que conseguiría que eligieran a su idiota hijo.

Y Agnes Crofton siempre cumplía sus promesas. Bueno, casi nunca, pero esta vez no tenía otra opción. Westbrook padre había sido muy claro.

—Consigue que elijan a mi hijo y te recompensaré generosamente —había dicho aquel viejo diablo—. El fracaso no es una opción, Agnes. No lo es. —Y su comportamiento normalmente afable se había transformado en algo mucho más siniestro.

Richard Westbrook tenía fama de conseguir lo que quería. Era implacable, y Agnes admiraba eso. Pero esta vez, ella estaba en el lado receptor. Se sacudió esos pensamientos. Podría manejarlo. Cumpliría su promesa a Westbrook, sin importar cuánto le costara aquel trato en cigarrillos y cordura. Agnes encendió otro cigarrillo. El fracaso no era una opción.

Capítulo once

Joseph Jackson estaba en su puesto de preparación en la cocina de Dine on the Dock. El sol de la mañana entraba por la pequeña ventana sobre el fregadero, reflejándose en la hoja de su cuchillo de chef mientras fileteaba una hermosa pieza de fletán con cortes rápidos y precisos.

Este era su refugio particular.

El rítmico tac-tac-tac del cuchillo contra la tabla de cortar, el olor salino del marisco fresco, el suave zumbido del frigorífico de fondo... esos eran los sonidos y aromas que le hacían sonreír.

Joseph hizo una pausa para limpiar la hoja de su cuchillo, mirando a su alrededor en su pequeña pero inmaculada cocina con una satisfacción que todavía sentía como nueva, incluso después de todos estos meses.

Esta era su cocina. Su restaurante. El trabajo de su vida, finalmente materializado tras años soñando con ello en lugares que olían a desinfectante y desesperación.

Había cumplido condena por un delito que cometió cuando era joven, estúpido y estaba enfadado con el mundo. Agresión. Con un rodillo de cocina. Había perdido los estribos cuando un sous-chef le había vertido sopa caliente encima. El hombre no había resultado

herido de gravedad, y la sopa hirviendo quemaba de verdad, pero el juez no lo había visto desde el punto de vista de Joseph.

La cárcel había sido todo lo terrible que cabía esperar y algunas cosas peores. Pero también había sido el lugar donde Joseph descubrió que sabía cocinar. Cocinar de verdad.

Cuando salió, se juró que algún día abriría su propio local. Un restaurante de verdad, no solo una furgoneta de comida o un servicio de catering, sino un establecimiento culinario real donde la gente fuera a comer sus platos porque eran buenos.

En aquel entonces parecía imposible. Los exconvictos no conseguían préstamos comerciales. No conseguían contratos de alquiler ni permisos, ni el beneficio de la duda de inspectores de sanidad escépticos. Ni el apoyo del público.

Pero Joseph había ahorrado hasta el último céntimo trabajando como mecánico y manitas en Sea Breeze Marina. Había vivido en el Cosmos, manteniendo sus gastos al mínimo posible y guardando el dinero en una lata de café bajo su litera. Y entonces, cuando surgió la oportunidad —la antigua oficina del puerto deportivo se iba a convertir en un espacio para un restaurante—, dio el salto.

No había sido un camino de rosas. Había tenido la pesadilla del cadáver recuperado en una trampa para cangrejos, por lo que nadie quiso comer sus pasteles de cangrejo durante meses. Luego estuvieron las veces en las que se había convertido en el principal sospechoso en casos de asesinato simplemente por su pasado. Y el terrible momento en que le había lanzado una sartén de hierro fundido a Marshall Evans, el corrupto concejal de Shell Bay, que intentó sabotear al alcalde Gordon Godson. Pero afortunadamente, Sarah y Jewell, y la cuidadosa investigación de la inspectora Linda Jenkins, habían limpiado su nombre.

Y ahora, meses después, Dine on the Dock prosperaba.

No solo sobrevivía, sino que prosperaba.

Joseph seleccionó un limón fresco de la cesta de alambre en la encimera, haciéndolo rodar bajo la palma de su mano para liberar los aceites antes de cortarlo en gajos perfectos. El aroma cítrico impregnó el olor a pescado, fresco y limpio.

La sugerencia de hoy sería fletán a la plancha con salsa de limón y alcaparras, servido sobre arroz salvaje con verduras de temporada. Sencillo, elegante, dejando que la calidad de los ingredientes hablara por sí misma. Esa era la filosofía de Joseph: la buena comida no necesitaba ser ostentosa. Solo necesitaba ser honesta.

Alargó la mano hacia las alcaparras, con la mente ya planeando el trabajo de preparación para el servicio de comidas. Tendría que escaldar las judías verdes, poner en marcha el arroz, asegurarse de que las mesas estuvieran puestas...

Tintineo, tintineo... ¡PAM!

Joseph levantó la cabeza de golpe al oír el ruido. Ese era el sonido de la puerta principal del restaurante.

Frunció el ceño y dejó el cuchillo. El restaurante no abría hasta dentro de dos horas. Había cerrado esa puerta después de que Sarah y Jewell se marcharan tras el café de la mañana. Siempre la cerraba durante el tiempo de preparación, ya que no quería que le molestaran mientras trabajaba con cuchillos afilados y superficies calientes.

¿Quizá el viento la había abierto? Pero recordaba claramente haber echado el cerrojo...

Tintineo, tintineo... ¡PAM!

Ahí estaba otra vez: la campana y luego la puerta golpeando el marco. Definitivamente abierta, definitivamente balanceándose con la brisa.

Joseph se limpió las manos en el delantal y caminó hacia la zona del comedor. El restaurante estaba en penumbra, con las luces aún apagadas y las sillas todavía patas arriba sobre las mesas tras la rutina de cierre de anoche, a excepción de la mesa de la esquina donde los Wharf Rats se reunían siempre.

Y la puerta principal estaba abierta de par en par, balanceándose perezosamente con la brisa de septiembre.

El ceño de Joseph se frunció aún más. Cruzó el comedor y sujetó la puerta antes de que pudiera golpear el marco de nuevo. Salió a la terraza, mirando a izquierda y derecha a lo largo del muelle.

Nada.

El puerto deportivo estaba tranquilo a estas horas; Jewell y Sarah estarían haciendo las tareas diarias en sus barcos, y los pescadores ya se habían marchado al amanecer. Las gaviotas daban vueltas y graznaban sobre él en el aire matutino.

Pero no había nadie en el muelle. Nadie alejándose. Ninguna explicación de por qué su puerta cerrada estaba de repente abierta de par en par.

Joseph volvió a entrar y examinó la cerradura. No había señales de daños. No había arañazos en la madera o el metal que sugirieran que alguien la hubiera forzado. El cerrojo se deslizó suavemente cuando lo probó; funcionaba perfectamente.

Entonces, ¿cómo se había abierto?

Debió de haber olvidado echar la llave después de todo, razonó. Había estado distraído esta mañana, pensando en la sugerencia del día, repasando mentalmente su inventario de ingredientes. Era fácil creer que habías cerrado algo cuando no era así.

Joseph cerró la puerta con firmeza y echó el cerrojo, dándole un tirón extra de prueba para asegurarse de que hubiera encajado correctamente. Cerrada. Definitivamente cerrada esta vez.

Se dio la vuelta hacia la cocina, pero algo le hizo detenerse.

Un cosquilleo en la nuca. Un instinto perfeccionado por su tiempo en prisión. La sensación de ser observado.

Joseph giró lentamente, recorriendo con la mirada el puerto deportivo a través de las ventanas.

Seguía sin haber nada. Solo los barcos balanceándose suavemente en sus amarres.

Pero la sensación no desaparecía.

Alguien le estaba mirando. Estaba seguro de ello.

Joseph se acercó a la ventana, pegándose al cristal para tener un mejor ángulo. Examinó el aparcamiento: unos pocos coches, pero todos conocidos. El camino que llevaba a la oficina del puerto deportivo estaba vacío. Los otros muelles estaban en silencio, con los barcos subiendo y bajando con la suave marea.

No había nadie ahí fuera.

Entonces, un movimiento junto a un barco atracado frente a Dine on the Dock captó su atención. Joseph se tensó, dispuesto a gritar,

pero entonces apareció un hombre que llevaba una caña de pescar, caminando con paso firme hacia la rampa para embarcaciones. El hombre levantó la vista y alzó la mano a modo de saludo.

Había algo familiar en él, pensó Joseph. El hombre debía de haber comido en el restaurante o pasado a por un café. En cualquier caso, el hombre habría gritado si hubiera entrado en el restaurante. No, debía de habérsele olvidado cerrar la puerta.

Joseph intentó convencerse de ello mientras regresaba a la cocina, pero sus movimientos eran menos relajados ahora, menos seguros. Cogió su cuchillo, pero lo empuñaba con demasiada fuerza; tenía los hombros demasiado tensos y volvió a dejar el cuchillo en su sitio.

El fletán yacía en la tabla de cortar, esperando a ser porcionado. Los gajos de limón estaban en su hilera perfecta. Todo exactamente como lo había dejado.

Miró de reojo hacia la puerta que conducía al comedor, medio esperando ver a alguien allí de pie.

—Contrólate —murmuró Joseph para sí mismo—. Te estás comportando como un idiota.

Se obligó a concentrarse en el pescado, retomando su trabajo con decidida concentración. Tac-tac-tac. El ritmo familiar de la hoja sobre la tabla. La satisfactoria precisión de crear porciones perfectamente uniformes.

Pero cada pocos minutos, sus ojos se desviaban hacia la puerta.

Entonces Joseph recordó lo que Linda Jenkins había dicho sobre los carteles electorales robados en Harbour Road, a un corto paseo del puerto deportivo. Quizás fueran los mismos chavales tonteando. Era lo único que les faltaba: una racha de pequeños robos.

Convencido de que no había nada de qué preocuparse, Joseph se concentró en el fletán que tenía delante. En poco tiempo, se perdió en su creatividad culinaria, silbando suavemente para sus adentros.

Capítulo doce – Actualidad.

—Hay un incidente en el club de golf.

Linda suspiró y se apretó el teléfono móvil contra la oreja, mientras usaba la otra mano para limpiarse el sudor de la frente. No tenía que entrar a trabajar hasta dentro de una hora y había estado disfrutando de lo lindo de su carrera matutina por la playa de Shell Bay. La ruta se había convertido en su ritual: bajar pasando por el puerto deportivo Sea Breeze Marina, donde los barcos de pesca cabeceaban suavemente en sus amarres, y luego volver por el paseo marítimo hasta su casa, frente al destacamento de la RCMP.

Le había llevado semanas superar la molestia inicial de volver a ponerse en forma, pero ahora incluso esperaba con ganas el ardor en los músculos y el aire fresco de la mañana. El golpeteo rítmico de sus pies sobre el sendero, el grito de las gaviotas sobre su cabeza, el suave lamer de las olas contra la orilla... todo conspiraba para imbuirla de un estado de ánimo apacible que solía lograr mantener, al menos hasta la hora de comer.

El zumbido insistente de su móvil hizo añicos esa paz.

Como Inspectora, no podía ignorar las llamadas. Pero eso no significaba que tuvieran que gustarle.

—¿Y bien, Wenda? —espetó Linda cuando la recepcionista no dio más detalles de inmediato—. ¿Qué tipo de incidente? ¿Quién lo ha

denunciado?

—Espera un momento, estoy consultando mis notas —la voz de Wenda transmitía su tono habitual de aburrimiento profundo, como si prefiriera estar en cualquier otro lugar haciendo cualquier otra cosa—. El sonido de papeles revolviéndose llegó a través del teléfono. —Ha sido el señor Parker, y no ha dicho de qué se trataba el incidente. ¿Puedes ir?

Linda gruñó y se inclinó hacia delante, con las manos en las rodillas, recuperando el aliento. —Estoy ocupada y no entro hasta dentro de una hora. ¿No puede encargarse Ray? —se incorporó mientras giraba los hombros—. No será tan grave si no han llamado al número de emergencias.

—El señor Parker parecía alterado —respondió Wenda con un matiz de suficiencia que hizo que Linda apretara la mandíbula—. Y te veo desde aquí. No estás ocupada.

Los ojos de Linda se dirigieron al edificio del destacamento, al otro lado de la calle. Efectivamente, a través de una de las ventanas, pudo distinguir la silueta de Wenda. Probablemente la mujer estaba tomándose el café de la mañana y limándose las uñas mientras jugaba al Candy Crush en el ordenador.

Linda resistió el poderoso impulso de hacer un gesto grosero en dirección a aquellas ventanas. En su lugar, respiró hondo el aire con aroma a salitre del que había estado disfrutando hace apenas unos instantes y se obligó a sonar profesional.

—Muy bien. Me ducharé e iré al club de golf —dijo entre dientes—. Pero si se trata de un carrito de golf robado o de que alguien ha perdido las bolas, no me va a hacer ninguna gracia.

La línea se cortó con un brusco clic.

—De nada —masculló Linda al teléfono silencioso.

Capítulo trece

Lo primero que Linda notó al entrar en el aparcamiento del Shell Bay Golf Club fue lo que parecía una bola de discoteca gigante y brillante apoyada en el porche de la casa club, rodeada por una multitud de curiosos ansiosos que deambulaban como ovejas confundidas.

Aparcó en una plaza cerca de la entrada, apagó el motor y entornó los ojos a través del parabrisas. Mientras salía del coche y se acercaba a la casa club —con el pelo todavía húmedo por su ducha apresurada—, se dio cuenta de que la bola de discoteca era en realidad el alcalde Gordon Godson desplomado en una silla Adirondack, envuelto de pies a cabeza en una de esas ruidosas mantas térmicas de aluminio. Del tipo que entregan a los corredores de maratón o a las víctimas de inundaciones para prevenir la hipotermia.

Gordon no parecía estar sufriendo por el frío.

De hecho, su rostro redondo lucía un alarmante tono carmesí, brillante de sudor, y su cabello, cuidadosamente peinado, sobresalía en ángulos extraños como si se hubiera pasado las manos por él repetidamente. Su esposa, María, revoloteaba sobre él como una gallina clueca preocupada, espantando a cualquiera que se aventurara demasiado cerca.

—Atrás, atrás —la voz de María llegó a través del aparcamiento, aguda por la ansiedad—. Ha sufrido una impresión terrible. Necesita aire. Denle espacio.

Linda se abrió paso entre el pequeño grupo de curiosos, varios de los cuales vestían el mismo tipo de polos de colores chillones y viseras que parecían ser el uniforme de los golfistas serios. —¿Qué ha pasado? —preguntó, con sus ojos de detective recorriendo ya con la mirada a Gordon en busca de signos de lesiones—. ¿Le ha dado una pelota de golf o algo así?

—¡Agente! Menos mal que está aquí. Un hombre alto y muy bronceado corrió hacia ella con un alivio evidente reflejado en su rostro curtido. Llevaba unos pantalones de cuadros que darían envidia a un tablero de ajedrez y un polo naranja brillante con una gorra a juego. Una pequeña placa metálica con su nombre sujeta al pecho decía: James Parker, profesional sénior de golf.

«¿Por qué la gente del golf siempre viste como si hubiera saqueado el armario de un payaso?», pensó Linda, pero logró mantener una expresión neutral. —Señor Parker, ha llamado para informar de «un incidente» que requería presencia policial —dejó que un tinte de escepticismo se colara en su voz—. Pero si el alcalde Godson está herido, deberían haber llamado a una ambulancia, no a la RCMP.

—No está herido —espetó María, con su mano perfectamente manicurada todavía apretando el hombro de Gordon de forma protectora—. No físicamente, al menos. Gordon ha sufrido una impresión terrible.

—Sí, terrible —asintió James Parker, sacudiendo la cabeza con la solemne gravedad que suele reservarse para los directores funerarios—. Simplemente terrible.

—Bueno, ¿de qué se trata? —Linda sentía que su paciencia se agotaba. Había renunciado a su tranquila carrera matutina por esto.

—Está allí al lado.

La voz de Gordon interrumpió los murmullos de la multitud. Levantó una mano temblorosa en un gesto teatral. Tenía los ojos muy abiertos, atormentados.

—Ha sido horrible. Horrible. —Tragó saliva con dificultad—. Perdí mi bola de golf en el búnker... no fue culpa mía, que conste. La golpeé en un arco perfecto hacia el green, un tiro precioso de verdad, pero una ráfaga de viento imprevista la desvió de su curso. —Hizo una pausa, boqueando como un pez fuera del agua—. Y luego, cuando fui a recuperarla, encontré... encontré...

Su voz bajó hasta ser apenas un susurro, obligando a Linda a inclinarse, lo suficiente como para oler el café en su aliento y ver el terror genuino en sus ojos.

—He encontrado un cadáver.

Capítulo catorce

Linda se había aferrado a la esperanza de que Gordon Godson hubiera tenido alucinaciones, o se hubiera equivocado, y que el cadáver fuese en realidad un ciervo o algún otro espécimen desafortunado de la fauna local que se hubiera cruzado en el camino de una pelota de golf a toda velocidad. Quizá un mapache. Shell Bay tenía una población de mapaches impresionante, criaturas audaces que asaltaban regularmente los cubos de basura y aterrorizaban a los gatos domésticos. Tal vez Gordon simplemente se había topado con un mapache especialmente grande que había tenido un final prematuro.

Pero, lamentablemente, mientras Linda permanecía al borde de la trampa de arena en el hoyo siete, oteando su interior, pudo ver que el alcalde tenía toda la razón, de forma innegable. Había un cadáver en el búnker. Y era indudablemente humano. Un hombre, por lo que parecía, aunque era difícil estar segura desde ese ángulo. Yacía boca abajo, medio enterrado, con un brazo estirado por encima de la cabeza como si hubiera intentado alcanzar algo, y el otro probablemente doblado bajo el cuerpo. Vestía lo que seguramente había sido un traje caro: azul marino, o quizás gris marengo, aunque la arena adherida a la tela dificultaba la distinción.

A pesar de la mancha rosada que contaminaba los granos de arena amarillos —extendiéndose desde el cuerpo de una manera que hizo que se le encogiera el estómago—, sabía que tenía que acercarse.

Tras respirar hondo, Linda entró en el búnker. Sus pies se hundieron de inmediato en la arena blanda, que cedió bajo su peso como algo vivo y traicionero. Podía sentir cómo se colaba en sus zapatos, llenando los espacios entre los dedos con una molestia arenosa. «Genial —pensó—. Arena en los zapatos para el resto del día». Pero ya no le quedaba más remedio que seguir adelante. Tenía que asegurarse de que no hubiera dudas de que este hombre estaba, en efecto, muerto. Tenía que comprobar el pulso, a pesar de que la inmovilidad del cuerpo y esa mancha rosada le decían todo lo que necesitaba saber. Era el procedimiento.

Avanzó con dificultad y, finalmente, llegó al cuerpo. De cerca, era peor. La mancha rosada era definitivamente sangre, y había mucha, empapando la arena. Al apartar un poco de arena, pudo ver que la parte posterior del cráneo tenía mal aspecto: deformada, como si algo pesado hubiera impactado con fuerza.

Muerto. Definitivamente muerto. Hacía varias horas, si tuviera que adivinar, aunque dejaría la hora oficial de la muerte para el forense.

La salida del búnker fue aún menos digna que el descenso. La arena parecía decidida a arrastrarla de nuevo hacia abajo, deslizándose bajo sus pies cada vez que intentaba hacer pie. Tuvo que usar las manos, arañando el borde de la trampa como alguien que intenta escapar de arenas movedizas, y jadeaba con fuerza cuando por fin consiguió auparse al borde y llegar a terreno firme.

James Parker estaba esperando y se apresuró a ayudar a Linda.

—¿Y bien? —preguntó él, con el rostro pálido bajo su bronceado de campo de golf.

—Muerto —confirmó Linda, sacando su teléfono—. Necesito que todo el mundo se mantenga alejado de esta zona. Esto es ahora la escena del crimen. Hizo dos llamadas en rápida sucesión.

La primera fue al destacamento, donde Wenda respondió con su entusiasmo habitual, es decir, ninguno en absoluto. Linda le explicó la situación.

—¿Otro cadáver? —interrumpió Wenda, y Linda pudo notar cómo ponía los ojos en blanco por su tono de voz— ¿Qué pasa con este pueblo? Antes pasábamos años sin un solo asesinato, y ahora parece que alguien ha abierto una franquicia.

—Limítate a enviar a Ray —dijo Linda entre dientes—. Y llama al sargento de Estado Mayor Croud. Querrá saber esto.

—Vale, vale. ¿Algo más?

—Sí. Despéjame la agenda. Voy a estar aquí un buen rato.

Colgó antes de que Wenda pudiera responder con otro comentario sarcástico. La segunda llamada fue para Shirley Grimm, la médico forense del pueblo. Shirley respondió al segundo tono, con voz nítida y profesional.

—¿Diga? Habla la doctora Grimm.

—Shirley, soy Linda Jenkins. Necesito que venga al Shell Bay Golf Club. Hoyo siete. Tenemos un cadáver.

Shirley no perdió el tiempo con preguntas.

—Estaré allí en veinte minutos. Me llevo a Marcus. Necesita experiencia.

A Linda se le dio un pequeño e inesperado vuelco el estómago al oír el nombre del doctor Marcus Alexander. Habían tenido exactamente tres citas: una cena en Dine on the Dock, un café en The Bean Express y un paseo por la playa seguido de una cena en casa de Linda —que Joseph le había cocinado, así que ella solo tuvo que calentarla—, y aquello había terminado con un beso que Linda había revivido una y otra vez con una sensación deliciosa. De hecho, se habían conocido en la escena del crimen del asesinato de la doctora Evelyn Sinclair en el Museo de Shell Bay. Marcus estaba allí como asistente de Shirley, y Linda se había sentido atraída por él de inmediato, diciéndose a sí misma al principio que simplemente estaba impresionada por su profesionalidad. La atracción había sido mutua y, desde entonces, habían entrado en un ritmo cómodo: profesionales en las escenas del crimen, cercanos en todo lo demás. Funcionaba, en su mayor parte, aunque Linda a veces se preguntaba si construir una relación en torno a cadáveres era la base más saludable.

—Me parece bien —dijo Linda, manteniendo la voz profesional—. Solo asegúrese de que se quede detrás de la cinta a menos que lo necesite específicamente.

—Por supuesto. Nos vemos pronto.

Linda colgó y miró a la multitud reunida. James Parker seguía merodeando por allí, retorciéndose las manos. A Gordon y María se les habían unido otros varios miembros del club, todos estirando el cuello para ver el interior del búnker; la curiosidad morbosa superaba su etiqueta en el campo de golf.

—Señor Parker —dijo Linda, dirigiéndose al profesional de golf—, necesito que cierre el campo. Todo el mundo debe irse, excepto el personal esencial. Y necesitaré una lista de todos los que han estado aquí esta mañana: socios, empleados, cualquiera que haya podido ver algo.

—¿Cerrar el campo? —James parecía horrorizado. Pero es un día muy concurrido. Tenemos clases programadas, hay horas de salida reservadas...

—Señor Parker. Linda le clavó esa mirada que había perfeccionado durante sus años como oficial de investigación, la que hacía que los sospechosos confesaran y los testigos recordaran detalles que aparentemente habían olvidado. Hay un hombre muerto en su búnker. Su campo de golf es la escena del crimen. No me importan sus clases de golf ni sus horas de salida. Este campo está cerrado hasta nuevo aviso.

Capítulo quince

—Detective Jenkins —la saludó Shirley Grimm con formalidad, aunque sus ojos reflejaban un atisbo de calidez. Habían trabajado juntas en suficientes casos como para haber desarrollado un respeto mutuo, y Shirley incluso había empezado a llamarla Linda cuando no se encontraban en una escena del crimen activa.

—Enséñeme lo que tenemos.

—Cuerpo en el búnker —dijo Linda, señalando hacia la trampa de arena—. Varón, de mediana edad a mayor, traumatismo craneal; lleva muerto varias horas según la temperatura corporal. Aún no lleva identificación. No he querido alterar la escena más de lo necesario.

—Buena decisión. Shirley dejó su maletín y sacó unos guantes, poniéndoselos con experimentada eficiencia. —Marcus, póngase los guantes. Puede observar desde el borde del búnker, pero no entre en la escena a menos que yo se lo diga.

—Sí, señora —dijo Marcus, y cuando se cruzó con la mirada de Linda, le dedicó una pequeña sonrisa, de esas que sugerían que estaba recordando su última cita, la que había terminado con aquel beso.

—Buenos días, Linda. Ojalá nos hubiéramos visto para tomar un café en lugar de esto.

—Lo mismo digo —respondió Linda, permitiéndose una breve sonrisa a cambio.

Marcus se puso los guantes. —Este tipo parece que iba de camino a una reunión de negocios, a juzgar por el traje.

—O que venía de una —dijo Linda, pensativa—. Durante la noche. Ya había tomado nota mental de que, fuera lo que fuese lo que el hombre estaba haciendo en el campo de golf, no era practicar su swing. Incluso su estimación aproximada de la hora de la muerte lo situaba en este búnker en plena madrugada.

Shirley ya había bajado al búnker con bastante más elegancia de la que Linda había logrado demostrar; sus zapatos cómodos encontraron apoyo en la arena. Se puso en cuclillas junto al cuerpo.

—Bueno, definitivamente está muerto —anunció—. Un traumatismo craneal importante en la parte posterior del cráneo. Parece causado por un objeto contundente. Podría ser por una caída, pero dada la posición del cuerpo... —Se interrumpió, examinando la escena con los ojos entrecerrados—. No, esto no ha sido una caída. El patrón de salpicaduras de sangre sugiere que fue golpeado mientras ya estaba en el suelo o posiblemente arrodillado.

—Un asesinato, entonces —dijo Linda—. Casi con toda seguridad.

Shirley sacó un termómetro y tomó la temperatura del cadáver.

—¿Hora de la muerte? —preguntó Linda.

—Una estimación aproximada, basada en la temperatura corporal y el rigor mortis... Yo diría que entre medianoche y las cuatro de la madrugada. Podré precisarlo más tras la autopsia —. Shirley se incorporó—. Tengo que darle la vuelta para verle la cara. ¿Puede ayudarme, Marcus?

—Por supuesto. Marcus bajó al búnker; sus piernas largas hicieron que el descenso pareciera sencillo. Juntos, Shirley y Marcus giraron con cuidado el cuerpo sobre su espalda, moviéndose con la lenta precisión necesaria para preservar cualquier prueba. El brazo del hombre que había estado doblado bajo el cuerpo quedó libre, revelando más sangre en su camisa. Y entonces Linda le vio la cara. Se le cortó la respiración al darse cuenta de que reconocía aquel rostro de mofletes caídos que la miraba sin ver desde las profundidades arenosas del búnker.

Capítulo dieciséis

Linda escribió el nombre de la víctima en la pizarra blanca de la sala de conferencias; el rotulador negro chilló ligeramente. Ray había reorganizado la sala para que pareciera una sala de operaciones, y él y los dos agentes de Shell Bay, Barry y Colin, estaban sentados frente a Linda con los bolígrafos listos sobre sus cuadernos, expectantes.

Bueno, eso era cierto en el caso de Barry y Colin. La atención de Ray se centraba en su Bunwich que, inexplicablemente, había conseguido convencer a Wenda para que se lo pidiera y fuera a recogerlo por él. El sándwich era una obra de arte con un adobo de tomate picante, bacon crujiente, pimientos a la brasa y queso mozzarella viscoso que chorreaba grasa por la barbilla de Ray.

Normalmente, solo el aroma ya habría puesto a prueba la fuerza de voluntad dietética de Linda, pero hoy su apetito se había esfumado ante la foto del muy difunto Gerald Summers pinchada en la pizarra.

Tres semanas, pensó Linda con amargura, estudiando la fotografía. Tres semanas para el debate de candidatos, y Shell Bay ya era un polvorín de tensión política. Lo último que necesitaban era un asesinato planeando sobre todo el asunto.

Linda había conocido a Gerald Summers en su primerísimo caso tras ser degradada y enviada a Shell Bay —cuando aún pensaba que aquel destino era un castigo, un exilio que ponía fin a su carrera en el fin del mundo—. Se había visto inmersa en una investigación de un asesinato a las pocas semanas de llegar al minúsculo destacamento. El Comodoro Hiscocks, un pilar muy conocido de la comunidad, había sido asesinado en el Sea Breeze Marina. Poco después, Merlin Melthorpe, un delincuente local igualmente conocido, también había sido asesinado en su propia casa. La investigación había llevado a Linda por giros y vueltas en la historia de Shell Bay, pero había sido Gerald Summers quien le había dado la pista para vincular los dos asesinatos y llevar al asesino, Steven James, ante la justicia.

Gerald Summers había sido representante de «las estrellas», o eso afirmaba él, lo que incluía a Gordon Godson y a The Neon Dreamers. Su lista de talentos era impresionante, al menos según sus palabras.

Summers trabajaba en una oficina lúgubre en Victoria, con vistas al puerto desde un edificio que había conocido tiempos mejores. Cuando Linda lo interrogó durante la investigación del asesinato, se llevó la clara impresión de que la mayor parte de su «galaxia de estrellas» hacía tiempo que había dejado de brillar. Las fotografías de las paredes de su oficina —Gerald con varios rostros vagamente familiares— eran todas artefactos descoloridos y anticuados de un pasado más exitoso.

Aun así, era un personaje arrollador. Un hombre orondo de rostro rojo y carnoso, manos de oso y una autoconfianza abrumadora e imposible de ignorar. Linda recordaba que él y Gordon Godson se habían peleado de forma espectacular y no se habían hablado en años, hasta que Summers apareció de la nada en el último ciclo electoral, ofreciéndose a resucitar la decadente popularidad de Gordon.

Summers había convencido a Gordon para que participara en el malhadado programa de televisión Ex-Cons in the Kitchen, un desastre de programa de telerrealidad que casi destruyó la reputación de ambos. Pero, a pesar de ser un completo descalabro, Summers se las había apañado para convertirlo en oro político. Los

índices de aprobación de Gordon habían aumentado, de hecho, y ambos habían sobrevivido a las consecuencias relativamente indemnes.

El hombre era un charlatán, pero uno con talento.

—Muy bien —dijo Linda, tapando el rotulador—. Repasemos lo que sabemos. Gordon Godson fue el primero en encontrar el cadáver esta mañana, aproximadamente a las 9:47.

—Estadísticamente hablando —comentó Colin, incorporándose como un alumno ansioso por impresionar—, ¿no suele ser el asesino la persona que dice haber descubierto el cadáver? Es lo que he oído.

—Sí, ¿no es algo así como el ochenta por ciento de las veces que quien avisa es en realidad el autor? —intervino Barry, asintiendo con entusiasmo.

Ray levantó la vista de su Bunwich, con un hilo de queso fundido conectando su boca con el sándwich. —En realidad, creo que esa estadística solo se aplica a...

—Gordon Godson no avisó —interrumpió Linda, antes de que pudieran descarrilar toda la reunión con un debate sobre estadísticas criminales—. Lo hizo el profesional del golf. James Parker. Gordon estaba demasiado ocupado sufriendo un ataque de pánico en la casa club.

—Parker fue quien mandó al alcalde a jugar esos hoyos —señaló Ray, abandonando finalmente su sándwich para contribuir a la investigación—. Quizá mató a Gerald y sabía que Gordon encontraría el cuerpo. Lo preparó todo para que pensáramos que fue Gordon. Ya sabéis, estadísticamente hablando. —Esbozó una sonrisa.

Linda espetó: —Por suerte para Gordon Godson, no arrestamos a la gente por estadísticas. Ya son mayorcitos para saberlo. Arrestamos a la gente basándonos en pruebas. Pruebas reales, tangibles y admisibles en un tribunal.

—Entendido, jefa —asintió Ray, un poco malhumorado—. Entonces, ¿qué pruebas tenemos?

—Ese es el problema —admitió Linda, volviéndose hacia la pizarra —. No tenemos casi nada. La escena del crimen se vio comprometida cuando Gordon recuperó su bola de golf. Y luego ella

misma había alterado la escena, pensó, recordando su poco digno forcejeo para entrar y salir del búnker.

—Conveniente —masculló Barry.

—Para el asesino, sí. Para nosotros, no tanto. —Linda destapó de nuevo su rotulador—. El doctor Alexander y Shirley Grimm están realizando la autopsia ahora mismo. Deberíamos tener los resultados preliminares pronto.

—¿La... esto... la llamará el doctor Alexander directamente? —preguntó Ray, con un tono cuidadosamente casual, pero tanto Colin como Barry soltaron una risita al instante.

Linda les lanzó una mirada fulminante y se callaron al momento, aunque Barry tuvo que taparse la boca para reprimir la carcajada.

El tono de Linda fue gélido. —¿Podemos centrarnos en la investigación, por favor?

—Perdón, jefa.

Linda respiró hondo y se volvió a la pizarra.

—Esto es lo que sabemos —dijo, escribiendo mientras hablaba—. Nuestra víctima, Gerald Summers, sesenta y seis años, estaba aquí en Shell Bay para dirigir la campaña de Karen Cross para convertirse en la próxima alcaldesa. Fue invitado por Gordon Godson, que fue uno de los clientes de Summers cuando Gordon era el cantante principal de The Neon Dreamers.

—¿Entonces cualquiera que ame la música querría verlo muerto? —Ray sonrió con sorna, y Colin y Barry se rieron.

Linda golpeó la pizarra con el rotulador. —Caballeros. Concentración. Gerald Summers. Muerto en un búnker. Asesinado en algún momento entre las nueve de la noche y la medianoche de ayer, según la evaluación preliminar de la escena.

Escribió la cronología en la pizarra. —Así que la pregunta es: ¿está su muerte relacionada con la carrera a la alcaldía? Y si es así, ¿son sospechosos los otros candidatos?

Escribió «Posibles sospechosos» en la pizarra y lo subrayó dos veces para dar énfasis.

—Marshall Evans tiene un pasado criminal —señaló Colin, hojeando sus notas—. Aunque técnicamente no llegaron a acusarlo. Pero hubo todo aquel asunto en el que intentó sabotear al alcalde.

—Él dice que lo engañaron —respondió Linda, pero escribió su nombre en la pizarra de todos modos—. Se presenta contra Karen Cross, así que tenía motivos para boicotear su campaña. Sin Gerald dirigiéndola, Karen lo va a tener difícil. ¿Quién más querría verlo muerto?

—¿Y qué hay de la propia Karen Cross? —se aventuró Barry—. O sea, por lo que he oído, no soportaba a Gerald. No paraba de intentar despedirlo, pero Gordon no la dejaba. Quizá se cansó de discutir y simplemente... ya sabéis. —Hizo un vago gesto de golpeo.

Linda consideró el punto. Ella también había oído los rumores: Karen y Gerald habían chocado por la estrategia de campaña. ¿Pero un asesinato? Karen Cross era práctica, organizada, competente. No parecía del tipo que le machacara la cabeza a alguien.

Por otra parte, Linda había aprendido hacía mucho tiempo que el asesinato no entiende de «tipos».

Añadió el nombre de Karen a la pizarra, aunque le pareció que algo no encajaba.

—¿Y los Wharf Rats? —continuó Barry, que parecía haber cogido carrerilla—. Estaban ayudando a Karen Cross, pero luego Gerald Summers tomó el mando y básicamente los dejó fuera. ¿Quizá estaban enfadados por eso?

—¿Tan enfadados como para matarlo? —Linda frunció el ceño mientras pensaba—. No es un motivo muy sólido, ¿verdad? Buscamos a alguien que lo odiara lo suficiente como para reventarle los sesos. Alguien con rabia real. Un agravio real.

—Quizá Gerald le hizo algo a alguno de ellos —sugirió Colin—. Algo de lo que aún no sabemos nada. La gente no suele asesinar a alguien por política. Tiene que haber algo personal.

—Buen punto —reconoció Linda. Escribió «¿Motivo personal?» en la pizarra con un signo de interrogación. Tenemos que indagar en el pasado de Gerald. ¿A quién estafó? ¿A quién le debía dinero? ¿Quién le guardaba rencor?

—Esa podría ser una lista larga —observó Ray, terminando por fin su Bunwich y limpiándose las manos con una servilleta.

—¿Y qué hay del candidato misterioso? —preguntó Colin—. Ese del que todo el mundo murmura. Quizá querían quitar a Gerald de

en medio antes de su gran anuncio.

Linda hizo una pausa. Casi se había olvidado del tercer candidato con el caos de la investigación del asesinato. —¿Aún no sabemos quién es?

—Todavía no —dijo Ray—. Aunque he oído que Agnes Crofton está involucrada de algún modo. Lo que significa que o va a ser brillante o una completa locura. Posiblemente ambas cosas.

Agnes Crofton. Esa sí que era alguien que no dudaría en quitar un obstáculo de en medio si convenía a sus propósitos. Pero Agnes era más del tipo que destruye a alguien financiera o socialmente. El asesinato parecía demasiado... sucio para su estilo.

Aun así, Linda añadió «¿Candidato misterioso?» a la pizarra.

—No os olvidéis del propio Gordon Godson —dijo Ray en voz baja —. Sé que has dicho que parecía genuinamente conmocionado, pero él y Summers tenían historia. Una mala historia. Se pelearon hace años, y Gerald le costó mucho dinero a Godson con unos negocios turbios y una gira cancelada. Además, estuvo todo aquel escándalo sobre el concurso de talentos amañado. El alcalde ha estado sensible con eso desde que descubrió que solo ganó porque Summers lo arregló. Quizá los viejos rencores tardan en morir.

La mano de Linda quedó suspendida sobre la pizarra. Ray tenía razón. No podía descartar al alcalde solo porque hubiera parecido afectado. La gente podía fingir emociones. La gente podía matar a sus amigos.

Añadió el nombre de Gordon Godson a la pizarra.

La lista de sospechosos crecía, y tenían muy pocas pruebas para reducirla.

—Hay una persona que habéis olvidado —dijo una voz desde el umbral.

Todos se giraron para ver a Wenda allí de pie, con una mano en la cadera y la otra sosteniendo una carpeta. Su expresión sugería que había estado escuchando sus especulaciones con cierta diversión.

—La mujer de la víctima está en recepción —anunció Wenda—. Janice Summers. Y ya sabéis lo que dicen del asesinato: suele ser el cónyuge. —Hizo una pausa para dar efecto—. Estadísticamente

hablando —añadió con un marcado sarcasmo, arqueando una ceja hacia Colin y Barry.

Linda sintió que un dolor de cabeza empezaba a asomar. —¿Cuándo ha llegado?

—Hace unos cinco minutos. Pregunta por quien esté a cargo de la investigación.

—Muy bien —dijo Linda, enderezando los hombros—. Ray, tú vienes conmigo. Colin, Barry, empezad a investigar los antecedentes de todos los de esa lista. Quiero saber cada multa por exceso de velocidad, cada negocio, cada razón que alguien pudiera haber tenido para querer ver muerto a Gerald Summers.

Capítulo Diecisiete

Linda se sentó frente a la señora Janice Summers en la pequeña sala de interrogatorios del Shell Bay RCMP. Ray Reynolds se sentó a su lado, con su cuaderno abierto y el bolígrafo listo para tomar notas. La mujer pelirroja apretaba un pañuelo en una mano y lo que parecía ser un termo en la otra; aunque Linda estaba segura de que no contenía café, a juzgar por el olor a alcohol en el aliento de la viuda.

—Señora Summers —comenzó Linda con suavidad—. Sé que esto debe de ser un golpe terrible. Siento mucho su pérdida.

—Sí —dijo la mujer con voz monótona. Luego, como si recordara que se suponía que debía estar guardando luto, se llevó el pañuelo a la cara y emitió un sonido que estaba a medio camino entre un sollozo y un hipo—. Sí. Terrible. Muy terrible.

Linda notó que sus ojos estaban completamente secos.

Ray se removió en su asiento y la silla crujió bajo su peso. Intentaba parecer comprensivo, pero sobre todo parecía incómodo, como alguien que preferiría estar en cualquier otro lugar.

—Para que conste en acta, ¿puede confirmar su nombre completo?

—Janice Summers. —Lo dijo con una ligera mueca—. Aunque Gerald insistía en que todos me llamaran Vivienne cuando intentaba

triunfar en el mundillo. Decía que Janice era demasiado común. Vivienne sonaba exótico, al parecer. Como si fuera a ser la próxima Cher o Madonna; solo un nombre, ¿sabe?

Linda hizo una anotación en su cuaderno. —¿Y cuándo vio a su marido por última vez?

—Ayer por la tarde. —Janice, o Vivienne, se secó las lágrimas inexistentes con el pañuelo—. Se fue temprano. Dijo que tenía asuntos de campaña importantes. Asuntos muy importantes. Siempre trabajaba tan duro —dijo sin mucha convicción.

—¿Y mencionó a dónde iba específicamente?

—¿Al club de golf, creo? ¿Quizás? —Agitó la mano vagamente—. No me acuerdo muy bien. Estaba trabajando. En sus materiales de campaña. Muy ocupada.

Linda hizo otra anotación. Comprobaría los movimientos de Janice/Vivienne más tarde.

—¿Puede hablarme del trabajo de su marido aquí? Estaba dirigiendo la campaña a la alcaldía de Karen Cross, ¿es correcto?

Janice resopló y luego intentó rápidamente convertirlo en un sollozo. —Lo siento. Son... las emociones, ya sabe. —Dio un trago a su termo—. Gerald pensaba que este iba a ser su gran regreso. Decía que dirigir la campaña a la alcaldía de un pueblo pequeño era solo el comienzo. Tenía todo un plan: empezar de a poco, labrarse una reputación y luego pasar a las campañas provinciales. Con el tiempo, a las federales. Creía sinceramente que estaría dirigiendo la campaña del próximo primer ministro en cinco años.

—¿Y usted qué pensaba?

—Pienso que Gerald no había dirigido con éxito nada más que su propia lengua en treinta años, pero nadie me preguntó a mí. —La voz de Janice era amarga—. La política me aburre soberanamente, si quiere que le diga la verdad. Todo ese parloteo sobre presupuestos, infraestructuras y ordenanzas municipales. Dios, es tedioso. Solo vine porque Gerald me prometió un buen descanso en un hotel decente. Dijo que nos quedaríamos en un sitio con spa. Quizás un jacuzzi.

—¿Y lo hicieron? ¿Se alojaron en un sitio agradable?

—Ja. —La risa fue aguda y genuina—. Estamos en el Dew Drop Inn. A una hora de aquí. ¿Lo conoce?

Ray levantó la vista de sus notas. —¿Ese sitio con el cartel de neón intermitente? ¿En la autopista 19?

—Ese mismo —confirmó Janice con el ceño fruncido—. El paraíso en la tierra.

—No es exactamente el Four Seasons —dijo Linda diplomáticamente.

—Es un tugurio —corrigió Janice tajante—. La ducha tiene moho. La cama chirría. Y hay una mancha misteriosa en el techo en la que he decidido no pensar. Pero Gerald decía que necesitábamos ahorrar dinero para la campaña. Decía que una vez que consiguiera que eligieran a esa mujer, a Cross, las grandes oportunidades llegarían a raudales. Entonces viviríamos como reyes.

Dio otro sorbo a su termo, con expresión agria.

—¿Cómo describiría su relación con Karen Cross?

—La vi una vez. Quizás dos. Parecía... —Janice buscó una palabra —. ¿Competente? ¿Seria? Básicamente lo contrario de Gerald. Me dio la impresión de que no lo soportaba. No dejaba de intentar que parase de hacer cualquier estupidez que se le antojara. Carteles con purpurina o bailes de TikTok o algo así.

—¿Causó eso tensiones?

—Todo causaba tensiones con Gerald. Se creía un genio y que todos los demás eran demasiado convencionales para apreciar su brillantez. —La mano de Janice se apretó alrededor del termo—. Treinta años escuchando eso cansa bastante.

—¿Cómo describiría el estado de ánimo de su marido ayer por la tarde?

—Oh, ya sabe. —Otro toque teatral con el pañuelo—. El humor de Gerald. Seguro de sí mismo. Ruidoso. Convencido de que iba a revolucionar la política de Shell Bay y usarla como trampolín hacia la grandeza. Siempre estaba convencido de que estaba a punto de triunfar. Cualquier día de estos. Solo espera y verás. Treinta años de «cualquier día de estos».

Las palabras salieron con dureza y Janice pareció darse cuenta de que había abandonado su papel de viuda afligida. Rápidamente

volvió a llevarse el pañuelo a la cara.

—Era un visionario —añadió, sin ninguna convicción.

—Señora Summers, ¿o prefiere que la llame Vivienne?

—Janice. Por favor. He terminado con Vivienne. Ese nombre murió casi al mismo tiempo que mi carrera como cantante.

—¿Era cantante?

La mano de Janice se apretó alrededor del termo. —Se suponía que iba a serlo. Gerald me descubrió cuando era camarera. Dijo que tenía ese «algo» especial. Me consiguió actuaciones de canto en clubes, me prometió un contrato discográfico. Dijo que sería la próxima gran estrella.

—¿Qué pasó?

—Resulta que no sé cantar. —Su risa fue amarga—. No de verdad. Gerald convenció a un productor de telenovelas para que me diera un papel; pensaba que eso me daría visibilidad, que la gente se interesaría por mi música. Duré seis episodios antes de que mataran a mi personaje en una explosión de gas. ¿Y la carrera como cantante? Nunca llegó a materializarse. Los «contactos» de Gerald seguían fallando. Sus «oportunidades garantizadas» seguían evaporándose.

—Debió de ser decepcionante.

—¿Decepcionante? —La voz de Janice subió ligeramente de tono —. Inspectora, lo dejé todo por ese hombre. Dejé a mi familia, dejé a mis amigos, me cambié el nombre por uno ridículo, pasé años esperando oportunidades que nunca llegaron. ¿Y sabe qué más? Gerald me echaba la culpa a mí. Decía que no me esforzaba lo suficiente. Que no lo deseaba lo suficiente. Decía que si hubiera tenido más talento, más dedicación, más lo que fuera, entonces tal vez lo habría logrado.

Vació el termo y miró el recipiente vacío con asco.

—Lo siento —dijo Linda en voz baja.

—No lo sienta. Sea útil. Atrape a quienquiera que lo matase para que yo pueda seguir con mi vida. —Janice pareció darse cuenta de lo que había dicho—. Quiero decir... para que pueda cerrar este capítulo. Por mi duelo. Que es muy profundo.

Ray tosió levemente, un sonido que podría haber estado ocultando una risa.

—Señora Summers... Janice... tengo que preguntarle: ¿tenía su marido conflictos con alguien aquí en Shell Bay? ¿Alguien que pudiera haber querido hacerle daño?

Janice lo pensó un momento y luego se encogió de hombros. —Molestaba a todo el mundo.

—¿Y qué hay de sus rivales políticos? ¿Marshall Evans?

—¿El tipo del carril bici? —Janice puso los ojos en blanco—. Gerald pensaba que era un chiste. No dejaba de decir que sería fácil de ganar.

—Y hay un tercer candidato, tengo entendido. ¿Alguien que aún no ha sido anunciado?

La expresión de Janice no cambió. —No sé nada de eso. Como he dicho, la política me aburre. De todas formas, Gerald no me contaba nada. Solo me ordenaba hacer café y transcribir sus notas, y fingir ser su esposa adorada cuando había clientes cerca.

Linda se inclinó ligeramente hacia delante. —Janice, necesito que me detalle lo que pasó anoche. Todo lo sucedido desde que su marido se marchó.

Janice suspiró. —Tuvimos una pelea —admitió.

—¿Por qué motivo?

—Por ese maldito motel. Le dije que ya había tenido suficiente. Que no iba a pasar ni una noche más en una habitación con moho y manchas misteriosas. Que me había prometido un hotel decente y, en cambio, estaba viviendo en la miseria mientras él jugaba a ser estratega político.

—¿Cómo respondió él?

—Lo de siempre. Dijo que estaba siendo dramática. Dijo que era temporal. Dijo que una vez que terminara esta campaña, estaríamos nadando en dinero y que podría quedarme en todos los hoteles de lujo que quisiera. —Los hombros de Janice se hundieron.

—¿Y entonces qué pasó?

—Estábamos en medio de la discusión, gritándonos de verdad, cuando sonó su teléfono. —Los ojos de Janice se entrecerraron ligeramente, como si intentara recordar—. Miró la pantalla y todo su

comportamiento cambió. Pasó de estar a la defensiva a... asustado, casi. O preocupado. Ansioso, sin duda.

La atención de Linda se agudizó. —¿Ansioso? ¿A qué se refiere?

—Se puso pálido. Se quedó mirando el teléfono como... —Janet buscó las palabras—. Como si no quisiera contestar, pero supiera que tenía que hacerlo. Como cuando recibes una llamada de alguien a quien le debes dinero, o de alguien que sabe algo de ti.

—¿Vio quién llamaba?

—No. Se dio la vuelta para que no viera la pantalla. —La mandíbula de Janice se tensó—. Lo que significaba que probablemente era alguien a quien le debía dinero. Nunca me hablaba de sus deudas. Solo me enteraba cuando venían los acreedores a cobrar.

—¿Oyó algo de la conversación?

—En realidad no. Cogió el teléfono y salió fuera. Dijo que necesitaba atender esa llamada en privado. —Se encogió de hombros—. Estaba demasiado enfadada para que me importara mucho en ese momento. Solo quería que se fuera de una vez para tener algo de paz.

—¿Cuánto tiempo estuvo al teléfono?

—¿Cinco minutos? ¿Tal vez diez? Cuando volvió a entrar, parecía... —Janice hizo una pausa, reflexionando—. Serio. Preocupado, tal vez.

—¿Dijo algo sobre la llamada?

—Solo que tenía que salir. Que había surgido algo con la campaña de lo que tenía que ocuparse de inmediato. Pero por la forma en que lo dijo... —Janice frunció el ceño—. No parecían asuntos de campaña. Parecían problemas.

—¿Dijo a dónde iba?

—No. Y no pregunté. —La voz de Janice era monótona—. Ya no tenía ganas de pelear. Solo quería que saliera de la habitación.

—¿A qué hora se fue?

—¿Sobre las nueve? ¿Quizás un poco después? —Janice se frotó la frente—. Pedí comida china después de que se fuera. Pollo agridulce. El repartidor llegó unos veinte minutos después, así que debían de ser las nueve y media para entonces.

Eso encajaba con la hora de la muerte. Linda preguntó: —¿Recuerda de qué restaurante?

—Golden Dragon. Es el único sitio que reparte en esa zona. —Janice la miró—. El repartidor se acordará de mí.

—¿Y después de comer? —insistió Linda.

—Vi la tele. Alguna serie de crímenes; irónico, supongo. —El intento de humor de Janice fue un fracaso—. Me quedé dormida pasadas las once. Me desperté sobre las siete de esta mañana y me di cuenta de que Gerald no había vuelto.

—¿Y no se preocupó?

—¿Debería haberlo hecho? —La voz de Janice era desafiante ahora—. Como he dicho, Gerald no solía volver a menudo. Se le ocurría alguna idea sobre algo o quedaba con alguien para lo que él llamaba «hacer contactos». No era inusual.

—¿Incluso después de que pareciera ansioso? —preguntó Linda con cautela.

Janice hizo una pausa ante esto, y algo cruzó fugazmente su rostro. —Yo... supongo que no lo vi de esa manera en aquel momento. Entonces, simplemente me sentí aliviada de que se fuera. De que me diera algo de espacio. —Se miró las manos—. Tal vez debería haber prestado más atención.

Fue la primera emoción genuina que Linda le había visto: un destello de lo que podría haber sido arrepentimiento.

—¿Y cuándo se dio cuenta de que algo iba mal?

—Cuando llamó esta mañana. —La voz de Janice se volvió queda —. Cuando dijo que habían encontrado un cuerpo en el campo de golf y preguntó si podía venir a la comisaría a responder a unas preguntas. Ahí fue cuando lo supe.

Hubo un momento de silencio en la sala de interrogatorios. El bolígrafo de Ray había dejado de moverse. Incluso el termo de Janice permanecía olvidado sobre la mesa.

Linda reflexionó un instante. El personal del motel y el restaurante chino podrían confirmar parte de la historia de Janice, aunque no era exactamente una coartada sólida. Había menos de una hora en coche desde el motel hasta el campo de golf de Shell Bay, por lo que

Janice habría tenido tiempo de llegar allí en el intervalo entre el reparto de comida y la hora estimada de la muerte de su marido.

—¿Hay algo más que pueda decirme? ¿Cualquier cosa que pudiera ayudar? —preguntó Linda, decidiendo no presionar demasiado en este primer interrogatorio.

Janice hizo girar el termo vacío entre sus manos, pensativa. Luego levantó la vista y su expresión se volvió repentinamente aguda.

—En realidad, hay una cosa —dijo—. Este asesinato... no afectará al seguro de vida de Gerald, ¿verdad?

Linda parpadeó. —¿Perdone?

A Ray se le cayó literalmente el bolígrafo de la mano y chocó ruidosamente contra la mesa.

—Su póliza de seguro de vida. Tiene... tenía una sustanciosa. De medio millón de dólares. Yo soy la única beneficiaria. —Janice se inclinó un poco hacia delante—. Pero he oído que a veces, si hay circunstancias sospechosas, las compañías de seguros pueden retrasar el pago. O negarse a pagar por completo. ¿Es eso cierto? —Parecía genuinamente preocupada, como si alguien le acabara de decir que las reparaciones de su coche podrían no estar cubiertas por la garantía.

Linda la miró fijamente, momentáneamente sin palabras. ¿El marido de la mujer llevaba muerto menos de doce horas y ella ya preguntaba por el dinero del seguro?

—Señora Summers, no soy experta en pólizas de seguros.

—Pero habrá tratado con este tipo de cosas antes —insistió Janice —. En otros casos de asesinato. ¿Suelen recibir los beneficiarios su dinero? ¿O hay algún tipo de periodo de investigación?

—Normalmente hay una investigación por parte de la compañía de seguros, sí —dijo Linda lentamente—. Especialmente en casos de homicidio. Querrán asegurarse de que el beneficiario no estuvo involucrado.

—Bueno, yo no lo estuve —dijo Janice rápidamente—. Estaba en el motel. Comiendo comida china. Bebiendo —miró su termo vacío— con responsabilidad. Viendo la tele. A una hora de aquí.

—No he sugerido que estuviera involucrada, señora Summers.

—Bien. Porque no lo estuve. —Janice se reclinó, aparentemente satisfecha—. Así que cuando su investigación demuestre que no tuve nada que ver —que lo hará, porque no fue así—, la compañía de seguros debería pagar, ¿verdad?

Linda cerró su cuaderno con quizás más fuerza de la necesaria. —Señora Summers, creo que por ahora no tengo más preguntas. Pero es posible que necesite hablar con usted de nuevo a medida que avance la investigación.

—Por supuesto, inspectora. Lo que necesite. —Janice se levantó. Su pañuelo quedó sobre la mesa, impoluto y seco—. Estaré en el Dew Drop Inn por el momento. Habitación 14. Haciendo los preparativos del funeral y esas cosas. —Hizo un amago de salir de la sala.

—Señora Summers, de nuevo, siento su pérdida —repitió Linda, pero antes de que terminara de pronunciar las palabras, Janice Summers —antes Vivienne, cantante fracasada y decepción profesional— ya había salido, dejando a Linda y a Ray en la sala de interrogatorios.

Ray soltó un silbido bajo. —Bueno, eso ha sido...

—¿Interesante? —sugirió Linda.

—Iba a decir «frío como el hielo», pero interesante también sirve. —Ray recogió su bolígrafo de donde se había caído—. Medio millón de dólares. Menudo móvil.

—Lo es. Ray, necesito que compruebes su coartada. Restaurante Golden Dragon, entrega en el Dew Drop Inn, habitación 14, anoche sobre las nueve y media. Comprueba también con el personal del motel. Mira si alguien vio su coche en el aparcamiento toda la noche. Y obtén el tiempo preciso de trayecto desde allí hasta el Shell Bay Golf Club.

—¿Crees que fue ella?

—Una hora de trayecto es ir muy justa de tiempo, pero es posible. —Linda se levantó, recogiendo sus notas—. Y ese dinero del seguro es un móvil de mil demonios. Un móvil de medio millón de dólares, para ser exactos.

—¿Y qué hay de esa llamada que recibió Gerald? —preguntó Ray —. ¿La que le preocupó?

—Eso es lo que necesito saber. —Linda se dirigió hacia la puerta, con la mente ya repasando las posibilidades—. Si realmente ocurrió. Solo tenemos la palabra de su esposa. Necesitamos el registro de llamadas.

—Podría haber sido Karen Cross —sugirió Ray—. ¿Llamando por asuntos de campaña?

—¿A las nueve de la noche y haciendo que pareciera preocupado? Improbable. Karen me parece de esas personas que se van a la cama a una hora razonable con una taza de infusión y un documento de políticas. —Linda hizo una pausa—. Pero tendremos que verificarlo. Comprobar el paradero de todos. Karen, Marshall Evans, cualquiera relacionado con la campaña.

—Al menos tenemos una sospechosa —dijo Ray, señalando hacia la puerta por donde había salido Janice—. Quiero decir, básicamente nos ha dicho que se alegra de que esté muerto.

—Lo ha hecho —asintió Linda—. Lo que me hace pensar que probablemente no fue ella.

Ray pareció confundido. —¿Qué?

—Si lo hubiera matado, sería más lista y ocultaría cuánto lo odiaba. No, Janice Summers está genuinamente aliviada de que su marido esté muerto, pero no creo que sea nuestra asesina. —Linda dio unos golpecitos en su cuaderno—. Aunque la investigaremos a fondo de todos modos. Ese dinero del seguro es demasiado importante como para pasarlo por alto.

—Entonces, si no ha sido la mujer, ¿quién?

Linda no tenía ni la menor idea.

Capítulo dieciocho.

Sarah, Jewell y Joseph estaban sentados en un silencio sepulcral junto a una pálida Karen Cross en el restaurante Dine on the Dock. El sol acababa de ocultarse tras el horizonte, proyectando una cálida luz dorada sobre el puerto deportivo. El agua brillaba y algunas gaviotas daban vueltas por encima, con sus graznidos resonando con fuerza en el aire tranquilo. Pero nadie tenía interés en contemplar la puesta de sol.

—¿Muerto? —repitió Sarah la última palabra que Karen acababa de pronunciar, con voz aturdida—. ¿En el campo de golf? ¿Ha sido un accidente?

—¿Qué clase de accidente se puede tener en un campo de golf? —preguntó Jewell, haciendo sonar sus brazaletes mientras gesticulaba—. Aparte de que te den un pelotazo, supongo.

—Te podría atropellar un carrito de golf —sugirió Joseph, recostándose en su silla—. O podrías caerte en un estanque y ahogarte. De hecho, una vez vi un torneo de golf por la tele y un golfista se metió en una charca para recuperar su bola y le mordió un caimán...

—Esto es Canadá —interrumpió Karen con un hilo de voz—. No tenemos caimanes. Y no ha sido un accidente. Han asesinado a Gerald. Le han machacado la cabeza.

Las palabras cayeron como piedras en la conversación. Por un momento, el único sonido fue el suave chapoteo del agua contra el muelle y el tintineo lejano de los aparejos contra los mástiles.

—¿Con qué? —preguntó finalmente Jewell.

—No lo sé —respondió Karen, con las manos temblando ligeramente mientras rodeaba su taza de café intacta—. Nadie me dice nada. Todo lo que sé es que el alcalde ha encontrado a Gerald muerto en un búnker del campo de golf esta mañana. El alcalde está muy afectado. He intentado hablar con él, pero no paraba de balbucear sobre su legado y que la gente lo llamaría el alcalde asesino de Shell Bay.

—Pero él no ha matado a Gerald Summers, ¿verdad? —preguntó Sarah, alarmada.

—No. He trabajado para el alcalde durante doce años y él... no tiene ni idea de cómo dirigir una ciudad, pero no puedo creer que sea un asesino —la voz de Karen era más firme ahora, como si hablar de la incompetencia de Gordon le resultara reconfortante de algún modo—. Además, tiene una puntería nefasta. Necesita diez intentos para encestar bolas de papel arrugado en la canastilla de su papelera, y eso que se la he puesto justo al lado del escritorio.

—¿Quién querría ver muerto a Gerald Summers? —preguntó Joseph sin rodeos—. Solo coincidí con él una o dos veces. Era ruidoso y desagradable, pero eso no es un móvil para un asesinato, ¿verdad? —luego miró directamente a Karen—. A usted no le caía muy bien, ¿no?

—¿Eso es una acusación? —espetó Karen, recuperando la compostura con un tono cortante. El color volvió a sus pálidas mejillas—. El hombre no me gustaba mucho y no estaba contenta con sus métodos de campaña, pero no le he matado. De todos modos, tengo una coartada. Anoche estuve dando una charla en la Sociedad Literaria de Shell Bay. Todos ellos pueden dar fe.

Sarah ya había sacado un cuaderno del bolso y estaba tomando notas.

—¿Qué está escribiendo? —preguntó Karen, mirando el cuaderno con desconfianza.

—Su declaración —respondió Sarah con naturalidad—. Tendremos que comprobar su coartada. ¿Cómo se llaman las personas de la Sociedad Literaria? ¿Y a qué hora terminó la reunión?

—Le daré mi declaración a la policía —dijo Karen con firmeza—. Estoy segura de que tienen la investigación bajo control.

—¿Usted cree? —Jewell se inclinó hacia delante—. Porque por lo que hemos oído, la RCMP de Shell Bay son solo Linda, Ray y dos agentes que apenas distinguen una pista de un tee de golf. Sin ánimo de ofender a Linda, que es brillante, pero no son muchos recursos para una investigación de asesinato.

—Especialmente con el debate electoral en tres semanas —añadió Sarah, sin dejar de escribir—. Esto va a causar un caos. ¿El director de campaña asesinado? Será de lo único que se hable. La tensión en este pueblo ya está al límite.

—Tres semanas —repitió Karen, palideciendo de nuevo—. El debate. Oh, Dios, el debate.

—Exacto —dijo Sarah—. Por eso tenemos que ayudar a investigar. Ya hemos resuelto asesinatos antes...

—Han interferido en investigaciones policiales antes —corrigió Karen con dureza—. No es lo mismo.

—Hemos ayudado a resolver asesinatos antes —enmendó Jewell diplomáticamente—. A Linda no le gusta admitirlo, pero hemos sido útiles.

—En ocasiones —añadió Joseph—. Cuando no estamos a punto de que nos maten a nosotros.

—Esto es diferente —insistió Karen—. No es un caso antiguo y sin resolver ni un cadáver que aparece en la playa. Se trata de mi director de campaña. De mi campaña. ¡Probablemente yo sea sospechosa! —su voz subió un tono—. Lo último que necesito es a los Wharf Rats jugando a los detectives y empeorándolo todo.

—No lo empeoraríamos —protestó Sarah.

—Empeoraron la última investigación —señaló Karen—. Linda me contó lo del incidente del secuestro.

—Aquello fue un malentendido —interrumpió Jewell—. En su mayor parte.

—Ahora somos mejores en esto —insistió Sarah—. Tenemos más experiencia. Somos más cuidadosos.

Joseph se levantó y se acercó a la ventana, atraído por un movimiento en el exterior. El puerto deportivo se estaba quedando tranquilo al caer la tarde. Pero todavía se veía una figura: un hombre con una caña de pescar que caminaba por el muelle hacia la rampa para botes.

Joseph le reconoció de esta mañana, de cuando la puerta daba golpes. El mismo pescador que le había saludado con la mano.

El hombre miró hacia la ventana del restaurante y Joseph levantó la mano en un saludo amistoso. El pescador le devolvió el gesto y continuó rampa arriba, con la gorra calada y la caña de pescar al hombro.

Joseph se volvió hacia la conversación, donde Sarah seguía intentando convencer a Karen para que les dejara investigar.

—... y tenemos contactos que la policía no tiene —estaba diciendo Sarah—. Podemos hablar con gente que no hablaría con Linda. Obtener información a la que ella no puede acceder.

—Se refiere a cotilleos —dijo Karen tajantemente.

—Obtención de información —corrigió Jewell—. Hay una diferencia.

—No mucha —masculló Karen.

Joseph regresó a su asiento. —Mire, Karen, entendemos que esté disgustada. Y asustada. Pero Sarah tiene razón. La policía está saturada y esta investigación va a avanzar despacio. Mientras tanto, su campaña es un caos. ¿No quiere saber quién mató a Gerald? ¿Y por qué?

—Claro que quiero —dijo Karen, con la voz quebrándosele un poco.

—Seremos cuidadosos —prometió Sarah.

—Siempre dice eso —dijo Karen—. Y, sin embargo, de algún modo siempre acaban en peligro de muerte.

—No siempre —protestó Jewell—. A veces solo acabamos en peligro leve.

—Eso no me tranquiliza.

Sarah se inclinó hacia delante, con expresión intensa. —Karen, escuche. Alguien mató a Gerald Summers en el campo de golf de Shell Bay. Alguien con acceso al campo, conocimiento del terreno y un motivo para quererle muerto. Eso reduce el grupo de sospechosos considerablemente.

—A menos que haya sido algo aleatorio —señaló Joseph—. En el lugar equivocado, en el momento inoportuno.

—No le machacas la cabeza a alguien al azar —rebatió Sarah—. Eso es personal. Eso es rabia. Es alguien que conocía a Gerald y le odiaba.

—Genial —dijo Karen débilmente—. Así que soy sospechosa a todas luces. Discutía con él constantemente. Todo el mundo nos oyó pelear por sus ridículas ideas para la campaña.

—¿Qué tipo de ideas? —preguntó Jewell, con la curiosidad despertada.

—Bailes de TikTok. Carteles con purpurina... ese tipo de cosas.

—¿Discutieron por eso? —Sarah estaba escribiendo de nuevo.

—Constantemente. Hasta ayer mismo... —Karen se detuvo de golpe.

—¿Hasta qué? —preguntó Joseph con suavidad.

—Hasta ayer por la tarde. Tuvimos otra pelea. Le dije que, si no dejaba de convertir mi campaña en un circo, le despediría. Me dijo que yo no podía despedirle porque Gordon fue quien le contrató —la voz de Karen era apenas audible ahora—. Le dije que encontraría la manera. Que ya estaba harta de sus tonterías.

El silencio que siguió fue denso.

—¿A qué hora fue eso? —preguntó Sarah en voz baja.

—Sobre las cuatro. En la sede de la campaña —Karen levantó la vista, con los ojos brillantes por las lágrimas contenidas—. Y ahora está muerto. Y yo soy la persona que le amenazó unas horas antes de que alguien le matara.

—Probablemente mucha gente amenazó a Gerald Summers —dijo Jewell para tranquilizarla—. Era el tipo de persona que provocaba amenazas.

—Pero yo soy la que se presenta a la alcaldía. Soy la persona cuya campaña él estaba arruinando. Soy la que tiene el móvil evidente —

Karen se levantó bruscamente—. Debería irme. Tengo que hablar con un abogado. Y tal vez con Linda, si es que me recibe sin arrestarme.

—Linda no la va a arrestar —dijo Joseph con firmeza—. No es tonta. Sabe que usted no es una asesina.

—¿Lo sabe? —preguntó Karen—. Porque no estoy segura de que yo misma me lo creyera. —Cogió su bolso y se dirigió a la puerta, luego se detuvo y se volvió—. Si van a investigar de todos modos —y sé que lo harán, porque nunca escuchan a la razón—, al menos sean inteligentes. No hagan nada que les cueste la vida. Ni que los detengan. O ambas cosas.

—Lo prometemos —dijo Sarah.

—No, no lo hacen —dijo Karen con tristeza—. Nunca lo hacen.

Y con eso, se marchó, cerrando la puerta tras de sí con un suave tintineo de la campana.

Los tres Wharf Rats se quedaron sentados en silencio un momento, observando a través de la ventana cómo Karen caminaba rápidamente por el muelle hacia el aparcamiento, con los hombros encogidos contra la brisa nocturna.

—Tiene razón, ¿sabéis? —dijo Joseph finalmente—. Nunca prometemos ser cuidadosos. Solo prometemos ayudar. Y luego acabamos en líos.

—Así es el perfil del puesto —dijo Jewell alegremente—. Detectives aficionados con un instinto de supervivencia pésimo.

Sarah ya estaba pasando las páginas de su cuaderno, revisando las notas que había tomado. —Bien. Esto es lo que sabemos. Gerald Summers fue asesinado en el campo de golf en algún momento de la noche pasada. Karen tiene coartada: la reunión de la Sociedad Literaria. Tenemos que verificarlo, pero debería ser bastante fácil.

—¿Y qué hay de otros sospechosos? —preguntó Joseph.

—Marshall Evans —dijo Sarah de inmediato—. Se presenta contra Karen. Matar a su director de campaña sería una ventaja enorme.

—¿Seguro? —reflexionó Jewell—. En realidad, podría generar simpatía hacia Karen. Hacer que la gente sienta lástima por ella. Eso podría impulsar su campaña.

—Buen apunte —concedió Sarah, tomando nota.

—¿Y el propio Gordon? Él y Gerald tenían un pasado, ¿no? —preguntó Jewell.

Sarah volvió a mirar sus notas. —Gerald fue el agente de Gordon hace años. Hubo algún tipo de desavenencia. Pero Gordon invitó a Gerald a volver para dirigir la campaña de Karen, así que debieron de reconciliarse.

—O Gordon le estaba tendiendo una trampa —sugirió Joseph con tono sombrío—. Le invitó a volver solo para matarle. Para que pareciera un accidente en el campo de golf.

—Gordon no es tan listo —dijo Jewell—. Ese hombre se confundió una vez con una puerta giratoria.

—Touché —concedió Joseph.

Sarah tapó su bolígrafo con un clic decidido. —Bien. Mañana empezamos a investigar. Jewell, tú recurre a tus contactos: el club de bridge, la red de cotilleos, cualquiera que pueda tener información sobre el pasado de Gerald o sus enemigos.

—Cuenta con ello —asintió Jewell.

—Joseph, tú mantén los oídos abiertos aquí en el restaurante. La gente habla mientras come. Mira qué puedes averiguar sobre el asesinato, el campo de golf, cualquier cosa inusual.

—Hecho.

—Y yo indagaré en los antecedentes de Gerald. Sus negocios, sus clientes, cualquiera que pudiera haber tenido un motivo para quererle muerto —Sarah levantó la vista de su cuaderno—. Tenemos tres semanas hasta el debate. Resolvamos esto antes de entonces.

—Sin presiones, ¿eh? —masculló Joseph.

Capítulo Diecinueve

El hombre estaba bajo la sombra de un velero, con el cuerpo pegado al casco, allí donde la luz del atardecer no podía llegar. Desde esa posición, tenía una vista perfecta de los ventanales de Dine on the Dock, iluminados con un tono cálido y dorado sobre el cielo que se oscurecía.

Estaban todos allí dentro. Los Wharf Rats. Reunidos alrededor de su mesa como si fueran los dueños del lugar.

Sarah Cooper, garabateando en ese cuaderno suyo. Siempre creyéndose tan lista.

Joseph Jackson, el dueño del restaurante. El que había tenido suerte. Al que le habían dado una segunda oportunidad.

Y Jewell Winslow, con sus aires de entrometida.

El hombre apretó la mandíbula y torció el gesto. Se creían unos héroes.

Una puerta traqueteó con la brisa de la tarde: la puerta del restaurante de Joseph, abriéndose de par en par. El hombre se permitió una pequeña sonrisa. Había probado el pomo antes, solo por ver. Solo para recordarse a sí mismo lo fácil que sería entrar allí.

Pero todavía no. El momento oportuno lo era todo.

El hombre salió de detrás del velero, moviéndose con naturalidad, sin prisas. Había dejado su caña de pescar apoyada contra el muelle

hacía un rato. La cogió ahora, comprobando el sedal con soltura experimentada.

El hombre se ajustó la gorra, bajándosela hasta que le cubriera la cara, y empezó a caminar hacia la rampa para botes. Con confianza. Con decisión. No era más que un tipo volviendo a casa tras una tarde de pesca.

Al pasar bajo una luz del muelle, levantó la vista —solo un instante — y alzó la mano a modo de saludo. Un gesto amigable. Nada amenazador. Nada fuera de lo común.

Joseph se apartó de la ventana.

—Eso es —pensó el hombre—. Solo otro pescador. Nadie por quien preocuparse.

Capítulo Veinte

La nueva casa club de Shell Bay Golf Club aún olía a pintura fresca y a moqueta nueva. Linda siguió a James Parker por el elegante y moderno vestíbulo hasta su despacho. No tenía nada que ver con el edificio destartalado y anticuado que se alzaba allí antes de que el dinero de la reforma de Richard Westbrook transformara el lugar.

—¿Puedo ofrecerle algo, inspectora? —preguntó Parker, señalando una pequeña cocina americana—. ¿Café? ¿Agua? Ahora tenemos una de esas cafeteras exprés de lujo. El señor Westbrook insistió en ello.

—Un café estaría bien, gracias —dijo Linda, observando su entorno. El despacho de Parker era pequeño pero estaba bien organizado: un escritorio con un ordenador, archivadores y una pared cubierta de fotografías de ganadores de torneos de golf y eventos del club. Una foto mostraba a Parker estrechando la mano de Richard Westbrook en lo que parecía ser la gran reapertura de la casa club.

Parker era alto y delgado, con la complexión de alguien que pasaba mucho tiempo al aire libre. Se movía con la economía de movimientos de un atleta mientras manejaba la cafetera.

—¿Leche? ¿Azúcar?

—Solo, está bien.

Él le tendió una taza —una de cerámica de verdad, no desechable — y se acomodó en la silla tras su escritorio. Linda ocupó la silla de visitas, dejó su bebida y sacó su libreta.

—Le agradezco que se haya tomado el tiempo de hablar conmigo —comenzó Linda—. Sé que debe de ser un momento difícil.

—Difícil no llega a describirlo —dijo Parker con una sonrisa de pesar—. He sido profesional de golf durante doce años y me he enfrentado a todo tipo de situaciones: impactos de rayo, emergencias médicas, incluso un pequeño incendio en la antigua casa club de mi último puesto. Pero ¿encontrar un cadáver? Es la primera vez.

—Técnicamente usted no encontró el cadáver, ¿verdad? Fue el alcalde Godson.

—Cierto, sí. —Parker se pasó una mano por el pelo—. Supongo que técnicamente fue Gordon quien lo encontró. Pero yo fui quien lo envió a esos hoyos, así que... —Se interrumpió, mostrándose incómodo—. Me siento responsable, en cierto modo. Si lo hubiera enviado a otra parte del campo de golf, tal vez otro habría encontrado a Gerald primero. Alguien menos... dramático al respecto.

Linda tomó nota del uso del nombre de pila de Gerald. —¿Conocía a la víctima?

—¿A Gerald Summers? No muy bien. Lo había visto por aquí; últimamente venía bastante a menudo a hacer fotos del campo de golf para la campaña. Siempre haciendo preguntas sobre la reforma del club, nuestras cifras de socios, ese tipo de cosas. —Parker cambió de postura en su asiento—. Estaba trabajando en esa campaña para Karen Cross, ¿verdad? Supongo que intentaba que el club de golf diera buena imagen a los votantes. Mostrar que Shell Bay estaba atrayendo inversiones.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—Vaya, ¿hace unos días, quizá? No sabría decirlo con seguridad.

Linda asintió. —Cuénteme cómo fue la mañana de ayer. ¿A qué hora llegó al club?

—A las seis y cuarto. Suelo llegar sobre las seis para preparar todo para los golfistas más madrugadores; tenemos algunos socios a los

que les gusta salir al amanecer. —Parker se reclinó en su silla—. Gordon era una de mis primeras citas. Tenía fijada su hora de salida a las ocho de la mañana. Había reservado una lección.

—¿Una lección?

—Bueno, técnicamente una lección. En realidad era más bien una práctica supervisada. —Un asomo de diversión cruzó el rostro de Parker—. Entre usted y yo, el alcalde no está mejorando mucho. Pone entusiasmo, se lo reconozco, pero su técnica es... digamos que es creativa.

—¿Y usted le indicó que jugara unos hoyos específicos?

—La primera vuelta, sí. Del hoyo uno al nueve. —Parker frunció el ceño—. Ahí es donde preparé el plan de la lección. Esos hoyos presentan desafíos diferentes: trampas de arena, obstáculos de agua, cambios de elevación. Buenos para trabajar distintos aspectos de su juego.

—Y el cadáver fue hallado en el búnker cerca del hoyo siete —afirmó Linda—, ¿y nadie más había jugado esos hoyos antes que Gordon Godson?

—No. Pero incluso si lo hubieran hecho, puede que no hubieran visto el cadáver. El alcalde solo lo vio porque lanzó la bola al búnker.

—Entiendo. Entonces, ¿está sugiriendo que un golfista más experimentado podría no haber notado el cuerpo en absoluto? Ha sido solo porque envió a Gordon Godson allí por lo que se encontró el cadáver.

—Supongo —James Parker se removió en su asiento—, pero ¿cómo iba yo a saberlo? No tenía ni idea de que Gerald Summers yacía muerto en el búnker, ¿verdad?

—No estoy sugiriendo que lo supiera —le aseguró Linda, aunque observó su reacción con atención—. Solo intento establecer la cronología. ¿Cuándo revisó por última vez esa zona del campo de golf?

—La tarde anterior, sobre las siete más o menos. Hice mi recorrido habitual. Comprobando si había peligros, asegurándome de que el equipo de mantenimiento hubiera terminado su trabajo. Todo parecía normal. —La voz de Parker era firme, pero Linda notó que ahora apretaba un poco más su taza de café—. Los búnkeres

acababan de ser rastrillados. Las banderas estaban en su sitio. Nada parecía fuera de lugar.

—¿Y no notó nada inusual? ¿Ningún vehículo en el aparcamiento? ¿Nadie en el campo de golf que no debiera estar allí?

—No, nada. El aparcamiento estaba vacío, excepto por mi coche y uno de los camiones del equipo de mantenimiento. El campo de golf estaba despejado. —Parker dejó su taza.

—¿A qué hora se fue?

—Sobre las ocho. Estaba oscureciendo y ya había terminado mi recorrido.

Linda anotó la cronología. La esposa de Gerald había dicho que recibió la llamada sobre las nueve de la noche y se marchó poco después.

—Hablemos de la mañana siguiente —dijo Linda—. Gordon encontró el cadáver y acudió a usted. ¿Qué pasó después?

—Entró de golpe en la casa club como si hubiera visto un fantasma. Estaba pálido, temblando, apenas era coherente. —La expresión de Parker era de preocupación—. No dejaba de decir: «Hay alguien muerto en el búnker».

—Entonces, ¿qué hizo usted?

—Llamé para informar.

Linda volvió a repasar sus notas. —Cuando llamó al destacamento, informó de un «incidente» en el campo de golf. No de una muerte, ni de un cadáver. Un incidente.

El rostro de Parker se enrojeció ligeramente. —Yo... sí. Supongo que dije eso.

—¿Por qué? ¿Por qué no decir que había un cadáver? ¿Y por qué no llamó al 112?

—No lo sé. —Parker se veía genuinamente aturdido ahora—. ¿El impacto del momento, quizá? Y supongo que... no lo sé, ¡igual esperaba que Gordon se equivocara! Él... él suele equivocarse a menudo, y no quería hacer perder el tiempo a nadie si resultaba ser un animal muerto o algo así. Suena estúpido ahora, pero en aquel instante...

—No suena estúpido —dijo Linda, aunque tomó nota para comprobar las palabras exactas de la llamada—. El shock afecta a la

forma en que reacciona la gente. ¿Cuánto tiempo lleva trabajando en el Shell Bay Golf Club, señor Parker?

Por un segundo, él pareció desconcertado ante el cambio de rumbo del interrogatorio. Pero recuperó rápidamente la compostura.

—Llámeme James, por favor. —Sonrió—. Llevo aquí unos seis meses. Empecé en marzo, justo después de que terminaran las obras.

—¿Y antes de eso?

—Estuve en un club en Kelowna durante tres años. Antes de eso, trabajé en un campo en Alberta. He estado moviéndome un poco, tratando de encontrar el lugar adecuado.

—¿Y Shell Bay es el lugar adecuado?

—Lo es, la verdad. —El entusiasmo de Parker parecía genuino—. Las nuevas instalaciones son increíbles. El señor Westbrook realmente no reparó en gastos. Y el entorno es precioso. Además, aquí hay un potencial real. Shell Bay está creciendo, atrayendo a más turistas, a más jubilados. El club de golf podría convertirse en un auténtico destino.

—¿Qué le hizo elegir específicamente Shell Bay?

—Principalmente la reforma. Cuando supe que estaban reconstruyendo totalmente la casa club y mejorando todo el campo de golf, supe que era una oportunidad de formar parte de algo especial. Un nuevo comienzo, instalaciones de última generación, un inversor al que de verdad le importa la calidad. —Parker hizo un gesto señalando su despacho—. En mi último club, trabajábamos con equipos de los noventa y una casa club que se caía a pedazos. Esto es un gran paso adelante.

—Mencionó a Richard Westbrook. ¿Ha trabajado directamente con él?

—Bastante, en realidad. Hago algo más que dar lecciones de golf; colaboro con el señor Westbrook en las operaciones diarias del club: aprobando compras, asistiendo a eventos para socios, ese tipo de cosas. —Parker dudó, y luego pareció tomar una decisión—. En realidad, inspectora, hay algo que probablemente debería saber. Sobre las elecciones.

Linda levantó la vista de su libreta, alerta de inmediato. —Continúe.

—Probablemente no debería decir nada, no es asunto mío, pero dado que Gerald Summers fue asesinado y él estaba involucrado en la campaña... —Parker se removió con incomodidad—. Hace unos días escuché una conversación por casualidad. Entre el señor Westbrook y Agnes Crofton. ¿La conoce?

—¿Agnes Crofton? ¿Qué pasa con ella? —Linda sintió que se le hundía el ánimo. ¿Por qué todas las investigaciones implicaban a Agnes de alguna manera?

—Estaban en la casa club, en una de las salas de reuniones privadas. Yo pasaba por delante y la puerta estaba entreabierta. No era mi intención escuchar a escondidas, pero... —Parker se mostró incómodo—. Estaban discutiendo. O al menos manteniendo una conversación acalorada.

—¿Sobre qué discutían?

—Sobre Paul. El hijo del señor Westbrook. —Parker se inclinó hacia delante—. Inspectora, creo que Paul Westbrook es el tercer candidato. El candidato misterioso del que todo el mundo lleva rumoreando.

El bolígrafo de Linda se detuvo sobre el papel. —¿Está seguro?

—Bastante seguro. Agnes dijo algo como: «Más vale que tu idiota de hijo gane esta carrera después de todo lo que he hecho». Y el señor Westbrook dijo —lo recuerdo perfectamente—: «Paul tiene que ganar. A toda costa». —La expresión de Parker era sombría—. La forma en que dijo «a toda costa»... sonó inquietante.

—¿Le vieron?

—No, no lo creo. En cuanto me di cuenta de que estaban discutiendo, me alejé. Volví a la tienda del club. —Parker se frotó la nuca—. Mire, no quiero causarle problemas al señor Westbrook. Se ha portado bien conmigo y ha invertido mucho en este club. Pero dadas las circunstancias, pensé que debía saberlo.

—¿Cuándo tuvo lugar esa conversación?

—¿Hace un día o así, quizá? Me olvidé de ello. No parecía importante. Pero ahora, bueno, podría ser importante, ¿no?

Linda le dedicó a James Parker una sonrisa tensa. —No hagamos suposiciones —dijo con cautela—. La investigación acaba de empezar. ¿Recuerda algo más de esa conversación?

Parker reflexionó un momento. —No lo creo. Pero cuando Agnes Crofton se marchó, parecía molesta. Disgustada, quizá.

Agnes parecía molesta todo el tiempo, pensó Linda. Pero aquella era una información interesante. Aunque tal vez no fuera relevante en absoluto.

Linda cerró su libreta. —Si recuerda cualquier otra cosa —cualquier otra conversación, cualquier otra actividad inusual—, por favor, llámeme de inmediato. Pero creo que por ahora tengo todo lo que necesito.

—Desde luego. —Parker sacó una tarjeta de visita del cajón de su escritorio y se la entregó—. Ese es mi número de móvil. Llame cuando quiera.

Cuando Linda se disponía a marcharse, Parker la llamó. —¿Inspectora?

Linda se volvió.

—Puede que sea un momento totalmente inapropiado, pero... ¿juega usted al golf?

Linda parpadeó. —¿Perdón?

—Al golf. ¿Juega? —La sonrisa de Parker era amable, profesional —. Siempre me alegra dar lecciones a los agentes de la ley locales. Gratis, por supuesto.

Linda se sorprendió a sí misma casi sonriendo. —Le agradezco la oferta, pero no creo que se me dé muy bien el golf.

—Todo el mundo piensa eso al principio. Pero el golf es sobre todo mental: paciencia, concentración, saber leer la situación. Probablemente se le daría de maravilla. —El entusiasmo de Parker era contagioso—. Piénselo. La oferta sigue en pie. Y oiga, si está investigando el trazado del campo y a la gente relacionada con el club, podría serle útil entender el golf, ¿no? Desarrollo profesional.

—Eso es... un argumento que no está mal, la verdad —admitió Linda—. De acuerdo, me lo pensaré.

—Estupendo. Solo llame al número de esa tarjeta cuando esté lista.

Capítulo veintiuno

—¿Paul Westbrook es el tercer candidato? —Ray enarcó las cejas —. ¿El chico con el padre rico del campo de golf?

—Según el profesional de golf, James Parker. Y lo he consultado con el administrador electoral del Ayuntamiento. Paul Westbrook ha presentado la documentación a primera hora de esta mañana y ha entrado en el debate por los pelos. —Linda escribió «the Westbrooks» en la pizarra blanca con un gran signo de interrogación. Su rotulador negro vaciló un instante y luego escribió «Agnes Crofton» debajo.

—¿Crees que Agnes ha tenido algo que ver con esto?

Ray se puso detrás de Linda, mirando la pizarra.

—No lo sé. Pero, como de costumbre, está metida hasta el cuello en cualquier cosa que ocurra en este pueblo. Y ahora, según parece, está intentando que elijan a Paul Westbrook como alcalde. Puedes apostar a que, de alguna manera, ella sale beneficiada si él gana.

—Un muchacho tan joven no puede ser alcalde.

Linda y Ray se dieron la vuelta para ver al sargento de Estado Mayor Croud en el umbral de la puerta. Movía la cabeza de arriba abajo, como solía hacer cuando estaba agitado.

—Es una tragedia, una tragedia —dijo con la voz tensa por la emoción.

—Desde luego, señor —asintió Linda, girándose para mirarlo de frente—. Cualquier asesinato es trágico...

—No, no, el asesinato no —la interrumpió Croud, y enseguida rectificó—. Quiero decir... por supuesto, el asesinato es una tragedia. —Se aclaró la garganta, recuperándose con presteza—. Me refería a que es el fin de una era. Gordon Godson ya no será alcalde. Renunciará a su cargo, dejará de llevar el timón del barco, por así decirlo.

—Ya no estará al mando, señor —añadió Ray para ayudar—. Ya no será el pez gordo, el jefe.

Croud asintió con la cabeza de forma más enérgica todavía. —Exacto. Gordon ha sido alcalde durante doce años. Se le quiera o se le odie, el hombre era una institución. Y ahora... —Hizo un gesto vago, como si el futuro político de Shell Bay se estuviera sumiendo en el caos ante sus propios ojos.

—Señor —dijo Linda con cautela—, en realidad aún no sabemos quién ganará las elecciones. Karen Cross sigue siendo la favorita, a pesar de haber perdido a su director de campaña.

—Karen Cross —repitió Croud, como si probara el nombre en su boca—. Sí, bueno. Es muy... competente, ¿verdad? Muy organizada. Muy... —Buscó una palabra que claramente no llegaba—. Profesional.

—Eso suele considerarse una buena cualidad en un alcalde —señaló Linda.

—Por supuesto, por supuesto. Solo quería decir... —Croud dejó la frase en el aire, moviendo la cabeza con incertidumbre—. Será diferente. Muy diferente.

Ray intercambió una mirada con Linda. Croud parecía inusualmente inquieto, incluso para él. —Señor —preguntó Linda preocupada—, ¿va todo bien?

Croud la miró y, por un instante, algo cruzó su rostro; algo que Linda no supo interpretar del todo. ¿Resignación? ¿Tristeza? ¿Alivio?

—He tomado una decisión —dijo finalmente—. Me jubilo.

Linda se quedó atónita y Ray se quedó boquiabierto. —¿Se... jubila?

—A finales de año, sí. Le he dado muchas vueltas y... —Croud volvió a mover la cabeza, pero esta vez con un gesto que parecía casi desafiante—. Ya es hora. He servido a Shell Bay durante treinta y dos años. He visto pasar a muchos alcaldes. He lidiado con cada incidente que este pueblo me ha echado encima. Pero ahora... —Miró a Linda—. Ahora, es el momento de un nuevo liderazgo. Una perspectiva fresca. Alguien que sepa de verdad lo que hace.

Linda sintió una oleada de sorpresa, y algo que podría haber sido orgullo. —Señor, yo...

—No se me ponga sentimental, Jenkins —la interrumpió Croud, aunque no con mala intención—. No digo que deba ser usted. Esa no es una decisión que me corresponda a mí. Pero quienquiera que se haga cargo de este destacamento tiene que ser alguien capaz de manejar investigaciones de verdad. No solo turistas perdidos y denuncias por ruido.

—Últimamente hemos tenido más delitos graves de los que nos corresponden —señaló Ray.

—Exacto. —La expresión de Croud era sombría—. Y eso me lleva a mi punto. Este asesinato —Gerald Summers— tiene que cerrarse pronto. Con eficacia. Antes del debate.

—Faltan menos de tres semanas —dijo Linda, sintiendo que la presión se asentaba sobre sus hombros como un peso físico.

—Soy consciente de ello. —El tono de Croud era grave—. También soy consciente de que este pueblo ya es un polvorín. Carteles de campaña robados. Simpatizantes tomando partido. Viejos rencores que salen a la luz. Si llegamos a ese debate con una investigación de asesinato abierta sobrevolándolo todo, Shell Bay podría saltar por los aires.

—Hacemos todo lo que podemos, señor.

—Necesito que hagan más que «todo lo que pueden». —La voz de Croud era ahora más cortante; la voz de un oficial al mando más que la de un hombre a punto de jubilarse—. Este caso tiene que resolverse antes de que me marche. Antes de que entregue este destacamento a quien venga después. Quiero irme por la puerta grande, Jenkins. No con una investigación de asesinato abierta y un pueblo sumido en el caos.

Linda sintió que se le tensaba la mandíbula. —Con todo respeto, señor, las investigaciones por asesinato no se pueden apresurar. Necesitamos pruebas, seguir el procedimiento reglamentario...

—No le estoy pidiendo que se salte las reglas —interrumpió Croud —. Le pido que trabaje rápido. Que se concentre. Que obtenga resultados. —Señaló la pizarra—. Ya tiene a sus sospechosos. The Westbrooks, Agnes Crofton, posiblemente otros. Interróguelos. Construya su caso. Cierre esta investigación.

—¿Y si el caso no se cierra antes del debate? —preguntó Linda—. ¿Si no hay pruebas?

—Entonces ya nos ocuparemos de eso cuando ocurra. Pero tengo fe en usted, Jenkins. Ha resuelto todos los casos que han pasado por su mesa desde que llegó a Shell Bay. También resolverá este.

No era exactamente un voto de confianza; era más bien una orden disfrazada de aliento.

—Haremos lo que podamos, señor —dijo Linda, porque ¿qué otra cosa podía decir?

—Asegúrese de ello. —Croud se dio la vuelta para irse, pero se detuvo en el umbral—. ¿Y Jenkins? ¿Ray? Mantengan por ahora esta noticia de mi jubilación en secreto. Haré un anuncio oficial cuando se haya resuelto este caso. No hay necesidad de echar más leña al fuego.

—Entendido, señor —respondieron al unísono.

Croud se marchó y sus pasos resonaron por el pasillo.

Ray soltó un silbido bajo. —Bueno, eso sí que no me lo esperaba.

—¿Qué parte? —preguntó Linda con cansancio—. ¿El anuncio de la jubilación o la presión para nada sutil de resolver un asesinato en tres semanas?

—¿Ambas? —Ray se acercó más a la pizarra, estudiando los nombres que Linda había escrito—. Aunque supongo que tiene sentido. Croud se está haciendo mayor. Este pueblo se está volviendo cada vez más complicado. Tal vez solo quiera jubilarse mientras aún conserva la cordura.

—O antes de que alguien se dé cuenta de que nunca la tuvo — masculló Linda. Destapó su rotulador y añadió «TRES SEMANAS» en

la parte superior de la pizarra, subrayándolo dos veces para darle énfasis.

Capítulo veintidós

El despacho temporal de Richard Westbrook en el Shell Bay Golf Club era exactamente lo que Linda esperaba de un promotor inmobiliario adinerado: caro pero no ostentoso. Un escritorio moderno y estilizado, sillones de cuero que probablemente costaban más que su sueldo mensual y un ventanal de suelo a techo con vistas al green del hoyo dieciocho. Solo las vistas valían una verdadera fortuna.

El propio Westbrook estaba a la altura del despacho: de unos cincuenta y tantos años, pelo plateado peinado con gomina, un traje a medida que le sentaba a la perfección y esa clase de confianza que otorgan décadas cerrando tratos y ganando dinero. Estaba sentado tras su mesa como un rey presidiendo su corte, con una postura relajada pero con mirada aguda y evaluadora.

Paul Westbrook estaba sentado en la silla junto a su padre, con el aspecto de haber sido vestido por un estilista carísimo al que le habían ordenado sonreír amablemente. Lo cual, sospechaba Linda, era exactamente lo que había sucedido. En persona resultaba aún más impactante que en las fotos de su campaña; tenía ese tipo de físico que encaja más en una portada de revista que en la política municipal.

—Inspectora Jenkins —dijo Richard con fluidez, gesticulando hacia la silla frente a su escritorio—. Por favor, siéntese. Aunque debo decir que me sorprende que la RCMP quiera hablar con nosotros. No anunciamos la candidatura de Paul hasta ayer mismo.

—Esto no tiene que ver con la campaña —dijo Linda, acomodándose en la silla y sacando su cuaderno—. Bueno, no directamente. Estoy investigando el asesinato de Gerald Summers. Ya sabe, el cadáver hallado en un búnker de su campo de golf, anteayer.

¿Es que se les había olvidado?

—Ah, sí. Un asunto terrible. —La expresión de Richard cambió a una adecuadamente sombría—. Gerald era el director de campaña de Karen Cross, ¿verdad? Me he enterado de que lo encontraron en el campo de golf. Impactante, de verdad. Uno espera muchas cosas en un club de golf, pero un asesinato no es una de ellas.

—¿Conocía usted a Gerald Summers?

—Coincidí con él un par de veces. Estaba aquí bastante a menudo, sacando fotografías del club para los materiales de campaña de Karen. Charlábamos brevemente, nada importante. Me dio la impresión de que intentaba utilizar la renovación del club como prueba del crecimiento y la prosperidad de Shell Bay. —Richard se recostó en su silla—. Lo cual no es erróneo, por supuesto. Hemos invertido cinco millones de dólares en estas instalaciones. Eso es auténtico desarrollo económico.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—Hace unos días, quizá. Estaba en el aparcamiento con una cámara. —Richard miró a su hijo—. ¿Recuerdas haberle visto, Paul?

El rostro perfecto de Paul compuso una expresión de concienzuda concentración.

—Mmm... ¿sí? ¿Quizá? Había un tío con una cámara.

—Ya veo. —Linda sonrió—. Señor Westbrook, tengo entendido que usted y Agnes Crofton tienen un acuerdo comercial con respecto a la campaña de su hijo.

Linda no tenía tal certeza, pero sabía que Agnes no hacía nada por pura voluntad de ayudar a un semejante. Solía haber dinero de por medio.

La expresión de Richard no varió, pero algo brilló en sus ojos.

—La señora Crofton es una experta estratega política. Ha aceptado ayudar a gestionar la campaña de Paul. A cambio, recibe acciones del club de golf. Es un acuerdo comercial de lo más sencillo. Ella obtiene una participación en una empresa rentable y Paul recibe asesoramiento experto. Todos salimos ganando.

—Y Paul gana convirtiéndose en alcalde —dijo Linda.

—Si gana, sí. —Richard sonrió.

Paul asintió entusiasmado, como un golden retriever al que le acaban de decir que es un buen chico.

—Un testigo informó de haber oído una discusión entre usted y Agnes hace unos días —dijo Linda, observando con atención la reacción de Richard—. Aquí en el club. En una de las salas de reuniones privadas.

La sonrisa de Richard no flaqueó.

—Agnes y yo tenemos debates apasionados sobre la estrategia. Ella es... vehemente en sus opiniones. Por eso es tan buena en lo que hace.

—El testigo dijo que usted mencionó que Paul ganaría a toda costa. —Linda mantuvo un tono de voz neutral—. Es una elección de palabras interesante, señor Westbrook.

Por primera vez, la impecable fachada de Richard se agrietó ligeramente. Tensó la mandíbula y su mirada se volvió fría.

—Inspectora, ¿está sugiriendo que tuve algo que ver con el asesinato de Gerald Summers?

—No estoy sugiriendo nada. Estoy investigando. Y cuando alguien con importantes intereses financieros en este pueblo dice que un candidato ganará a toda costa, y luego el director de campaña de la oposición aparece muerto... —Linda se encogió de hombros—. Eso plantea interrogantes.

—Permítame ser muy claro. —Richard se inclinó hacia delante con voz dura—. Estoy indignado, sinceramente indignado, ante la sugerencia de que Paul o yo hayamos tenido algo que ver con la muerte de Gerald Summers. Estamos llevando a cabo una campaña legítima. Agnes gestiona la imagen de Paul, sus mensajes, sus apariciones públicas. Eso es lo que significa «a toda costa»: que

estamos haciendo todo lo legal y éticamente posible para ayudar a que Paul tenga éxito.

—Papá está muy enfadado —observó Paul servicialmente.

—Gracias, Paul. —Richard ni siquiera miró a su hijo—. Inspectora, no necesitábamos quitarnos de en medio al director de campaña de la oposición. Íbamos a ganar de todos modos.

—Es una afirmación muy audaz —dijo Linda—. Karen Cross tiene doce años de experiencia gobernando este pueblo. Marshall Evans es conocido por su tiempo en el ayuntamiento. Paul anunció su candidatura ayer. ¿Qué le hace estar tan seguro de que ganará?

—Mírelo. —Richard señaló a su hijo como si estuviera presentando una prueba en un juicio—. Paul es joven, guapo, optimista. Representa el cambio, la energía renovada, las ideas frescas. Karen Cross es competente pero invisible. Marshall Evans está obsesionado con los carriles bici. Ninguno de ellos puede competir con el atractivo de Paul.

—Soy muy atractivo —asintió Paul—. Agnes lo dice.

Linda observó a Paul un momento.

—Señor Westbrook... Paul... ¿tiene usted alguna experiencia política? ¿Alguna formación en gobernanza o administración pública?

La frente perfecta de Paul se arrugó ligeramente.

—Esto... estuve en el consejo de alumnos en el instituto. ¿Eso cuenta?

—No, Paul, eso no cuenta —dijo Richard, con un deje de exasperación en la voz—. Pero Paul no necesita una amplia experiencia política. Para eso están los asesores. Él tiene que ser la cara de la campaña, la persona con la que los votantes conecten. Y en eso es excelente.

—Se me da de lujo sonreír —confirmó Paul—. Y dar la mano. Y recordar los nombres de la gente. A veces.

—Volvamos a Gerald Summers —dijo Linda—. Señor Westbrook, ¿dónde estuvo el martes por la noche entre las nueve y la medianoche?

—Estuve aquí, de hecho. En el club. —Richard sacó su teléfono y consultó su calendario—. Tuve una reunión tardía con el gerente del club sobre el próximo torneo de socios. Estuvimos en este despacho

de ocho a nueve y media. —Richard se frotó la frente—. Sí, me fui sobre las diez. Conduje directo a casa. Mi mujer puede confirmar cuándo llegué: sobre las diez y veinte.

—¿Había alguien más aquí cuando se marchó?

—El gerente del club, obviamente. Se fue cuando yo lo hice; caminamos juntos hasta el aparcamiento. —Richard pensó un momento—. Y creo que vi a James Parker. Sí, estoy seguro de que lo vi. Estaba en uno de los carritos de golf cerca del edificio de mantenimiento.

La atención de Linda se agudizó.

—¿James Parker? ¿El profesional de golf?

—Sí. Le saludé con la mano, pero no creo que me viera. Parecía concentrado en algo. —Richard se encogió de hombros—. No es algo inusual. James es muy dedicado a su trabajo. Siempre es el último en irse, asegurándose de que todo esté perfecto para el día siguiente.

—¿A qué hora fue eso?

—A las diez de la noche, como he dicho. Justo antes de irme.

Linda lo anotó con cuidado mientras su mente trabajaba a toda velocidad. James Parker le había dicho que se había marchado del club de golf sobre las siete de la tarde del martes.

Pero Richard Westbrook acababa de situar a Parker en el club a las diez de la noche, justo en mitad de la franja horaria del asesinato de Gerald.

Parker había mentido sobre su coartada.

—Señor Westbrook —dijo Linda con cautela—, ¿está seguro de que fue el martes por la noche? ¿Y seguro de que era a James Parker a quien vio?

—¿Quién más podría ser a esa hora si no James? La casa club ya está cerrada por entonces. No estaba lo suficientemente cerca como para verlo bien porque estaba oscuro, pero saludó con la mano y supuse que era él.

—¿Tiene el señor Parker alguna rutina fija? Por ejemplo, ¿sabe dónde está ahora?

Richard Westbrook la miró fijamente.

—Por supuesto que no, inspectora. No sigo cada uno de sus movimientos. Él gestiona el campo. Da clases y supervisa que el club de golf funcione correctamente. Microgestionar al hombre sería como tener perro y ladrar yo mismo.

Richard frunció el ceño.

—Inspectora, ¿tiene James algún problema? Es un profesional de golf excelente. Este club no tendría ni la mitad de éxito sin él.

—Solo estoy recabando información —le aseguró Linda—. Una pregunta más. ¿Tuvo alguno de los dos contacto con Gerald Summers esa noche? Llamadas telefónicas, mensajes de texto, ¿algo?

Ambos hombres negaron con la cabeza.

—Apenas conocía al hombre —dijo Richard—. Y Paul no tenía ciertamente ningún motivo para contactar con él.

—Ni siquiera tengo su número de teléfono —añadió Paul—. En realidad no tengo el número de nadie excepto el de papá y el de Agnes. Ella se encarga de todo lo de las comunicaciones.

Faltaría más.

Linda cerró su cuaderno y se puso en pie.

—Gracias a ambos por su tiempo. Si recuerdan cualquier otra cosa...

—Espere. —Richard también se levantó—. Inspectora, digo totalmente en serio lo que he dicho antes. No tuvimos nada que ver con la muerte de Gerald Summers. Estas elecciones son importantes para mí. No fingiré lo contrario. He invertido una cantidad importante de dinero en este pueblo y quiero verlo bien gobernado. Pero soy un hombre de negocios, no un criminal. Yo no resuelvo los problemas matando a gente.

—Agradezco su sinceridad, señor Westbrook.

—Y Paul... —Richard miró a su hijo con una expresión casi de afecto—. Paul es un buen chico. No es el lápiz más afilado del estuche, quizá, pero es genuinamente bueno. Quiere ayudar a Shell Bay. Solo necesita orientación para hacerlo con eficacia.

—Se me da muy bien ayudar —dijo Paul con seriedad—. Agnes dice que soy como un lienzo en blanco muy atractivo.

Richard hizo una mueca.

—No empecemos los discursos de campaña con eso, hijo.

Linda se las arregló para no sonreír.

—Si alguno de los dos piensa en algo relevante para la investigación, por favor, póngase en contacto conmigo de inmediato.

—Por supuesto. —Richard le tendió la mano y Linda se la estrechó: un apretón firme, seguro—. Espero que atrapen a quienquiera que haya hecho esto, inspectora. El asesinato es malo para todo el mundo. Malo para Shell Bay, malo para las elecciones y malo para los negocios.

Era ya última hora de la tarde cuando Linda salió del club de golf. Mientras conducía a casa, decidió que saldría a correr un poco al anochecer. Había tenido un día ajetreado, pero no sentía que hubiera avanzado mucho en la investigación, y además estaba la bomba de la jubilación de Croud. Quizá una carrera la ayudaría a despejarse.

Capítulo veintitrés

Sarah estaba ocupada consultando el archivo de los Procedimientos Operativos Estándar de Investigación de los Wharf Rats (WRISOP, para abreviar). Sarah amaba el orden en su vida y creía firmemente que una investigación minuciosa y estructurada, en la que se pusieran todos los puntos sobre las íes, tendría muchas más probabilidades de obtener resultados que una basada en el instinto y las corazonadas. Su papel en Thurgood Private Investigators Inc., aunque consistía principalmente en responder al teléfono, archivar y enviar facturas, le había proporcionado una base excelente a la hora de dirigir una investigación eficaz.

Su primera investigación no había sido tan organizada. Nada más mudarse al Sea Breeze Marina, se vio inmersa en un caso de asesinato al descubrir el cuerpo del Comodoro Hiscocks. Por aquel entonces, se había dejado llevar más por la improvisación, pero se enorgullecía de haber ido un paso por delante de la inspectora Linda Jenkins a la hora de descubrir al asesino, que acabó siendo el gerente del puerto deportivo, Steven James. Era irónico, pensó de repente, que Gerald Summers le hubiera dado la pista vital que apuntaba a Steven James, y ahora se encontraba allí, investigando el propio asesinato de Summers.

Aquello acrecentó su determinación de resolver este caso, pero esta vez no habría lugar para la intuición, solo para procedimientos de eficacia probada.

—Si no nos organizamos —masculló para sí misma—, se nos escapará algo vital.

Así pues, pasó la mañana creando archivos nuevos y relucientes con las etiquetas «Víctima», «Sospechosos», «Pruebas» y luego varios etiquetados como «Notas de campo» que se cotejarían y clasificarían con los otros archivos más adelante. También había preparado una hoja de cálculo con la cronología, una matriz de sospechosos y un registro preliminar de pruebas que habría que actualizar a medida que avanzara la investigación. Estaba tan absorta en su trabajo que apenas se dio cuenta de que el Commodore se balanceó un poco cuando alguien subió a la cubierta.

Sarah dio un respingo cuando Jewell asomó la cabeza por la cocina.

—¿Qué estás tramando? —preguntó Jewell, mirando el despliegue de carpetas clasificadas por colores extendidas sobre la mesa pequeña—. ¿Qué es todo esto?

—Solo me estoy organizando para la investigación —respondió Sarah, entregándole a Jewell una carpeta rosa etiquetada como «Notas de campo».

—Eh... yo suelo tomar alguna nota suelta en el móvil —dijo Jewell, intentando devolverle la carpeta—. Esto es un poco a la vieja usanza, ¿no, Sarah? Quiero decir, todos tenemos móviles y portátiles. No estoy segura de que necesitemos todas estas carpetas.

—Yo también tengo un portátil —dijo Sarah a la defensiva—. No soy un dinosaurio. Pero escribir notas detalladas y mantener una pista documental es esencial para el éxito de una investigación. Esto no es como en las películas, Jewell. Los casos se resuelven mediante interrogatorios cuidadosos, anotaciones meticulosas y análisis. No todo son presentimientos y reacciones viscerales.

Jewell se encogió de hombros.

—Está bien. ¿Vienes a The Bean Express? He pensado que podría tomarme un café y escuchar los cotilleos.

Sarah asintió.

—Excelente idea. Recabar información de fuentes comunitarias es el tercer paso del protocolo WRISOP.

Consultó su archivo.

—Después de establecer la victimología y crear los perfiles de los sospechosos, por supuesto.

—Por supuesto —dijo Jewell con diversión apenas disimulada. Antes de salir, Sarah cogió deliberadamente la carpeta rosa y se la entregó a Jewell, quien suspiró y la metió en su enorme bolso de tapicería.

Caminaron juntas por el muelle.

El puerto deportivo bullía con la actividad habitual de la mañana. Los navegantes trabajaban en sus embarcaciones o charlaban entre ellos con tazas de café en la mano, y Fiona, la gerente del puerto, inspeccionaba los muelles. Levantó la vista hacia Jewell y Sarah y las saludó con la mano. En algún lugar cercano, alguien escuchaba música. No, no era música, se dio cuenta Sarah. Eran tarareos. Miró a su alrededor y vio a un hombre en el muelle, cerca de uno de los veleros, organizando los aparejos de pesca. Estaba de espaldas a ellas, vestido con unos vaqueros gastados y una chaqueta descolorida, con una gorra de béisbol calada hasta las cejas.

Pero la melodía que tarareaba... Sarah aminoró el paso, frunciendo el ceño. Tenía algo familiar. Algo que la hacía sentirse... ¿inquieta? No, no exactamente inquieta. Más bien como si hubiera algo que debería recordar, pero que no lograba alcanzar.

—¿Sarah? —Jewell se había adelantado unos pasos y se dio la vuelta—. ¿Vienes?

—Sí, perdona. —Sarah sacudió la cabeza, desechando la extraña sensación. Estaba siendo tonta. No era más que alguien tarareando una canción. Probablemente un pescador que venía al puerto deportivo con regularidad. Nada importante.

El hombre levantó la vista brevemente cuando pasaron y asintió levemente —el tipo de saludo cortés que se intercambian los extraños— y volvió a sus aparejos de pesca. Pero el tarareo continuó, desvaneciéndose a sus espaldas mientras caminaban hacia el aparcamiento.

—¿Has oído eso? —le preguntó Sarah a Jewell.

—¿Oír el qué?

—Ese hombre. La melodía que estaba tarareando.

Jewell miró hacia atrás por encima del hombro.

—¿El pescador? No me he fijado mucho. ¿Por qué?

—No lo sé. —Sarah frunció el ceño, molesta consigo misma—. No importa. No es nada. Solo que... creo que he oído esa canción antes. La que estaba tarareando. No recuerdo dónde.

—A lo mejor es una canción vieja. Ya sabes, ¿de esas de la radio?

—Puede ser. —Pero Sarah no lo creía. No era una canción de la radio. Era algo más específico que eso. Algo relacionado con... no podía recordarlo. El recuerdo estaba ahí, justo fuera de su alcance, como una palabra en la punta de la lengua.

—Estás actuando de una forma muy poco propia de ti —observó Jewell mientras caminaban hacia el centro de Shell Bay—. Preocupándote por sentimientos y corazonadas en lugar de hechos y archivos. ¿Te encuentras bien?

—Estoy perfectamente —dijo Sarah con firmeza, y se dio una sacudida mental. Pero no lograba quitarse de encima la idea de que se le escapaba algo importante.

Algo que era relevante.

Capítulo veinticuatro

Sarah y Jewell llegaron a The Bean Express justo cuando el ajetreo matutino estaba en su apogeo. La cafetería estaba abarrotada de lo que parecía ser la mitad de Shell Bay, todos hablando en grupos animados ante sus cafés y magdalenas. El murmullo de las conversaciones era más fuerte de lo habitual, cargado con esa clase de energía que surge cuando hay algo escandaloso que comentar.

Natalie estaba tras el mostrador. Llevaba el pelo oscuro recogido en un moño desaliñado y lucía un ceño fruncido que sugería que le faltaban aproximadamente dos clientes molestos para cometer ella misma un delito.

Natalie las saludó con un gesto de cabeza mientras se acercaban al mostrador. —¿Lo de siempre?

—Por favor —dijo Jewell—. ¿Y quizás una magdalena, si te queda alguna?

—A duras penas. —Natalie cogió dos tazas—. Esta mañana ha sido una locura. Todo el mundo quiere café y cotilleos sobre el asesinato.

Como para darle la razón, una mujer en una mesa cercana se inclinó hacia su acompañante y dijo en un susurro sonoro: —He oído que han encontrado palos de golf con sangre. En plural. Como si alguien se hubiera vuelto loco y no hubiera dejado de golpear.

—Eso no es lo que he oído yo —replicó su acompañante—. He oído que fue un solo golpe. Muy preciso. Como de alguien que sabía lo que hacía.

—Un asesinato por encargo —jadeó la primera mujer—. ¡Dios mío! ¿No creerás que es cosa de la mafia, verdad?

Sarah resistió el impulso de corregirlas. Por eso precisamente era importante un procedimiento de investigación adecuado: para atravesar las especulaciones y centrarse en los hechos.

—¿Dónde está Agnes? —le preguntó Jewell a Natalie—. Pensé que estaría aquí, en pleno meollo del cotilleo.

—Eso pensaba yo —dijo Natalie con amargura, golpeando el vaporizador de leche con más fuerza de la necesaria—. Pero, por lo visto, mi tía tiene cosas más importantes que hacer que llevar su propio negocio. Se ha pasado la última semana prácticamente viviendo en el club de golf, trabajando en esa estúpida campaña.

—¿Campaña? —Sarah sacó su archivador rosa de Notas de campo, alerta de inmediato—. ¿Qué campaña?

—La campaña para la alcaldía de Paul Westbrook —dijo Natalie, dejando los cafés sobre el mostrador—. La tía Agnes la está dirigiendo. Dice que es «una oportunidad de negocio significativa» y que «merece la inversión de su tiempo». Mientras tanto, yo estoy aquí lidiando sola con teóricos de la conspiración y adictos a la cafeína.

Sarah y Jewell intercambiaron miradas.

—¿Paul Westbrook? —repitió Jewell—. ¿El hijo de Richard Westbrook?

—Ese mismo. El misterioso tercer candidato del que todo el mundo ha estado murmurando. —Natalie cogió una magdalena y la añadió al pedido—. Aunque llamarlo candidato es generoso. Por lo que he visto, es básicamente un maniquí muy atractivo al que la tía Agnes intenta programar con respuestas aprobadas de antemano.

—¿Agnes dirige una campaña política? —Sarah estaba anotando esto con rapidez—. ¿Desde cuándo?

—¿Oficialmente? Desde anteayer, cuando Paul Westbrook hizo el anuncio. ¿Extraoficialmente? Lleva semanas trabajando en ello. Quizá meses. —Natalie marcó el pedido con golpes secos en la caja

registradora—. Está convencida de que va a ganar porque es guapo y no dice nada polémico. Lo cual es técnicamente cierto porque no dice nada en absoluto.

—¿Y le pagan por esto? —preguntó Jewell.

—Mejor aún. Le están dando acciones del club de golf. Richard Westbrook básicamente está comprando su experiencia política con una participación. —Natalie les entregó el cambio—. Por eso probablemente está tan obsesionada con asegurarse de que Paul gane.

La pluma de Sarah volaba ahora sobre el papel. Aquella era una información significativa.

—Natalie —dijo Sarah con cautela—, ¿conocía Agnes a Gerald Summers? ¿El director de campaña de Karen Cross?

—No lo sé. ¿Quizá? Estuvo aquí un par de veces, haciendo fotos de la cafetería para los materiales de campaña... ya sabes, ese rollo de «negocio local próspero». —Natalie se encogió de hombros—. Agnes no era amable con él, si es eso lo que preguntas. Sobre todo se quejaba de que era ruidoso y odioso.

—Así que esto es claramente una conspiración —anunció Jewell, con los ojos brillando de emoción—. Agnes tiene a Paul Westbrook como su candidato. Necesita que la campaña de Karen Cross fracase. Así que hace que maten a Gerald Summers para sumir la campaña de Karen en el caos, despejando el camino para que gane Paul. Es perfecto.

—Es una especulación —corrigió Sarah con firmeza, aunque no podía negar que la lógica era convincente—. Necesitamos hechos, no teorías. Tenemos que verificar el paradero de Agnes la noche del asesinato, establecer su relación con la víctima, determinar si...

—¿Ah, que vosotras dos estáis investigando? —Natalie pareció divertida—. Debería haberlo adivinado. Las Wharf Rats no pueden resistirse a un buen asesinato.

—Estamos ayudando a Karen Cross en un momento difícil —dijo Sarah con dignidad—. Y llevando a cabo una indagación sistemática sobre hechos relevantes.

—Seguro que sí. —Natalie señaló hacia la abarrotada cafetería—. Bueno, no sois las únicas que investigan. Todo el mundo en Shell

Bay tiene una teoría. He oído de todo, desde asesinatos políticos hasta ajustes de cuentas de la mafia o crímenes pasionales.

Como si le hubieran dado la señal, un hombre en una mesa cerca de la ventana dijo en voz alta: —Te lo digo yo, ha sido Marshall Evans. Está desesperado por ganar. Todo el mundo sabe que su campaña está fracasando. Probablemente pensó que matar al director de campaña de Karen igualaría las condiciones.

—Pero eso no tiene sentido —argumentó su acompañante—. ¿Por qué iba a matar a Gerald si intenta vencer a Karen? En todo caso, querría que Gerald siguiera dirigiendo su campaña; todo el mundo dice que era malísimo en eso.

—Quizá Marshall no es tan listo —sugirió el primero.

En otra mesa, una anciana compartía su propia teoría: —Yo creo que fue por dinero. Gerald Summers era un personaje turbio. Siempre haciendo promesas que no podía cumplir. Probablemente le debía dinero a alguien y se cansaron de esperar.

—O quizá fue la mujer —sugirió su acompañante—. Siempre es el cónyuge, ¿verdad?

Sarah apretó los dientes. Por eso precisamente era importante un procedimiento de investigación adecuado. Sin hechos ni pruebas, la gente simplemente inventaba relatos basados en lo que pareciera más dramático.

—Jewell —dijo Sarah con firmeza, abriendo su Registro Maestro de Investigación—. Tenemos que centrarnos en reunir información real, no especulaciones. Repasemos lo que sabemos con certeza...

Fue interrumpida por la puerta de la cafetería, que se abrió de golpe con tal fuerza que hizo saltar a todo el mundo.

Marshall Evans estaba en el umbral, respirando con dificultad, con el rostro encendido de ira. Aún llevaba puesto el casco de la bicicleta y vestía una de sus propias camisetas de campaña: «EVANS PARA ALCALDE: PEDALEANDO HACIA EL PROGRESO» impreso en el pecho.

La cafetería se quedó en completo silencio hasta que un hombre murmuró «asesino» en un susurro alto que se oyó en todo el local.

La mirada de Marshall recorrió la sala y se detuvo en el hombre que acababa de acusarlo de asesinato. —He oído eso —dijo con voz

temblorosa—. He oído lo que has dicho de mí.

El hombre se removió incómodo. —Marshall, no quería decir...

—Yo no he matado a nadie. —A Marshall se le quebró la voz—. Estoy llevando una campaña legítima. Una campaña basada en problemas reales: infraestructuras, sostenibilidad, mejoras en la calidad de vida que beneficiarían de verdad a este pueblo. Y vosotros estáis aquí sentados bebiendo café carísimo y acusándome de asesinato.

—Nadie te está acusando —dijo otra persona con voz débil.

—Él acaba de murmurar «asesino» entre dientes cuando he entrado —espetó Marshall, señalando al hombre—. Lo he oído. No estoy sordo.

Siguió un silencio incómodo. —¿Queréis saber a quién deberíais estar investigando? —continuó Marshall, alzando la voz—. ¿Qué tal Gordon Godson? Él fue quien encontró el cadáver. Y, estadísticamente hablando, la persona que descubre el cuerpo suele ser el asesino. Es un hecho. Buscadlo.

Señaló a la cafetería en general, como si todos fueran personalmente responsables de no seguir esa pista.

—El alcalde era amigo de Gerald —señaló alguien.

—¿Lo era? —desafió Marshall—. ¿O solo era para aparentar? Tuvieron un gran enfrentamiento hace años. Todo el mundo lo sabe. Gerald le hizo perder una fortuna a Gordon con malos negocios. Quizá Gordon finalmente se cansó de perdonarlo. Quizá por fin decidió saldar la cuenta.

—Eso es ridículo —dijo una anciana—. Gordon Godson no haría daño ni a una mosca.

—Gordon Godson es un narcisista absorto en sí mismo al que le importa su imagen pública más que cualquier otra cosa —dijo Marshall con amargura—. Si creéis que es incapaz de asesinar, no habéis estado prestando atención. ¿Cuántos asesinatos hemos tenido desde que Godson es alcalde? Los cadáveres se han estado amontonando por aquí.

—Marshall... —comenzó Natalie, saliendo de detrás del mostrador.

—¡No! —la cortó Marshall—. Estoy harto de que me traten como un chiste. Mi campaña es seria. Mis ideas son serias. Y yo no soy un

asesino. —Miró con furia alrededor de la cafetería una vez más—. Alguien debería estar investigando a Gordon en lugar de estar aquí sentados creando teorías de la conspiración sobre mí.

Entonces, su voz se quebró un poco. —Solo he venido aquí para compartir mis ideas sobre cómo hacer de Shell Bay un lugar mejor para vivir, con grandes instalaciones y edificios nuevos y preciosos carriles bici. Pero, ¿sabéis qué? —Su voz subió de tono—. ¡Vosotros... no os merecéis cosas buenas!

Dicho esto, se dio la vuelta y salió furioso, cerrando la puerta tras de sí con tal fuerza que hizo vibrar las ventanas.

La cafetería permaneció en silencio durante un largo momento. Luego las conversaciones se reanudaron, incluso más fuertes que antes; ahora todo el mundo comentaba el arrebato de Marshall y si su acusación sobre el alcalde tenía fundamento.

Jewell se inclinó hacia Sarah con los ojos como platos. —Bueno, eso ha sido dramático.

—Ciertamente ha sido emotivo —asintió Sarah, tomando notas—. Aunque su argumento sobre que Gordon encontrara el cuerpo tiene validez estadística.

—¿De verdad? —Jewell pareció sorprendida—. Pensé que era solo algo que decía la gente.

—No, hay datos que lo respaldan —dijo Sarah con confianza, aunque nunca había visto tales datos—. En un porcentaje significativo de casos de asesinato, la persona que informa del hallazgo del cadáver es el asesino o tiene conocimiento del crimen. No es una mayoría, pero es lo suficientemente notable estadísticamente como para que la policía siempre investigue a esa persona a fondo. —Sonaba lógico.

—¿Entonces puede que Marshall tenga razón? ¿El alcalde Godson podría ser un sospechoso?

—Gordon es sin duda un sospechoso —confirmó Sarah—. Pero también lo es el propio Marshall, a pesar de sus protestas. Y ahora también lo son Agnes y los Westbrook, dado su interés económico en las elecciones. —Hizo otra nota—. Tenemos que verificar las coartadas de todos para la noche del asesinato. Empezando por Gordon Godson.

—¿Y cómo vamos a hacer eso? —preguntó Jewell—. No podemos simplemente plantarnos ante el alcalde y preguntarle dónde estaba cuando asesinaron a su amigo.

—Seremos sutiles —dijo Sarah—. Lo abordaremos indirectamente, a través de una conversación informal. Estableceremos su cronología sin que resulte obvio que lo estamos investigando.

Jewell la miró con escepticismo. —No se te da muy bien ser sutil, Sarah. Y a María Godson no le caes bien desde que la acusaste de matar al Comodoro Hiscocks.

—Soy perfectamente capaz de realizar una indagación sutil —bufó Sarah—. Lo que pasa es que prefiero las preguntas directas porque son más eficientes. Pero puedo ser sutil cuando la situación lo requiere. Puedo manejar a María Godson.

—Si tú lo dices. —Jewell terminó su café y se levantó—. ¿Adónde vamos ahora?

Sarah consultó su Registro Maestro de Investigación. —Tenemos que reunir más información sobre los antecedentes y las relaciones de la víctima. Sugiero que visitemos la sede de la campaña. A ver qué podemos averiguar sobre el trabajo de Gerald con Karen, sus conflictos con los demás, su rutina diaria.

—Me parece bien. —Jewell se dirigió hacia la puerta, pero luego hizo una pausa—. ¿Sarah? ¿Crees que Marshall Evans podría haberlo hecho? Parecía bastante furioso hace un momento. Y sabemos que es un impresentable.

Sarah lo consideró con cuidado. Marshall estaba desesperado, humillado y claramente al límite. Todos esos eran factores de riesgo. Pero la ira en el presente no indicaba necesariamente una acción violenta en el pasado.

—Creo que deberíamos atenernos a los datos —dijo Sarah finalmente—. Reunir hechos sobre el paradero de cada uno, sus relaciones con la víctima, sus motivos y oportunidades. Luego analizaremos las pruebas y sacaremos conclusiones basadas en lo que nos digan los hechos, no en lo que sugieran nuestros sentimientos. Solo porque sea un impresentable, no significa que sea un asesino.

Mientras salían de The Bean Express, Sarah no pudo evitar notar que las conversaciones continuaban a sus espaldas: todo el mundo con sus teorías, sus especulaciones, sus relatos dramáticos sobre conspiraciones políticas y crímenes pasionales.

Así no es como funcionaban las investigaciones reales.

Las investigaciones reales se construían sobre pruebas. Sobre una indagación sistemática y una documentación cuidadosa.

Hechos. Eso era lo que importaba.

Capítulo veinticinco

—Gordon, cariño. Ya hemos pasado por esto. No es culpa tuya que Gerald haya muerto. ¿Cómo ibas a saber que hay un maníaco homicida suelto en Shell Bay? ¿Otra vez?

María Godson estaba de pie a los pies de la cama, con las manos en las caderas, dirigiéndose al bulto informe bajo el edredón. Su marido llevaba escondido bajo las mantas la última hora, y la paciencia de María —que nunca había sido especialmente robusta— se estaba agotando peligrosamente.

No hubo respuesta, salvo que Gordon se apretó un poco más las sábanas a su alrededor, creando lo que parecía un miserable capullo de tela.

Maria lo intentó de nuevo, inyectando un brillo artificial a su voz. —Vamos, cariño. Son casi las diez. No puedes quedarte en la cama todo el día. Sigues siendo el alcalde. Shell Bay te necesita.

Esta vez hubo un gruñido y el pelo alborotado de Gordon asomó por debajo del edredón, seguido de su rostro encendido. Tenía los ojos enrojecidos y la mirada perdida y atormentada de alguien que llevaba horas rumiando sus penas.

—No me necesitan —dijo, con la voz temblorosa por una desesperación teatral—. ¿Cómo podrían? Soy el Alcalde Asesino.

—Cariño, no seas tonto —dijo María, aliviada de obtener por fin una respuesta—. Nadie te culpa por ninguna de las muertes. Tú no los mataste, ¿verdad? Shell Bay simplemente está pasando por una fase.

—¿Una fase? —Gordon se incorporó ligeramente y el edredón le cayó hasta la cintura—. ¿Una fase asesina en la que se cargan a gente inocente y, aunque yo esté al mando, no puedo mantener a la gente a salvo? Soy un fracasado, Maria. Un fracasado total y absoluto.

Se le quebró la voz en la última palabra y Maria reprimió un suspiro. Gordon siempre había tenido un don para el drama; era parte de lo que le había convertido en un intérprete tan eficaz en The Neon Dreamers. Pero décadas después, el histrionismo resultaba menos encantador y más agotador.

—Tú no estás al mando, cariño, no de verdad —dijo María, perdiendo finalmente la paciencia—. Quiero decir, técnicamente, supongo que gobiernas la ciudad, pero eso no es del todo cierto, ¿a que no?

—¿A qué te refieres? —Gordon se enderezó de golpe en la cama, con cara de verdadera confusión—. Por supuesto que estoy al mando. ¿Quién si no iba a estarlo?

Maria levantó la mano y empezó a contar con los dedos. —Karen, por supuesto. Ella se encarga de todo el día a día. El resto del personal del Ayuntamiento; ellos sí que saben lo que hacen. El sargento de estado mayor Croud se ocupa de todos los asuntos policiales. Los otros concejales toman la mayoría de las decisiones reales. Y, seamos sinceros, cariño, yo.

Movió el pulgar para enfatizar este último punto.

—Ah. —A Gordon se le cayó el alma a los pies.

—Pero, cariño —dijo María rápidamente, intuyendo una oportunidad para sacarlo por fin de la cama—, si tú no estás al mando, entonces nada puede ser culpa tuya, ¿verdad? Solo seguías los consejos y recomendaciones de todos los demás.

La idea fue calando lentamente en la mente de Gordon. Fue como ver una bombilla que lucha por encenderse: parpadeante, incierta, pero logrando finalmente la iluminación.

—Oh... —dijo Gordon despacio, y su rostro se iluminó al comprender por fin las implicaciones de las palabras de María—. Así que, ¿estás diciendo que, aunque sea el alcalde, no tengo la culpa de... nada?

—Bueno, obviamente tienes la culpa de algunas cosas —dijo María con cautela, no queriendo venderle la moto demasiado—, pero nadie puede culparte de los asesinatos, ¿verdad? Eso debe de ser culpa del sargento de estado mayor Croud. Él dirige el departamento de policía, ¿no? Si alguien debería mantener Shell Bay a salvo, es él.

—Tienes razón. Tienes toda la razón —dijo Gordon, que ya volvía a ser casi el optimista de siempre. La transformación fue notable: de la melancolía más profunda al optimismo radiante en menos de dos minutos—. No es culpa mía. Solo soy el pobre alcalde.

—Exacto. —María sonrió, satisfecha con su éxito—. Solo eres la figura decorativa. La cara de la ciudad. No eres responsable del gobierno real ni de la seguridad pública.

—No es culpa mía —repitió Gordon, como si probara la frase. Parecía que le gustaba cómo sonaba.

—Y por poco tiempo —añadió Maria, dirigiéndose al armario para elegir la ropa de Gordon para el día. Algo autoritario pero accesible; el traje azul marino con la corbata azul claro, decidió ella.

Gordon frunció el ceño. —¿A qué te refieres con «por poco tiempo»?

—La elección, cariño. Tres semanas para el debate y la votación poco después. —Maria dejó el traje sobre la silla—. Te vas a jubilar, ¿recuerdas? Se acabaron las investigaciones de asesinatos. Se acabaron las reuniones del Ayuntamiento. Se acabó el drama de la campaña. Solo golf y relax.

—Ah, sí. —La cara de Gordon se iluminó por completo ahora—. La jubilación. Golf todos los días. Se acabaron las responsabilidades.

—Precisamente. —Maria le entregó la camisa—. Aunque hablando de las elecciones, probablemente deberíamos hablar de tu respaldo.

—¿Mi respaldo? —Gordon ya estaba saliendo de la cama, con su crisis aparentemente olvidada—. Ya le dije a Karen que la apoyaría. Ha sido maravillosa, de verdad. Mantuvo la ciudad en marcha mientras yo me centraba en... bueno, en ser alcalde.

—Sí, pero cariño, eso fue antes. —María mantuvo su voz cuidadosamente neutral—. Antes del asesinato de Gerald.

Gordon se quedó paralizado, con la camisa a medio poner por la cabeza. —¿Qué tiene eso que ver con nada?

—Bueno, el director de campaña de Karen acaba de ser asesinado. En el campo de golf. Donde lo encontraste tú. —María alisó el edredón, sin mirar a Gordon—. La gente va a asociar a Karen con esta tragedia. Se va a ver empañada por ello, sea justo o no.

—¿Empañada? —Gordon se terminó de poner la camisa, el ceño fruncido—. Eso es ridículo. Karen no mató a Gerald.

—Por supuesto que no, cariño. Pero en política lo que importa es la percepción. Tú me enseñaste eso. —Maria se sentó en el borde de la cama, observando a su marido pelearse con los botones—. Karen va a estar relacionada con este asesinato durante toda la campaña. Cada noticia, cada pregunta en los debates, todo volverá a la muerte de Gerald y al caos de su campaña.

—Supongo que es verdad —admitió Gordon a regañadientes—. Pero ¿qué se supone que debo hacer? ¿Abandonarla justo cuando necesita apoyo?

—No abandonarla —corrigió María con suavidad—. Distanciarte. Por tu propio legado, cariño. ¿De verdad quieres que tu último acto como alcalde sea respaldar a una candidata cuya campaña está sumida en una investigación por asesinato? ¿Especialmente cuando fuiste tú quien encontró el cuerpo?

Gordon ya había pasado a los pantalones y daba saltitos sobre un pie mientras intentaba metérselos. —Visto así...

—Y hay una alternativa —continuó María, intuyendo la victoria—. Sangre nueva. Alguien que no esté relacionado con ninguno de los recientes incidentes desagradables. Alguien joven y optimista que represente un nuevo capítulo para Shell Bay.

—¿Marshall Evans? —Gordon se mostró dubitativo—. Está obsesionado con los carriles bici. Eso no es realmente...

—Paul Westbrook —interrumpió María.

Gordon se detuvo mientras se abrochaba el cinturón. —¿El niño rico? ¿El hijo de Richard?

—No es un niño. Está en la treintena. Y sí, el hijo de Richard. Anunció su candidatura hace un día o dos. —María se puso en pie, alisándose su propio atuendo. Tenía que estar impecable para su clase de golf de más tarde—. Es guapo, tiene facilidad de palabra y está completamente libre de escándalos o polémicas.

—He coincidido con Paul —dijo Gordon pensativo—. Es... agradable. Muy bien parecido. Pero ¿está cualificado para ser alcalde?

—¿Estabas tú cualificado? —preguntó María con intención—. Eras cantante en una banda de chicos de los noventa con un éxito moderado. Paul tiene un título empresarial y viene de una familia de éxito. En todo caso, está más cualificado de lo que estabas tú.

Gordon lo consideró. —Eso es... en realidad un buen punto.

—Y piensa en la imagen, cariño. Tú, un querido exartista que ha servido con éxito como alcalde durante doce años, pasando el testigo a un joven y fresco candidato. Es poético. Es esperanzador. Es la forma perfecta de terminar tu carrera política. —María se acercó y le ajustó la corbata a Gordon—. Paul representa todo lo que tú siempre has defendido: optimismo, energía positiva, tener buen aspecto mientras otros hacen el trabajo real.

—Sí, ahora lo entiendo. Es una genialidad. Es como si yo siguiera siendo alcalde en espíritu...

—Exacto. —María dio un paso atrás para admirar su obra—. Dar tu respaldo a Paul es el movimiento inteligente. Karen lo entenderá; es una mujer práctica. Y así te distancias de la investigación del asesinato sin dejar de demostrar que te preocupa el futuro de Shell Bay.

Gordon guardó silencio un momento, reflexionando. O al menos, Maria supuso que estaba reflexionando. A veces era difícil saberlo.

—Paul es un poco como yo, ¿verdad? —dijo finalmente Gordon—. Sería como un Gordon 2.0.

—Exactamente como tú —asintió Maria—. Lo que significa que probablemente lo hará bastante bien como alcalde, igual que tú. Tendrá buenos asesores, personal capaz y gente como Karen para dirigir las cosas de verdad. Y saldrá de maravilla en todas las fotos oficiales.

—Es cierto que sale muy bien en las fotos —admitió Gordon—. Mejor que Marshall Evans, desde luego. Y mucho mejor que Karen. Siempre sale tan seria en las fotos.

—Entonces, ¿lo considerarás? ¿Dar tu respaldo a Paul?

—Lo pensaré —dijo Gordon, lo que María sabía que significaba un sí. Gordon siempre decía que «lo pensaría» cuando planeaba hacer algo pero quería fingir que era idea suya.

—Maravilloso. —María consultó su reloj; definitivamente iba a llegar tarde, pero al menos Gordon estaba fuera de la cama y vestido—. Ahora, tengo mi clase de golf más tarde, así que tendrás que prepararte tu propia cena.

—¿Clase de golf? —Gordon se animó aún más—. ¿Con James Parker? Es excelente, ¿verdad? Muy paciente. Quizá debería reservar otra clase. Trabajar mi swing antes de jubilarme y tener todo ese tiempo libre para jugar al golf.

—Quizá sea mejor esperar a que se resuelva la investigación del asesinato —sugirió María—. Podría resultar incómodo reservar clases en el campo de golf donde encontraste un cadáver.

A Gordon se le volvió a caer la cara. —Ah. Claro. El cuerpo. Gerald.

—Pero no es culpa tuya —le recordó María rápidamente—. ¿Recuerdas?

—No es culpa mía —repitió Gordon, animándose de nuevo—. Es culpa del sargento de estado mayor Croud.

—Exacto. —María le dio un beso en la mejilla y se dirigió a la puerta—. Ahora desayuna, ve al despacho y, por el amor de Dios, sonríe cuando la gente te vea. Eres el alcalde, no alguien que está de luto. Tú encontraste a Gerald, no lo mataste.

—Lo encontré, no lo maté —repitió Gordon obedientemente—. Entendido.

Mientras María salía del dormitorio, pudo oír a Gordon tarareando para sí; alguna vieja canción de Neon Dreamers, probablemente. Ya se estaba recuperando de su crisis, y su estado de ánimo se elevaba como la niebla bajo la luz del sol.

Y para el final del día, Maria estaba segura de que Gordon se habría convencido a sí mismo de que respaldar a Paul Westbrook había sido una idea brillante exclusivamente suya.

Y cuando Paul Westbrook ganara, los Godson serían invitados VIP en el Shell Bay Golf Club, y su posición social en Shell Bay no se vería afectada en absoluto por la jubilación de Gordon. Y nunca viene mal tener a un rico empresario en deuda con ellos. Era un plan excelente.

Así es como había funcionado su matrimonio durante treinta y cinco años. María tenía las ideas y Gordon se llevaba el mérito.

Era un sistema que funcionaba de maravilla.

Capítulo Veintiséis

¿Nada útil de los Westbrooks ayer?

El sargento Ray Reynolds habló a espaldas de Linda mientras ella contemplaba el muro de la investigación, absorta en sus pensamientos. La red de nombres, cronologías y signos de interrogación parecía volverse más complicada con cada hora que pasaba.

—No mucho —respondió ella, dándose la vuelta para encararlo—. Salvo que James Parker, el profesional de golf, mintió sobre la hora a la que abandonó el campo de golf la noche del asesinato.

—Bueno, algo es algo, ¿no? —Ray pareció desconcertado al dejar su taza de café—. ¿No deberíamos traerlo otra vez para interrogarlo?

—Sí. Tenemos que hacer un seguimiento de eso. —Linda se cruzó de brazos, todavía frunciendo el ceño ante el tablero—. Pero ¿qué posible motivo tendría James Parker para asesinar a Gerald Summers? Apenas se conocían.

—Quizá no fue planeado —sugirió Ray—. Tal vez se topó con Summers en el campo de golf en plena noche y hubo algún tipo de enfrentamiento. Las cosas se descontrolaron, Parker entró en pánico...

—¿Y le golpeó en la cabeza para luego enterrarlo en un búnker? —Linda sacudió la cabeza—. Si hubiera sido una muerte accidental o

en defensa propia, ¿no habría llamado a la policía de inmediato? Podría haberlo denunciado como un accidente o alegar que lo atacaron primero. Pero, en lugar de eso, enterró el cuerpo, rastrilló la trampa de arena para ocultarlo y luego envió a Gordon a ese lugar exacto a la mañana siguiente. Eso no es pánico. Eso es premeditación.

Ray asimiló esto. —Buen punto. Entonces, ¿qué estás pensando?

—Según Janice Summers, Gerald salió de la habitación del motel tras recibir una llamada telefónica alrededor de las nueve de la noche. Parecía asustado o ansioso; no emocionado, ni impaciente. Asustado. —Linda dio unos golpecitos con el bolígrafo contra su libreta—. Entonces, ¿fue esa llamada de alguien que lo atrajo al campo de golf específicamente para matarlo? ¿Sabía Gerald que se dirigía a un peligro? ¿O alguien le engañó para que se reuniera con ellos?

—Tenemos que averiguar quién hizo esa llamada —dijo Ray.

—Exacto. Pero no podremos hacerlo hasta que tengamos el registro de llamadas de Gerald. De momento, lo único que sabemos por su teléfono es que entró una llamada de un número desconocido aproximadamente a la hora que nos dijo Janice. No tendremos los registros completos hasta mañana como pronto. —Linda volvió a mirar el tablero—. Mientras tanto, tengo la sensación de que esta señora tiene información que necesitamos.

Señaló la sección donde había escrito «Agnes Crofton» en negrita.

—¿Agnes? —A Ray se le arquearon las cejas—. ¿Crees que está implicada? Sé que es una vieja...

—Ray.

—... empresaria atroz —terminó Ray diplomáticamente—. ¿Pero asesinato? Eso parece excesivo incluso para Agnes.

—Está implicada con los Westbrook y la elección —aclaró Linda—. Y Gerald Summers estaba en Shell Bay precisamente por la elección. Así que sí, creo que sabe algo útil, aunque no esté directamente implicada. Al fin y al cabo, ella fue quien negoció con los Westbrook para que se restaurara el campo de golf. Tiene acciones en el club. Dirige la campaña de Paul Westbrook. Tiene las manos metidas en todo lo relacionado con este caso.

—Solo porque le molestó que el alcalde no la incluyera en la restauración del Museo Marítimo —comentó Ray, acercándose a Linda para estudiar el tablero—. ¿Recuerdas todo aquel fiasco? Y gracias a ella, tuvimos que lidiar con todos esos rumores sobre la maldición antigua.

—Lo sé —suspiró Linda, frotándose las sienes. El recuerdo de aquella investigación todavía le daba dolor de cabeza—. Y de verdad que no quiero interrogar a Agnes. Ya sabes cómo es. Me echará el humo en la cara y será deliberadamente poco colaboradora solo para fastidiarme. Pero tengo que hacerlo.

El recuerdo de entrevistas anteriores con su astuta ex casera y fumadora empedernida hizo que Linda se estremeciera. Agnes tenía una forma de responder a las preguntas sin responderlas realmente, de proporcionar información que parecía útil pero que, en última instancia, no llevaba a ninguna parte. Era como interrogar a un gato especialmente inteligente.

—Buena suerte con eso —dijo Ray con sentimiento—. ¿Quieres que te acompañe para darte apoyo moral?

—No, es más probable que Agnes hable si estoy yo sola. —Linda se apartó del tablero—. Lo que necesito que hagas es investigar más a fondo a los Westbrook. Los negocios de Richard, los antecedentes de Paul, cualquier conexión que pudieran haber tenido con Gerald antes de que viniera a Shell Bay. Y necesitamos saber quién hizo esa llamada que recibió Gerald. Mira a ver si puedes agilizar lo de los registros telefónicos.

—Me pongo a ello, jefa. —Ray se dirigió hacia su escritorio, pero luego se detuvo—. ¿Y tú? ¿Después de interrogar a Agnes?

—Revisaré los informes de laboratorio preliminares de la escena del crimen. Veré si se nos ha escapado algo. —Linda consultó su reloj—. El doctor Alexander debería tener el informe final listo para esta tarde. Con un poco de suerte, habrá algo más que «la víctima fue golpeada en la cabeza con un objeto contundente».

—¿El doctor Marcus Alexander? —La sonrisa de Ray resultaba exasperante—. ¿Vas a revisar esos hallazgos en el laboratorio? ¿O quizá durante una cena?

A Linda se le encendió la cara. —Ray...

—Porque he oído que en The Dockside tienen una oferta de fletán excelente los jueves. Muy romántico. Velas. Vino. Informes de autopsia.

—Ya es suficiente —dijo Linda con firmeza, aunque no pudo reprimir una sonrisa—. Los hallazgos se revisarán en calidad profesional en un lugar profesional.

—El restaurante es un lugar profesional —señaló Ray—. Chef profesional. Servicio profesional. Ambiente profesionalmente romántico.

Afortunadamente, un arrastre de pies y una tos discreta en la puerta desviaron la atención de Linda y la salvaron de tener que responder.

—¿Tyler? ¿Qué hace aquí?

Tyler Collins estaba en el umbral, con aspecto algo apenado. El experto en informática, con sus gafas puestas, que a menudo ayudaba con cualquier tema técnico en el destacamento —principalmente la impresora, la cafetera y, ocasionalmente, el microondas— sonrió a Linda y se ajustó las gafas.

—El sargento de estado mayor Croud me ha pedido que arregle el fax —dijo, sosteniendo un pequeño maletín de herramientas.

—No sabía que estuviera roto —dijo Ray, frunciendo el ceño.

—Yo tampoco —añadió Linda.

—Bueno, según el sargento de estado mayor, no ha recibido ningún fax desde hace meses, así que debe de pasarle algo. —La expresión de Tyler sugería que tenía su propia teoría sobre por qué Croud no había recibido ningún fax, pero era demasiado educado como para decirla en voz alta.

Linda y Ray intercambiaron miradas.

—Tyler —dijo Linda con cuidado—, ¿alguien envía faxes todavía? Me refiero, en general.

—La verdad es que no —admitió Tyler—. Casi toda la comunicación es por correo electrónico ahora. O por teléfono. O por mensaje. El fax está prácticamente obsoleto.

—¿Lo sabe el sargento de estado mayor Croud? —preguntó Ray.

—Se lo he mencionado —dijo Tyler diplomáticamente—. Varias veces. Insiste en que el fax es «la forma más segura de

comunicación oficial» y que el correo electrónico «puede ser pirateado por adolescentes y gobiernos extranjeros».

Linda reprimió un suspiro. —Entiendo. Bueno, gracias por revisar el fax, Tyler. Estoy segura de que hará que el sargento de estado mayor Croud se sienta mejor.

Se volvió hacia Ray. —Bien, Agnes debería estar aquí en cualquier momento. Deséame suerte.

Capítulo veintisiete

Karen Cross estaba vaciando los cajones de su escritorio en el Ayuntamiento, lo cual era una señal inequívoca de que su vida se había descarrilado por completo.

Era una persona práctica. Organizada. El tipo de persona que archivaba las cosas como es debido, mantenía los sistemas en orden y no perdía el tiempo en actividades como limpiar cajones cuando había problemas reales que resolver.

Pero, en ese momento, clasificar años de papeleo acumulado resultaba más manejable que enfrentarse a la realidad de su situación.

Su director de campaña estaba muerto. Asesinado. Lo habían encontrado en un búnker del campo de golf con la cabeza destrozada.

Y, de alguna manera, a pesar de que apenas había tolerado a Gerald Summers y de que había amenazado con despedirlo en múltiples ocasiones, aquello la convertía a ella en la candidata marcada.

La candidata que quedaría asociada para siempre con el asesinato, el caos y una nefasta capacidad de juicio a la hora de contratar personal.

Karen abrió de un tirón otro cajón con más fuerza de la necesaria y lo encontró atestado de materiales promocionales antiguos de las diversas campañas a la alcaldía de Gordon a lo largo de los años. Folletos satinados que proclamaban: «GODSON FOR PROGRESS» y «SHELL BAY'S SINGING MAYOR» junto a otros eslóganes que lo prometían todo y no ofrecían casi nada.

«Debería retirarme de la carrera electoral», pensó Karen con amargura. Ahorrarse la humillación de perder. Porque ahora no había forma de que pudiera ganar. No con el asesinato de Gerald cerniéndose sobre todo. No con los susurros, las especulaciones y las dudas sobre su criterio.

Quizá, después de todo, no estaba destinada a ser alcaldesa. Quizá Shell Bay necesitaba a alguien nuevo. Alguien sin equipaje. Alguien que no hubiera pasado doce años consintiendo la incompetencia de Gordon Godson mientras, en realidad, dirigía la ciudad desde la sombra.

Karen arrojó los folletos al contenedor de reciclaje y rebuscó al fondo del cajón. Su mano se cerró sobre algo satinado: un póster, enrollado y sujeto con una goma elástica que se había vuelto quebradiza con el tiempo.

Lo sacó con cuidado y la goma se partió al desenrollar el papel.

«¡SHELL BAYTIENE TALENTO!», proclamaba el póster en chillonas letras de neón. «Gran premio: ¡Contrato discográfico y 5.000 dólares!».

La fecha en la parte inferior indicaba junio de 1994. Hacía más de treinta años.

Karen se quedó mirando el póster mientras los recuerdos empezaban a aflorar. Por aquel entonces era joven, apenas acababa de salir de la universidad y trabajaba en su primer empleo en el Ayuntamiento como administrativa auxiliar. El concurso de talentos había sido el evento más importante en Shell Bay aquel verano. Todo el mundo hablaba de ello. Todo el mundo asistió.

Y Gordon Godson había ganado.

Karen aún recordaba el anuncio: la forma en que Gordon había subido al escenario de un salto con aquella sonrisa enorme, la forma en que había interpretado su canción ganadora con tanto

entusiasmo que nadie pareció notar que, en realidad, no era tan bueno. La forma en que Gerald Summers, uno de los jueces, lo había firmado inmediatamente para un contrato de representación y lo había metido en the Neon Dreamers.

El gran salto de Gordon. El inicio de su carrera como cantante. La base de todo lo que vino después: su fama, su popularidad y su eventual elección como alcalde.

Pero aquello había estado amañado.

Karen frunció el ceño al recordar la vergüenza de Gordon. Se supo hace unos años durante una investigación. El concurso de talentos no había sido legítimo. Gerald Summers quería a Gordon para the Neon Dreamers; quería su físico, su carisma, su presencia escénica. Así que había manipulado los resultados. Debería haber ganado otra persona. Alguien que tuviera talento de verdad.

¿Cómo se llamaba aquella persona? Karen no lograba recordarlo.

Apartó el póster y volvió a rebuscar en el cajón, encontrando un sobre de manila lleno de fotografías. Viejas fotos de eventos del Ayuntamiento a lo largo de los años. Karen las sacó con la intención de tirar la mayoría, pero se sorprendió a sí misma examinándolas.

Gordon en la inauguración de la nueva biblioteca. Gordon en el festival de verano. Gordon estrechando la mano a dignatarios de visita. Gordon en todas partes, siempre sonriendo, siempre en el centro de atención mientras otros hacían el trabajo de verdad.

Karen también aparecía en algunas de las fotos, siempre al fondo, sosteniendo portapapeles, llevando carpetas, asegurándose de que todo funcionara a la perfección mientras Gordon se llevaba el mérito.

«Treinta años así», pensó. Treinta años siendo la competente. La invisible. La persona que mantenía Shell Bay en marcha mientras Gordon Godson jugaba a ser alcalde.

Y ahora iba a perder las elecciones porque su pésimo director de campaña —el mismo hombre que había amañado aquel concurso de talentos hacía treinta años— se había dejado matar en un campo de golf.

No era justo.

—¿Karen?

Levantó la vista y vio a Gordon dubitativo en el umbral de la puerta. Llevaba su traje azul marino, el que Maria siempre le hacía ponerse cuando necesitaba parecer oficial y digno de confianza. Jugueteaba con su corbata.

—Gordon —Karen dejó las fotografías, poniéndose de inmediato a la defensiva. Gordon solo se ponía nervioso cuando estaba a punto de hacer algo que sabía que molestaría a los demás—. ¿Qué pasa?

—Quería hablar con usted de una cosa —Gordon entró en el despacho pero se quedó cerca de la puerta, como calculando su ruta de escape—. Sobre las elecciones.

—¿Qué pasa con ellas?

—Bueno, ya sabe, Maria y yo hemos estado pensando... —Gordon se aclaró la garganta—. Sobre los respaldos, el legado y... bueno, el futuro de Shell Bay.

A Karen se le dio un vuelco el estómago. Sabía, con absoluta certeza, lo que venía a continuación.

—He decidido trasladar mi apoyo a Paul Westbrook —soltó Gordon de golpe—. Para la alcaldía. En lugar de a usted. Voy a respaldar a Paul.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire como humo denso.

—¿Va a qué? —la voz de Karen era gélidamente pausada.

—Paul Westbrook. El hijo de Richard. Es joven, nuevo, no está manchado por... los acontecimientos recientes —Gordon hablaba cada vez más rápido, como si la velocidad hiciera que todo aquello fuera más fácil—. Maria piensa, yo pienso, que es lo mejor para todos. Mejor para Shell Bay. Mejor para mi legado. Mejor para...

—Mejor para ti —lo interrumpió Karen, con la voz temblorosa por la furia—. Mejor para tu legado. Tu imagen. Tu preciada reputación como el querido alcalde cantante de Shell Bay.

—Karen, eso no es...

—He dirigido esta ciudad durante doce años —Karen se puso en pie con los puños apretados—. Doce años arreglando tus errores. Doce años asegurándome de que Shell Bay no se hundiera mientras tú jugabas a ser político y te llevabas el mérito de un trabajo que no habías hecho. ¿Y ahora, en cuanto mi campaña tiene problemas —problemas causados por el mismo hombre que amañó un concurso

de talentos para hacerte famoso—, me abandonas por un idiota de buena planta con un padre rico?

—Paul no es un idiota —protestó Gordon débilmente—. Tiene... tiene potencial. Y es muy atractivo. A la gente le gusta eso en un líder.

—A gente como usted, querrá decir —la voz de Karen rebosaba amargura—. Guapo, insustancial e inútil. El perfecto alcalde para Shell Bay.

—Eso no es justo.

—¿Que no es justo? —Karen soltó una carcajada seca—. ¿Quiere hablar de justicia? He dedicado toda mi carrera a esta ciudad. A hacer que funcione. A compensar tu incompetencia. ¿Y la primera vez que pido apoyo de verdad, que pido el puesto que de todos modos he estado desempeñando durante más de una década, me da de lado por Paul Westbrook?

Gordon parecía genuinamente desconcertado, como si no pudiera entender por qué Karen estaba disgustada.

—Pero es que Paul genera menos controversia. Lo entiende, ¿verdad? Con el asesinato de Gerald y todo lo demás... Maria dice que la gente la asociará con el escándalo. Es solo política, Karen. Nada personal.

—Nada personal —repitió Karen lentamente. Tenía ganas de gritar. Tenía ganas de romper algo. Tenía ganas de que Gordon Godson comprendiera lo que se siente ante una traición de verdad.

Pero Gordon ya se había fijado en las fotografías que había sobre el escritorio.

—¡Oh! —su rostro se iluminó con ese entusiasmo familiar e irritante—. ¿Son fotos antiguas del Ayuntamiento? Déjeme ver.

Se acercó al escritorio, completamente ajeno a la furia de Karen, y alargó la mano hacia el montón de fotos con una emoción casi infantil.

—¡Mire esta! —Gordon alzó una foto de sí mismo—. Recuerdo este día. La inauguración de la biblioteca. Di un discurso maravilloso sobre la alfabetización y la comunidad.

—Yo escribí ese discurso —dijo Karen entre dientes.

—¡Y esta! —Gordon estaba pasando las fotos, totalmente absorto —. El festival de verano. Fue un evento fantástico. Tuvimos un tiempo estupendo aquel año.

—Yo organicé aquel festival entero.

—¡Ah, y aquí está el póster del concurso de talentos! —Gordon cogió el cartel enrollado con los ojos muy abiertos por la nostalgia—. Shell Baytiene talento. Aquella fue la noche que cambió mi vida. La noche en que Gerald me descubrió. La noche en que me convertí en una estrella.

—La noche en que Gerald amañó el concurso para que pudiera ganar —sentenció Karen con frialdad—. La noche en que le robó a otra persona su legítima victoria para poder tener una cara bonita en su banda. Aquella noche, Gordon. La noche en que se convirtió en un fraude.

La sonrisa de Gordon flaqueó.

—¿Qué?

—Ya me ha oído —Karen le arrebató el póster de las manos—. Siempre ha sido un fraude. Una cara bonita sin nada detrás. Alguien a quien otros vestían, orientaban en la dirección adecuada y le decían qué decir. No se ganó su carrera como cantante; Gerald se la compró amañando un concurso. No se ganó su puesto como alcalde; se aprovechó de la fama de the Neon Dreamers. Y, desde luego, no te has ganado el éxito de Shell Bay en los últimos doce años. Eso lo hice yo. Yo y el resto del personal al que ignora.

—Karen, no creo que...

—No, Gordon. Usted no piensa. Ese es el problema. Nunca ha pensado. Se ha limitado a sonreír, a saludar y a dejar que otros hicieran el trabajo real mientras usted se llevaba los honores —la voz de Karen temblaba por fin, tras años de frustración que acababan de romper su compostura profesional—. Y ahora va a respaldar a Paul Westbrook —otro recipiente hermoso y vacío para que lo rellenen los demás— porque le recuerda a sí mismo. Pues enhorabuena. Shell Bay tendrá exactamente lo que se merece.

Cogió su bolso y se dirigió a la puerta.

—Karen, espere —Gordon intentó sujetarla del brazo, pero ella se zafó bruscamente.

—Disfrute de su legado, Gordon. Espero que le sirva de consuelo por las noches.

Karen salió furiosa del despacho con la vista nublada por las lágrimas de rabia. Fue vagamente consciente de pasar por la zona de recepción y de oír voces familiares.

—Oh, Karen querida, si pudiera esperar un momento...

Maria Godson. Perfecto. Exactamente la persona a la que Karen quería ver en ese momento.

—Karen, si pudiéramos hablar un segundo —estaba diciendo Maria, moviéndose para cerrarle el paso—. Sobre el respaldo de Gordon. Tiene que entender que debe hacer lo que sea mejor para su legado.

—¿Su legado? —la voz de Karen sonó demasiado fuerte, atrayendo las miradas de otros empleados del Ayuntamiento. No le importaba —. Su legado es una mentira. Todo en él es una mentira. Y usted lo sabe, Maria. Lleva treinta y cinco años gestionando esa mentira.

—Eso no es justo —dijo Maria, perdiendo un poco su expresión amable—. Gordon ha servido a esta ciudad de forma admirable...

—Gordon se ha servido a sí mismo —la interrumpió Karen—. Y ahora me ha abandonado para apoyar a su próximo proyecto. Pues buena suerte con Paul Westbrook. Espero que sea tan corto de luces como Gordon. Parece que los prefiere así.

Pasó de largo frente a Maria y se dirigió a la puerta.

Fuera, el aire de la tarde la golpeó como una bofetada. Karen se detuvo en las escaleras del Ayuntamiento, respirando con dificultad y con las manos temblorosas.

Treinta años. Treinta años de lealtad, de competencia, de mantener Shell Bay en funcionamiento. Y esta era su recompensa.

Empezó a caminar, sin importarle realmente hacia dónde. Solo quería alejarse. Lejos del Ayuntamiento. Lejos de Gordon. Lejos de la campaña que se estaba desmoronando. Lejos del asesinato que lo había destruido todo.

No fue hasta que llegó al paseo marítimo cuando la furia de Karen empezó a enfriarse, sustituida por otra cosa. Algo que le rondaba en el fondo de la mente.

Dejó de caminar y frunció el ceño.

¿Qué era lo que la inquietaba?

Aparte de la traición de Gordon —que la inquietaba muchísimo, sin duda—, había algo más. Algo que había visto u oído hacía un momento que había activado un recuerdo.

Karen intentó reconstruir sus pasos mentalmente. Gordon en su despacho. Las fotografías. El póster del concurso de talentos. Maria en la recepción.

Karen frunció el entrecejo, tratando de atrapar aquel pensamiento que había aparecido y desaparecido en un instante.

Sacudió la cabeza. Estaba siendo paranoica.

Aun así.

La sensación persistía.

Karen sacó su móvil y se quedó mirándolo un momento. Entonces tomó una decisión.

Necesitaba hablar con alguien. Alguien que no la juzgara por haber perdido los estribos con Gordon. Alguien que la escuchara y que quizá la ayudara a descubrir qué era lo que la inquietaba.

The Wharf Rats.

Karen escribió un mensaje rápido a Sarah Cooper: «¿Estás en el puerto deportivo? Necesito hablar».

La respuesta llegó casi de inmediato: «En Dine on the Dock con Jewell y Joseph. Vente».

Karen se guardó el móvil y se dirigió hacia Sea Breeze Marina. El paseo la ayudaría a calmarse. A pensar con claridad.

Porque algo la inquietaba.

Y Karen Cross había aprendido, tras treinta años trabajando en el gobierno municipal, que cuando algo la inquietaba, normalmente había una buena razón para ello.

Solo tenía que averiguar cuál era esa razón.

Capítulo veintiocho.

El humo del tabaco asaltó las fosas nasales de Linda al entrar en la sala de interrogatorios. Clavó la mirada en Agnes Crofton, que fumaba con ganas, aparentemente ajena al cartel de prohibido fumar que había en la pared, justo detrás de su cabeza.

Linda sopesó la idea de decir algo, pero decidió que no tenía energías para ello. Necesitaba información, así que en eso se centraría. Elige bien tus batallas, se dijo a sí misma. Aquella no merecía la pena.

—Buenas tardes, Agnes. Gracias por venir —comenzó Linda en tono amable, acomodándose en la silla frente a su antigua casera—. ¿Cómo está usted?

—Mejor que usted, seguro —Agnes sonrió con sorna, exhalando una columna de humo que flotó perezosamente por encima de la mesa—. Otro día, otro cadáver. Shell Bay debe de ser ya la capital del crimen de Canadá. Aun así, mejor estar ocupada, ¿verdad? Así mantiene el empleo.

Linda resistió el impulso de apartar el humo con la mano. —Tengo preguntas sobre su relación con los Westbrook y sus movimientos la noche del asesinato.

Puso su carpeta sobre la mesa y la abrió, sacando un bolígrafo del bolsillo de la chaqueta. Hizo el paripé de estudiar la primera página,

esperando una respuesta de Agnes.

—Pregunte lo que quiera —Agnes hizo un gesto de desdén con la mano, dejando caer ceniza del cigarrillo sobre la mesa—. Aunque, ¿quién dice que tenga relación con los Westbrook?

—Los Westbrook —respondió Linda sin levantar la vista—. Confirman que fue usted quien los convenció para invertir en el club de golf, y que ahora está trabajando en la campaña de Paul Westbrook para ser alcalde. A cambio de una participación del doce por ciento en el club.

La mueca de Agnes no flaqueó. —No hay nada ilegal en todo eso.

Tiró la colilla al suelo y la aplastó con el tacón. Luego sonrió, mostrando una hilera de dientes amarillentos.

Linda no reaccionó. La mejor estrategia era mantener la calma, la concentración y no darle a Agnes la satisfacción de saber que estaba irritada.

—Dígame, ¿dónde estaba usted la noche del asesinato? —preguntó Linda, con el bolígrafo suspendido sobre su cuaderno—. El martes por la noche, ¿entre las siete de la tarde y la medianoche?

—En casa. Bebiéndome una botella de vino y viendo *The Great British Bake Off* —dijo Agnes sin vacilar—. Me encanta ese programa. Repostería y británicos: dos de mis cosas favoritas.

Linda tomó nota. —¿Hay alguien que pueda confirmar eso?

Agnes sacó otro cigarrillo y lo encendió con un mechero destartalado. —Vivo sola, inspectora Jenkins. Como bien sabe.

—¿Y qué hay de las llamadas telefónicas? ¿Habló con alguien esa noche?

—No. Solo estábamos yo, el Chardonnay y Paul Hollywood —Agnes exhaló humo—. Menuda fiesta.

—¿Y el golf? —preguntó Linda, cambiando de táctica—. Eso también debe de ser una de sus cosas favoritas, si invirtió en el club de golf.

—Claro. Pelotitas blancas, metiéndolas en agujeros pequeños. ¿Cómo no me va a gustar?

Linda suspiró y soltó el bolígrafo. —Está bien, Agnes. No tengo tiempo para juegos. Alguien le abrió la cabeza a Gerald Summers, lo

mató e intentó enterrarlo en un búnker del campo de golf que le pertenece.

—Del que soy copropietaria —corrigió Agnes, señalando a Linda con el cigarrillo para dar énfasis—. El doce por ciento. Aunque me merezco el quince. Richard Westbrook posee la mayoría. Si va a acusar a la gente de asesinato basándose en la propiedad de inmuebles, al menos acierte con los porcentajes.

Linda aceptó el apunte con un asentimiento de cabeza. —De acuerdo. Copropietaria. Esa es la primera conexión. Segundo, Gerald Summers trabajaba en la campaña de Karen Cross para la alcaldía. Usted trabaja en la campaña de Paul Westbrook para la alcaldía. Esa es la segunda conexión. Y tercero...

—No hay un tercero —interrumpió Agnes, pero ahora había algo distinto en su voz. No llegaba a ser defensiva, pero se le parecía.

—Tercero —continuó Linda, observando a Agnes con atención—, usted no hace nada sin intereses personales, y conoce todos los chismes de Shell Bay. No ocurre nada en este pueblo sin que usted se entere. Así que, o sabe quién mató a Gerald Summers, o tiene información que podría ayudarnos a descubrir quién lo hizo.

—Eso son cuatro cosas, no tres —dijo Agnes, y luego rebuscó en su bolsillo y sacó su paquete de tabaco, a pesar de que ya tenía un cigarrillo encendido en la otra mano. Parecía agitada ahora.

—Vamos, Agnes —Linda se inclinó hacia delante, con tono más suave ahora—. Sabe cómo funciona esto. Solo necesito una pista, información. Algo para descartar a quien no esté implicado. Ayúdeme a reducir el grupo de sospechosos. Alguien ha sido asesinado en Shell Bay, y eso es malo para todos. Malo para los negocios. Malo para el turismo. Malo para el valor de las propiedades. Malo para su inversión en el club de golf.

Agnes se quedó callada un momento, con el humo subiendo alrededor de su cabeza como un halo gris.

—Gerald Summers era un fraude y un mentiroso —dijo Agnes tajante—. Se pasó treinta años haciendo promesas que no podía cumplir y destruyendo los sueños de la gente. Amañó concursos de talentos, manipuló a clientes y dejó un rastro de donnadies

decepcionados tras de sí. Si busca a gente que lo odiara lo suficiente como para matarlo, va a necesitar un cuaderno más grande.

Linda lo intentó de nuevo. —¿Conocía Paul Westbrook a Gerald? —preguntó Linda—. ¿De antes de la campaña?

—Paul no conoce a nadie. Apenas se conoce a sí mismo —el desprecio de Agnes era palpable—. El chico es decorativo, no funcional. No ha conocido a nadie fuera del acaudalado círculo social de su padre.

—¿Y Richard Westbrook?

—Puede que coincidieran en algún evento de negocios. Los ricos acaban conociéndose todos —Agnes se encogió de hombros—. Pero dudo que a Richard le importara Gerald Summers lo suficiente como para matarlo. Richard soluciona los problemas con abogados y dinero, no con violencia —sus palabras tenían un matiz de incertidumbre.

Se quedaron en silencio un momento, con el humo flotando entre ellas.

—Agnes —dijo Linda finalmente—, si sabe algo, lo que sea, sobre quién mató a Gerald Summers, ahora es el momento de decírmelo. Antes de que alguien más salga herido.

—No sé quién lo mató —la voz de Agnes era monótona—. Pero sé esto. Gerald Summers se ganó muchos enemigos a lo largo de los años. Gente a la que estafó, gente a la que mintió, gente cuyas vidas arruinó. Podría haber sido cualquiera de ellos. Podría haber sido alguien de su pasado que finalmente le dio caza.

—¿Cómo quién?

—¿Yo qué voy a saber? No soy detective. Ese es su trabajo —Agnes se levantó bruscamente, dando por terminado el interrogatorio—. ¿Hemos acabado? Tengo una campaña que dirigir y un negocio que gestionar.

Linda tenía una pregunta más. Otro ángulo que explorar.

—Agnes —dijo, sin levantarse todavía, manteniendo un tono casual—. ¿Qué pasará si Paul Westbrook pierde las elecciones?

Agnes se quedó helada, con la mano en el respaldo de su silla.

—¿A qué se refiere? —Su voz era cuidadosamente neutral, pero Linda lo vio: un destello de algo en los ojos de Agnes. Algo que se

parecía mucho al miedo.

—Me refiero a que tiene el doce, o quizá el quince por ciento del club de golf condicionado a que Paul gane, ¿no es así? —Linda la observaba con atención—. Ese es el acuerdo. Usted consigue que elijan a Paul y usted recibe sus acciones. Así que, ¿qué pasa si pierde? ¿Pierde su inversión? ¿O algo más?

El rostro de Agnes se quedó muy rígido, con el cigarrillo olvidado en la mano. Por un instante, solo una fracción de segundo, Linda vio miedo real en los ojos de la mujer. No era la preocupación teatral que Agnes solía fingir, sino auténtico terror.

Y entonces, desapareció.

—Paul no va a perder —dijo Agnes con voz tensa—. ¿Lo ha visto? El chico podría presentarse con el lema de «tengo un pelo estupendo» y ganar por goleada. Karen Cross es competente pero aburrida. Marshall Evans es un chiste. Paul va a ganar.

—¿Y si no lo hace?

—Lo hará —la mano de Agnes se apretó contra la silla.

Linda se puso en pie ahora, moviéndose con cuidado, sin querer asustar a Agnes para que no se cerrara en banda por completo. —Agnes, si tiene algún tipo de problema, si hay presión de los Westbrook o de cualquier otra persona, puede decírmelo. Podemos ayudarla.

Agnes se echó a reír, volviendo a ser la de siempre.

—¿Qué le hace pensar que el asesinato tiene algo que ver con las elecciones? —Agnes abrió la puerta—. Creo que hay mucha gente que tenía motivos para querer a Gerald Summers muerto. Buena suerte buscando al adecuado.

Salió de la sala, dejando atrás únicamente el olor a humo de tabaco.

Capítulo Veintinueve

María Godson estaba en el campo de prácticas, con una postura perfecta y el club colocado exactamente como James Parker le había enseñado. Realizó el swing y la bola surcó el aire en un arco elegante sobre el green.

—¡Excelente! —exclamó James, con un entusiasmo genuino—. Le está cogiendo el truco de verdad, señora Godson. Ha sido un golpe precioso.

—Gracias, James. —María soltó su club y sonrió—. Es usted un instructor maravilloso. Muy paciente. Gordon y yo tenemos suerte de haberle encontrado.

—El alcalde es... un entusiasta del golf —dijo James diplomáticamente—. Eso es la mitad de la batalla.

—El alcalde es pésimo jugando al golf —corrigió María, riendo—. Seamos sinceros. Pero le encanta, así que supongo que eso es lo que importa.

Se quitó el guante de golf y flexionó los dedos. La tarde era fresca pero agradable, y el sol poniente proyectaba largas sombras sobre el campo.

—Será un gran cambio para ambos después de las elecciones, quiero decir. Ha sido alcalde durante ¿qué?, ¿doce años?

—Doce largos años —confirmó María—. Y estoy aliviada, sinceramente. El cargo le ha pasado factura. Todo el estrés, la responsabilidad, las críticas. Gordon no está hecho para ese tipo de presión. Es un artista, no un político. Debería haber seguido cantando.

—Parece que le ha ido bien como alcalde —opinó James.

—Ha sobrevivido como alcalde —corrigió María—. Hay una diferencia. Y ha sobrevivido principalmente porque otras personas hacían el trabajo real mientras él sonreía y saludaba —dijo esto con afecto más que con ánimo de crítica—. Pero así es Gordon. Es maravilloso siendo Gordon. Solo que no es especialmente maravilloso como administrador competente.

James sonrió. —Es usted muy franca al respecto.

—Llevo casada con él treinta y cinco años. Conozco sus puntos fuertes y sus limitaciones —María cogió su botella de agua—. Por eso estoy tan aliviada de que haya decidido respaldar a Paul Westbrook en lugar de a Karen Cross.

—¿Ah, sí? —la expresión de James siguió siendo agradable, pero María creyó detectar que su atención se agudizaba—. Eso es interesante. ¿Pensaba que apoyaba a la señora Cross?

—Lo hacía. Pero lo hablamos y le ayudé a ver que Paul era la mejor opción —María dio un sorbo de agua—. Karen está demasiado vinculada con ese terrible asesinato. Su director de campaña asesinado en el campo de golf... es un escándalo. Lo empaña todo. El legado de Gordon no necesita ese tipo de asociación.

—Tiene sentido —asintió James, dejando a un lado la cesta de bolas—. Paul Westbrook parece un nuevo comienzo. Joven, optimista, sin vínculos con ninguna polémica.

—Exacto —a María le complació que lo comprendiera—. Gordon ha tenido una carrera maravillosa. The Neon Dreamers, su etapa como alcalde, todos esos años bajo el escrutinio público. Se merece una jubilación fantástica. No quiero que nada estropee su legado.

—Desde luego que no —dijo James con calidez—. El alcalde ha servido a Shell Bay de forma admirable. Debería ser homenajeado, no arrastrado por escándalos electorales.

—Eso es exactamente lo que le dije —María radiaba satisfacción—. Y Paul es perfecto: guapo, con facilidad de palabra, de una familia de éxito. Será un alcalde excelente. Agnes Crofton dirige su campaña, y ya sabe que Agnes no apuesta por perdedores.

—He oído que es muy eficaz —murmuró James.

—Lo es. Y Richard Westbrook es un inversor tan generoso en el club de golf... Apoyar a Paul simplemente tiene sentido desde cualquier punto de vista —María contempló las hermosas instalaciones, los campos meticulosamente cuidados, la casa club renovada—. Este club va a ser la joya de Shell Bay. Gordon y yo pasaremos mucho tiempo aquí cuando se jubile. Jugando al golf, socializando, disfrutando de la vida sin el estrés de un cargo público.

—Suena de maravilla —dijo James, y su sonrisa era sincera—. Señora Godson, ¿me permitiría invitarla a una copa en el bar del club? ¿Para celebrar esta nueva etapa en sus vidas? Usted y el alcalde se merecen brindar por su jubilación como es debido.

María miró su reloj. Se estaba haciendo tarde, pero a Gordon no le importaría.

Le dedicó una gran sonrisa a James. —¡Por qué no! —dijo.

Capítulo treinta

—Me retiro de la campaña.

Karen Cross soltó el anuncio con un tono plano y derrotado que hizo que todos en Dine on the Dock dejaran lo que estaban haciendo y se quedaran mirando.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —A Jewell por poco se le cae la taza de café.

—Alguien ha asesinado a mi director de campaña —dijo Karen, como si fuera algo obvio—. ¿Se acuerdan?

—Ah. —Joseph hizo una pausa a medio bocado de su galleta—. ¿Entonces cree que alguien podría querer asesinarla a usted también?

Sarah, Jewell y Joseph estaban sentados alrededor de su mesa habitual junto a la ventana. Sarah garabateaba notas y consultaba un grueso archivador que yacía abierto frente a ella; las pestañas y los separadores creaban un arcoíris de eficiencia organizativa. Jewell y Joseph estaban bebiendo café y comiendo galletas.

El anuncio de Karen había hecho que todos se incorporaran y prestaran atención. Pero después de la pregunta de Joseph, fue Karen quien pareció sorprendida.

—Yo... no lo sé —dijo Karen, con el estómago dándole vueltas—. ¿Por qué? ¿Cree que alguien podría querer matarme? ¿Porque me

presento a alcaldesa?

Ni siquiera había considerado esa posibilidad. Había estado tan centrada en el asesinato, en el daño a su campaña, en la traición de Gordon... no se le había ocurrido que pudiera estar realmente en peligro.

—¿Quién sabe? —intervino Jewell, intentando sonar natural, pero sin conseguirlo del todo—. ¿Ha hecho algo más para que alguien sienta deseos asesinos hacia usted? Aparte de la irritación burocrática habitual, quiero decir.

—No lo creo —dijo Karen, estrujándose el cerebro—. Soy administrativa. Tramito permisos, gestiono presupuestos y me aseguro de que la basura se recoja a tiempo. ¿Por qué alguien querría matarme por eso?

—La burocracia enfurece a la gente —observó Joseph pensativo—. Una vez esperé tres meses para la renovación de un permiso de servicios de comida. Tuve sueños en los que quemaba el Ayuntamiento.

—¡Joseph! —Sarah parecía escandalizada.

—He dicho sueños, no planes —aclaró Joseph—. Hay diferencia. Pero en serio, Karen, no creo que esté en peligro. Matar a Gerald probablemente tuvo que ver con él específicamente, no con las elecciones.

—Yo tampoco lo creo —coincidió Sarah, levantando la vista de sus notas—. No hay nada en nuestra investigación hasta ahora que sugiera que podría ser un objetivo. Gerald Summers tenía muchos enemigos; gente a la que había perjudicado a lo largo de los años. Su asesinato fue probablemente personal, no político.

—¿Están progresando? —preguntó Karen, sintiendo un aleteo de esperanza. Arrimó una silla y se sentó a la mesa, inclinándose hacia delante con impaciencia—. ¿Tienen algún sospechoso? ¿Alguna pista?

Sarah y Jewell intercambiaron miradas.

—Solo un sospechoso por ahora —dijo Sarah con cautela—. Aunque no estoy convencida del todo...

—¿Quién? —exigió Karen.

Sarah suspiró y explicó lo que ella y Jewell habían presenciado en The Bean Express ese mismo día: el arrebato de ira de Marshall Evans, su acusación de que Gordon había encontrado el cuerpo, la forma en que se había marchado furioso después de que alguien murmurara «asesino».

—¿Marshall Evans? —Karen miró fijamente a Sarah, luego a Jewell y de nuevo a Sarah—. No. En absoluto. No me lo creo.

—¿Por qué no? —Sarah pareció ligeramente ofendida, con el bolígrafo suspendido sobre su cuaderno—. Tiene un motivo: su campaña está fracasando. Tiene oportunidad: conoce el campo de golf. Y claramente tiene problemas de control de ira, a juzgar por el numerito de The Bean Express.

—Es... es raro y desagradable —admitió Karen, buscando las palabras adecuadas—. Y sí, tiene un juicio pésimo y una obsesión enfermiza con los carriles bici. Pero no puedo verlo como un asesino. Es más del tipo que difunde rumores desagradables o presenta quejas insignificantes. Además, es un poco... flojo. Creo que Gerald Summers simplemente lo habría agarrado y le habría dado un buen sacudón si Marshall hubiera ido a por él. Gerald era un hombre corpulento. Marshall tiene la complexión de un neumático de bicicleta: delgado y lleno de aire caliente.

Joseph resopló café por la nariz. Jewell tuvo que ocultar su sonrisa detrás de la taza.

Sarah, sin embargo, se mostró claramente poco divertida. —Te olvidas del elemento sorpresa —dijo con rigidez—. Si Marshall atrajo a Gerald al campo de golf con falsos pretextos, Gerald no habría esperado un ataque. Eso anula cualquier ventaja física. Y según los protocolos WRISOP, no deberíamos eliminar sospechosos basándonos en suposiciones sobre sus capacidades físicas o sus personalidades.

—¿Los protocolos de qué? —preguntó Karen.

—Procedimientos operativos estándar de investigación de los Wharf Rats —explicó Jewell, con un tono que sugería que era algo tan impresionante como ligeramente ridículo—. Sarah los creó. Hay un archivador.

—Hay varios archivadores —corrigió Sarah—. La organización es la clave de una investigación exitosa. Necesitamos establecer vínculos más concretos con la víctima, verificar coartadas y reunir pruebas físicas.

—Y encontrar alguna prueba de verdad —añadió Jewell—. No solo un berrinche de Marshall en una cafetería.

—Sí, por supuesto —dijo Sarah, tomando una nota—. Las pruebas son esenciales.

—¿Cómo van a hacer eso? —preguntó Karen, con curiosidad genuina—. ¿Seguro que la policía no les dirá qué pruebas han descubierto? Linda no suele apreciar ninguna intromisión en sus investigaciones.

—No, no lo hace —admitió Sarah—. Hemos llamado a Wenda a la comisaría antes, y ha dicho que estaban ocupados interrogando a gente pero que no llegaban a ninguna parte. Así que he decidido trabajar en un ángulo diferente.

—¿Marshall Evans? —Karen seguía pareciendo escéptica.

—No. —El tono de Sarah sugería que se estaba esforzando mucho por ser paciente—. Estoy centrada en el proceso de investigación, no en defender a mi único sospechoso. Tenemos que averiguar exactamente qué estaba haciendo Gerald Summers en ese campo de golf; por qué fue allí, con quién se iba a encontrar, qué estaba buscando. Así que he concertado una entrevista para recopilar esa información. —Parecía bastante orgullosa de sí misma, enderezando la espalda.

—¿Con quién? —preguntaron Joseph, Jewell y Karen al unísono.

Sarah hizo una pausa en busca de efecto dramático.

—Con Janice Summers —anunció—. La viuda de Gerald Summers.

Hubo un momento de silencio de estupefacción.

—¿Qué has hecho qué? —dijo finalmente Jewell.

—Me puse en contacto con ella en el Dew Drop Inn esta mañana. Le expliqué que éramos amigos de Karen y que queríamos ayudar a encontrar al asesino de Gerald. Aceptó reunirse con nosotros esta tarde en el motel. Pensé que sería más cómodo para ella que venir al puerto deportivo, dado que está de duelo.

—Sarah, eso es... —Karen luchó por encontrar las palabras—. En realidad es brillante. La policía ya la ha interrogado, pero podría estar más dispuesta a compartir detalles con civiles. Cosas que no creyó que fueran lo suficientemente importantes como para contárselas a Linda.

—Eso es exactamente lo que pensé —dijo Sarah, con aspecto satisfecho—. Según Janice, Gerald recibió una llamada telefónica la noche en que murió. Una llamada que lo puso ansioso y asustado. Se marchó inmediatamente después. Si podemos averiguar más sobre esa llamada, sobre lo que Gerald estuvo haciendo en los días previos a su muerte, podríamos identificar quién tenía motivos para matarlo.

—Y si menciona el dinero del seguro, sabremos que ella también es sospechosa —añadió Jewell.

—Ya lo hizo —dijo Sarah—. Wenda nos contó que Janice le preguntó a Linda por la póliza de seguro de vida durante su interrogatorio policial. Medio millón de dólares. Lo cual es ciertamente un motivo, aunque su coartada es algo débil; estaba sola en el motel, a una hora de distancia.

—Cierto —concedió Karen. Los miró a todos—. Gracias —dijo—. Por hacer todo esto. Por apoyar mi campaña y creer en mí.

—Por supuesto que creemos en usted —dijo Joseph sencillamente —. Ha dirigido esta ciudad durante doce años mientras Gordon se echaba la siesta en su despacho. Si alguien merece ser alcalde, es usted.

—Muy bien —dijo Karen, irguiendo los hombros—. No me retiro de la campaña.

—¡Bien! —Jewell aplaudió y Joseph le sonrió. Incluso Sarah dejó de escribir notas y sonrió—. Así se habla. Pronto habremos terminado esta investigación y podrás seguir adelante para ganar las elecciones.

Karen se levantó, sintiéndose más ligera de lo que se había sentido en días. —Debería volver al Ayuntamiento. Tengo trabajo de verdad que hacer y, al parecer, una campaña que salvar. Gracias de nuevo a todos. Por esto.

Señaló la impresionante serie de archivos y notas de Sarah, las galletas a medio comer y el café frío, a las tres personas que lo habían dejado todo para ayudarla.

—Somos los Wharf Rats —dijo Joseph con una sonrisa—. Esto es lo que hacemos. Metemos las narices donde no nos llaman y, de vez en cuando, resolvemos asesinatos.

—¿De vez en cuando? —Jewell arqueó una ceja—. Tenemos un historial impecable, muchas gracias.

—Casi morimos varias veces —señaló Joseph.

—Pero resolvimos los asesinatos —rebatió Jewell—. Eso es lo que cuenta.

Mientras Karen caminaba de vuelta por el muelle hacia el aparcamiento, se sintió un poco mejor.

Capítulo treinta y uno

¿Cómo se atreve? —balbuceó Marshall Evans, salpicando gotitas de saliva por toda la mesa de la sala de interrogatorios. Linda observó fascinada cómo un rubor carmesí se extendía desde el cuello de Marshall, trepando por su rostro hasta que toda su calva pareció un faro rojo y brillante. Casi esperaba que le empezara a salir vapor por las orejas, como un personaje de dibujos animados alcanzando el colmo de la furia.

Era el último interrogatorio del día, y Linda esperaba que Marshall Evans le diera algo, lo que fuera, aunque solo fuese el atisbo de una pista que seguir. Una confesión era, probablemente, pedir demasiado.

—Señor Evans, por favor, cálmese —dijo Linda con serenidad, sin moverse de su posición relajada en la silla—. Simplemente le pido que rinda cuentas de su paradero la noche del asesinato. Es una pregunta rutinaria. Se está preguntando lo mismo a todo el mundo que tenga relación con la víctima.

—Yo no tengo ninguna relación con la víctima —dijo Marshall, con la voz subiendo a un tono que sugería lo contrario—. Apenas conocía a Gerald Summers. Intercambiamos cortesías en algunos eventos públicos. Nada más. El hecho de que me traiga aquí como a un delincuente común es un atropello. ¡Un absoluto atropello!

Llevaba una de sus camisetas de campaña: «EVANS PARA ALCALDE: PEDALEANDO HACIA EL PROGRESO», que lucía una bicicleta con alas por razones que Linda no alcanzaba a comprender. Su casco de bicicleta descansaba sobre la mesa entre ellos, como si planeara una huida rápida sobre dos ruedas.

—Nadie lo ha traído a la fuerza —dijo Linda con paciencia—. Aceptó venir voluntariamente para responder a unas preguntas. Y le agradezco su colaboración.

—Colaboración —Marshall escupió la palabra como si supiera mal —. ¿Así es como llama a esto? Acoso, más bien. Persecución política. Está intentando sabotear mi campaña al asociarme con una investigación de asesinato.

—Señor Evans, su campaña está en los sondeos al... —Linda consultó sus notas— ...ocho coma tres por ciento. No creo que yo pudiera sabotearla más de lo que ya se ha saboteado a sí misma.

Ray, de pie cerca de la puerta, emitió un sonido que podría haber sido una risa contenida. El rubor de Marshall se intensificó, si es que eso era posible.

—Esas encuestas están sesgadas. Han sido encargadas por mis oponentes. La gente real de Shell Bay —los que se preocupan por la infraestructura sostenible y el bienestar de la comunidad— me apoya. Ellos entienden mi visión de una planificación urbana integrada para bicicletas.

—Seguro que sí —dijo Linda, con un tono que sugería que no estaba segura de nada parecido—. Pero no estamos aquí para discutir su programa electoral. Estamos aquí para hablar de Gerald Summers. Así que se lo preguntaré de nuevo: ¿dónde estaba la noche del asesinato entre las siete de la tarde y la medianoche?

—Estuve con mi madre un rato. Fui a casa y me hice un sándwich. Trabajé en materiales de campaña y me fui a la cama sobre las once. —Marshall cruzó los brazos a la defensiva—. Estaba solo. Sin testigos. Pero yo no he matado a nadie.

—¿De qué era el sándwich? —preguntó Ray desde la puerta. Tanto Linda como Marshall se giraron para mirarlo.

—¿Qué? —Ray se encogió de hombros—. Es un detalle. Los detalles importan en las investigaciones.

—De crema de cacahuete y plátano —dijo Marshall, pareciendo confundido por la pregunta—. ¿Por qué importa eso?

—No importa —dijo Linda, lanzándole una mirada a Ray—. Señor Evans, ¿se le ocurre alguien que pudiera haber querido hacer daño a Gerald Summers? ¿Alguien con quien hubiera tenido conflictos?

—¿Aparte de todo el pueblo? —La voz de Marshall era amarga—. Gerald Summers era un fraude incompetente que estaba hundiendo la campaña de Karen Cross. Estaba dejando en ridículo a Shell Bay con sus tonterías de bailes de TikTok y carteles con purpurina. Todo el mundo lo odiaba.

—¿Pero alguien lo odiaba lo suficiente como para matarlo?

Marshall guardó silencio un momento, y su rubor rojo finalmente empezó a desvanecerse a un rosado más normal. —No lo sé —admitió—. Mire, el hombre no me caía bien. Pensaba que era un chiste. Pero no lo quería muerto. Solo quería que se largara y se llevara sus terribles ideas de campaña con él.

—¿Y qué hay de los Westbrook? —preguntó Linda, observando su reacción con atención—. Paul Westbrook es su oponente. ¿Ha tenido algún conflicto con él o con su padre?

El rubor de Marshall regresó al instante, con la ira asomando en sus ojos. —Los Westbrook son unos delincuentes —dijo tajante. La atención de Linda se agudizó.

—Esa es una acusación grave. ¿Tiene pruebas que la respalden?

—Tengo... —empezó Marshall, pero se interrumpió. Sus ojos esquivaron los de Linda y pareció estar manteniendo un debate interno sobre algo.

—¿Señor Evans? —instó Linda—. Si tiene información sobre alguna actividad ilegal, tiene que compartirla conmigo.

—Sobornaron a gente —soltó Marshall—. Los Westbrook. Para conseguir la licencia de obras para la ampliación del campo de golf. Pagaron a funcionarios municipales para que aprobaran sus planes de urbanización.

Linda se inclinó hacia delante. —¿A qué funcionarios?

Marshall abrió la boca y luego la cerró. El rubor rojo había vuelto, pero esta vez parecía más vergüenza que ira.

—Señor Evans —dijo Linda en voz baja—, ¿fue usted uno de los funcionarios sobornados?

—No me sobornaron —dijo Marshall rápidamente. Demasiado rápido—. Me... prometieron apoyo. Para mi campaña. Agnes Crofton dijo que me daría su respaldo, que me ayudaría a ganar, si yo facilitaba la aprobación urbanística para la ampliación del campo de golf.

Linda y Ray intercambiaron miradas. Esto era significativo.

—¿Falsificó documentos de planificación? —preguntó Linda.

—No falsifiqué nada —protestó Marshall—. Yo solo... agilicé el proceso. Me aseguré de que ciertas preocupaciones medioambientales fueran... minimizadas. Me aseguré de que la aprobación saliera adelante sin retrasos innecesarios.

—A cambio del respaldo de Agnes Crofton —dijo Linda, tomando notas cuidadosas.

—Sí. —La voz de Marshall apenas era un susurro ahora—. Dijo que tenía contactos, recursos. Dijo que podría convertirme en alcalde. Todo lo que tenía que hacer era ayudar a los Westbrook a conseguir que se aprobara su ampliación.

—¿Y le dio su respaldo?

La risa de Marshall fue amarga. —No. Consiguió sus acciones en el club de golf y luego me dejó tirado por Paul Westbrook. Dijo que él era una inversión mejor. Más elegible. Con mejor pelo.

Esto último lo soltó con especial veneno.

Linda se recostó en su silla, procesando la información. Marshall Evans se había visto envuelto en un caso de corrupción municipal, comprometiendo su cargo como concejal para ayudar a the Westbrooks a cambio de un apoyo político que nunca llegó a materializarse. Era poco ético, posiblemente ilegal, y sin duda motivo de investigación. Pero eso no lo convertía en un asesino.

—Señor Evans —dijo Linda con cautela—, voy a necesitar que preste declaración formal sobre sus tratos con Agnes Crofton y the Westbrooks. El proceso de aprobación urbanística, las promesas hechas, todo. Se trata de una falta grave.

—Lo sé —dijo Marshall con aire miserable—. Pero ellos son los verdaderos criminales, no yo.

—¿Tiene pruebas de eso? —preguntó Linda—. ¿Registros financieros? ¿Documentos? ¿Algo concreto?

—No —admitió Marshall—. Solo sospechas. Pero sé que están sucios. Lo sé.

—Las sospechas no son pruebas, señor Evans. —Linda cerró su cuaderno—. Esto es lo que va a pasar. Va a redactar una declaración detallada sobre su implicación en la corrupción de la aprobación urbanística. Nombres, fechas, promesas hechas, documentos que alteró o agilizó. Todo.

—¿Y luego qué? —Marshall parecía aterrorizado—. ¿Me detendrán?

—Eso depende —dijo Linda con franqueza—. Pero ahora mismo es testigo en una investigación de asesinato y, potencialmente, sospechoso de corrupción municipal. Ninguna de las dos cosas es buena para su campaña a la alcaldía.

—Mi campaña ya se ha acabado de todos modos —dijo Marshall con amargura—. En cuanto esto salga a la luz, estoy acabado. Todo por lo que he trabajado, destruido.

—Usted mismo lo destruyó cuando aceptó el trato de Agnes —dijo Linda, no sin cierta amabilidad—. Comprometió su integridad para obtener beneficios políticos. Eso tiene consecuencias.

Marshall se desplomó en su silla, habiendo perdido todo ánimo de pelea. De repente parecía pequeño y derrotado: un hombre de mediana edad con una camiseta de bicicletas que había tomado decisiones terribles y ahora se enfrentaba a las repercusiones.

—¿Puedo irme? —preguntó en voz baja.

—Por ahora —dijo Linda—. Pero necesitaré esa declaración formal para mañana. ¿Y señor Evans? No se marche de Shell Bay. Es posible que tengamos más preguntas.

Marshall se levantó, agarró su casco y se dirigió arrastrando los pies hacia la puerta. Se detuvo con la mano en el pomo.

—Inspector —dijo, sin darse la vuelta—, yo no maté a Gerald Summers. Pero me alegro de que alguien lo hiciera. Era un fraude y un mentiroso, igual que los Westbrook, igual que Agnes. Quizá Shell Bay esté mejor sin él.

Se marchó antes de que Linda pudiera responder. Ray cerró la puerta tras él y dejó escapar un silbido bajo.

—Vaya, eso sí que ha sido algo.

—Eso ha sido una confesión de corrupción municipal y una pista potencial sobre los Westbrook —dijo Linda, que ya estaba tomando notas—. Aunque no estoy segura de que las teorías conspirativas de Marshall sobre ellos tengan algún fundamento. Está desesperado por echarle la culpa a otro.

—Pero es cierto que Agnes le prometió apoyo y luego respaldó a Paul en su lugar —señaló Ray—. Esa parte cuadra. Y nos da más pruebas de que Agnes está metida hasta el cuello en todo este lío electoral.

—Así es. —Linda se levantó, recogiendo sus archivos—. Tengo que volver a hablar con Agnes. Presionarla sobre este trato con Marshall, sobre su acuerdo con los Westbrook, sobre qué es lo que realmente está sacando de la campaña de Paul.

—¿Crees que está implicada en el asesinato?

—No lo sé —admitió Linda—. Pero está metida en algo. Y ese algo podría estar relacionado con el motivo por el que murió Gerald Summers. —Consultó su reloj—. No es demasiado tarde. Investiguemos un poco a los Westbrook y veamos qué podemos encontrar.

—A ello voy, jefa.

Capítulo treinta y dos

El Dew InnDrop Inn había tenido tiempos mejores. El aparcamiento era de asfalto agrietado salpicado de manchas de aceite, el letrero de neón parpadeaba de forma errática y todo el edificio tenía el aire derrotado de un lugar que se había rendido hacía décadas.

—Esto es deprimente —murmuró Jewell mientras caminaban hacia la habitación 14—. Alojarse aquí podría despertarme instintos asesinos.

—Sé profesional —le recordó Sarah, aferrando su carpeta rosa de notas de campo y un cuaderno.

Sarah llamó a la puerta de la habitación 14. Hubo una pausa y luego el sonido de una cadena que se retiraba y varios cerrojos al abrirse.

Janice Summers apareció en el umbral. Tenía el pelo rojo recogido en una coleta desaliñada y llevaba una camiseta demasiado grande que bien podría haber sido de Gerald.

—Usted debe de ser Sarah —dijo Janice, mirándola de arriba abajo —. La investigadora. —Su tono era un poco sarcástico, pensó Sarah, pero decidió dejarlo pasar.

—Sí, y esta es Jewell Winslow —Sarah señaló a su compañera—. Gracias por aceptar reunirse con nosotras.

—Hmm —Janice retrocedió e hizo un gesto hacia la angosta habitación del motel. Había una cama, una silla y una mesa pequeña. No había asientos suficientes para tres personas—. Bueno, pónganse cómodas. Aunque eso es casi imposible en este antro.

Sarah ocupó la silla y Jewell se sentó en el borde de la cama.

—¿Por qué sigue aquí? —preguntó Jewell, mirando a su alrededor —. ¿Por qué no se ha marchado a casa?

Janice se sentó al otro lado de la cama y cogió una petaca, dándole un trago antes de hablar.

—Gerald pagó la habitación hasta el final de la semana —se encogió de hombros—. Como rara vez me llevaba a ninguna parte, pensé que sería una lástima desperdiciarlo.

—Entiendo —dijo Jewell, intercambiando una mirada con Sarah.

—Así que —dijo Janice— están investigando el asesinato de Gerald. ¿Por qué? La policía ya se encarga de ello. Esa Inspectora Jenkins parecía bastante competente, aunque me mirase como si fuera sospechosa.

—Estamos ayudando a Karen Cross —explicó Sarah—. El asesinato ha creado complicaciones para su campaña. Estamos intentando establecer los hechos, reunir información y, con suerte, ayudar a resolver el caso.

—¿Y son investigadoras? —el escepticismo de Janice era evidente —. ¿Las dos?

—Antes trabajaba para una agencia de detectives privados —dijo Sarah, lo cual era técnicamente cierto si se contaba responder al teléfono y archivar como «trabajar para»—. Jewell y yo hemos colaborado en varias investigaciones en Shell Bay. Tenemos experiencia.

—Pero no tienen tarjetas de visita —dijo Janice, y de repente se le iluminaron los ojos—. Ahora la recuerdo. Vino al despacho de Gerald en Victoria hace años. Haciendo preguntas sobre un asesinato en un puerto deportivo. También entonces dijo que era investigadora, pero cuando le pedí su tarjeta, dijo que se le acababan de agotar.

Sarah sintió que se le subían los colores a la cara. —Eso es... Estaba realizando indagaciones preliminares en nombre de...

—Son aficionadas —la interrumpió Janice, pero no sonaba enfadada, solo divertida— Aficionadas curiosas jugando a los detectives. Bueno, al menos es honesta.

—Puede que fuera una aficionada —dijo Sarah, indignada—, pero fui yo quien guió a la policía hasta el asesino...

—¿Quiere ayudarnos? —preguntó Jewell, interrumpiendo a Sarah —. ¿O estamos perdiendo el tiempo?

Janice se lo pensó, dando otro trago de su petaca. —Quiero que atrapen al asesino de Gerald. No porque lo amara; creo que le dejé claras mis impresiones a la Inspectora Jenkins. Sino porque no puedo cobrar su seguro de vida hasta que se resuelva la investigación. Y realmente, pero de verdad, quiero ese dinero.

—Medio millón de dólares —dijo Sarah, abriendo su carpeta y consultando sus notas—. Eso es lo que le dijo a la policía.

—Quinientos mil dólares —confirmó Janice—. Lo suficiente para alejarme por fin del legado de fracasos de Gerald y empezar de nuevo en algún lugar lejos de Shell Bay. Quizá en algún sitio con mejores moteles.

—Entonces, ¿nos ayudará? —preguntó Sarah esperanzada.

—Responderé a sus preguntas —dijo Janice—. Pero no sé mucho. Gerald no me contaba las cosas. Yo solo le hacía el café y escuchaba todos sus grandes planes, que nunca llegaban a nada.

Sarah abrió su cuaderno por una página limpia. —Señora Summers, ¿puede hablarnos de la llamada telefónica que recibió Gerald la noche en que murió? Se la mencionó a la Inspectora Jenkins; dijo que parecía asustado o ansioso.

Janet asintió y su expresión se volvió más seria. —Estábamos discutiendo. Por lo de siempre. —Señaló con un gesto la lúgubre habitación.— Le dije que estaba harta de vivir así, harta de esperar a que por fin triunfara. Él se puso a la defensiva, poniendo excusas. Entonces sonó su teléfono.

—¿A qué hora fue?

—Sobre las nueve. Quizá un poco después. —Los ojos de Janice se perdieron en la distancia, recordando.— Miró la pantalla y se le cambió la cara. Se puso pálido. Parecía asustado, algo que no era

propio de Gerald. Solía ser demasiado arrogante para tenerle miedo a nada.

—¿Vio quién llamaba? —preguntó Jewell.

—No. Apartó el teléfono para que yo no lo viera. Atendió la llamada fuera. —La mano de Janice apretó la petaca—. Cuando volvió a entrar, dijo que tenía que irse. Que había surgido algo relacionado con la campaña. Pero se le veía... alterado. Preocupado. Se fue sobre las nueve y cuarto o nueve y veinte.

—¿Dijo a dónde iba? —Sarah escribía con rapidez.

—No. Solo que eran asuntos de campaña y que volvería más tarde. —La voz de Janice se volvió tenue—. Esa fue la última vez que lo vi con vida.

—¿Mencionó que fuera a verse con alguien? ¿Con Karen, quizá? ¿O con alguien del club de golf?

—No mencionó a nadie por su nombre. Pero... —Janice hizo una pausa, frunciendo el ceño— Cuando le pregunté qué era tan urgente, dijo algo así como «control de daños».

Sarah subrayó esto en sus notas. —¿No dijo qué era lo que necesitaba controlar?

—No. Simplemente cogió su chaqueta y se marchó. —Janice miró a Sarah—. Supuse que era algo relacionado con la campaña. Gerald siempre estaba apagando fuegos, lidiando con crisis que él mismo había creado.

Sarah dijo: —Señora Summers, ¿mencionó Gerald algo sobre el club de golf en los días previos a su muerte? ¿Algo inusual o preocupante?

Janet se quedó pensando. —Fue allí una o dos veces a hacer fotos para la campaña. Estuvo hablando con la gente sobre la reforma, intentando que Karen diera buena imagen al asociarla con la inversión. Pensaba que ayudaría a su imagen: la de una candidata de éxito que traía progreso a Shell Bay. —Bufó—. Como si a alguien le importara un campo de golf.

Se quedaron sentadas en silencio un momento; el único sonido era el zumbido lejano del tráfico en la carretera y el goteo ocasional del grifo del baño.

—¿Hay algo más? —preguntó Sarah—. ¿Cualquier cosa que pueda ayudarnos a descubrir quién lo mató?

Janice se quedó callada, mirando su petaca. Entonces pareció tomar una decisión.

—Hay una cosa —dijo lentamente—. Pero no sé si tiene importancia.

—Cuéntenoslo —la animó Jewell—. Cualquier detalle podría ser relevante.

Janice se levantó y fue al pequeño armario, sacando la maleta de Gerald. Abrió la cremallera y rebuscó entre el contenido: ropa, artículos de aseo, materiales de campaña.

—Cuando estaba recogiendo las cosas de Gerald después de que la policía las devolviera, encontré esto. —Sacó una hoja de papel—. Estaba en el bolsillo de una chaqueta. Gerald era un desastre con el papeleo. Solía amontonarlo todo en su escritorio o me lo daba a mí, así que fue extraño que conservara esto.

Se lo entregó a Sarah.

Sarah bajó la vista hacia el papel y sintió que se le cortaba la respiración.

Era un fax.

Jewell se inclinó para mirar.

Todas lo leyeron en silencio.

Sarah se quedó lívida.

Jewell se llevó la mano a la boca.

Sarah no podía hablar. Su mente iba a toda velocidad, estableciendo conexiones, encajando las piezas con una claridad terrible.

El fax lo cambiaba todo.

Todo.

—¿Sarah? —la voz de Jewell era temblorosa—. Esto significa... oh, Dios, esto significa...

—Tenemos que llamar a Linda —dijo Sarah con una voz que apenas superaba un susurro—. Ahora mismo. Tenemos que llamarla inmediatamente.

Capítulo treinta y tres

Marshall Evans estaba sentado a la mesa de su cocina rodeado de materiales de campaña.

Tenía el portátil abierto frente a él, mostrando sus cifras en los sondeos.

Un ocho coma tres por ciento.

Marshall cerró el portátil con más fuerza de la necesaria y el chasquido resonó en su apartamento vacío.

Al otro lado de la habitación, los carteles de campaña se apoyaban contra la pared; su rostro sonreía bajo eslóganes sobre el progreso y la sostenibilidad. Ahora se mofaban de él, esos carteles. Cientos de ellos, impresos a sus propias expensas, pegados por todo Shell Bay solo para ser arrancados o vandalizados.

Alguien le había dibujado un bigote a uno de ellos. Otro tenía la palabra «ASESINO» pintada con espray sobre su rostro. Y alguien había usado un rotulador negro para dibujar algo innombrable alrededor de su cabeza calva en otro.

Así era como lo llamaban ahora. No «concejal Evans». Ni «el de los carriles bici». Simplemente «asesino».

Linda Jenkins quería pruebas. Pruebas concretas de que los Westbrook eran unos criminales.

De acuerdo.

Él le conseguiría las pruebas.

Marshall abrió de nuevo su portátil y entró en la base de datos de urbanismo de la ciudad. Tenía acceso de administrador, uno de los pocos privilegios de ser concejal. Navegó por permisos, aprobaciones y declaraciones de bienes, buscando cualquier irregularidad.

La ampliación del Shell Bay Golf Club se había aprobado hacía ocho meses. Marshall lo recordaba porque él mismo había sido quien la impulsó, agilizando la evaluación de impacto ambiental, minimizando las preocupaciones sobre la alteración de humedales, asegurándose de que los millones de Richard Westbrook pudieran fluir libremente hacia el proyecto.

Todo por el respaldo prometido de Agnes, que nunca llegó.

Marshall consultó los registros financieros. Cinco millones de dólares en gastos de renovación. Casa club nueva, sistemas de riego actualizados, aparcamiento ampliado, hoyos rediseñados. Todos eran gastos legítimos.

Pero Richard Westbrook poseía un patrimonio de al menos cincuenta millones. ¿Por qué invertir cinco millones en un campo de golf en Shell Bay? El pueblo apenas tenía suficientes golfistas para mantener un campo, y mucho menos para justificar este tipo de expansión. El retorno de la inversión tardaría décadas.

A menos que el campo de golf no fuera realmente por el golf.

Marshall empezó a indagar más a fondo, cruzando registros de empresas, transferencias de propiedad y estructuras corporativas. El Shell Bay Golf Club era propiedad de Westbrook Properties Ltd., que era una filial de Westbrook Developments Inc., que tenía participaciones en Vancouver, Victoria y Seattle.

Una estructura corporativa normal. Nada sospechoso ahí.

Pero entonces Marshall notó algo extraño. Hacía tres meses, se había producido una importante inyección de capital en la cuenta de explotación del club de golf. Dos millones de dólares transferidos desde una cuenta que solo estaba identificada por números.

El pulso de Marshall se aceleró. Eso no figuraba en ningún registro público. Solo lo había encontrado porque su acceso como concejal le

permitía ver las declaraciones de impuestos municipales del club de golf, que incluían resúmenes de cuentas bancarias.

Dos millones de dólares desde una cuenta no identificada.

Marshall hizo una captura de pantalla con su teléfono. Esto era algo. No era una prueba de blanqueo de capitales, pero era lo bastante sospechoso como para justificar una investigación.

Siguió buscando, intentando encontrar más irregularidades. Pasó una hora, luego dos. El café se le enfrió. Su apartamento se oscureció a su alrededor, pero no se molestó en encender más luces.

Finalmente, Marshall se reclinó en su silla y se frotó los ojos.

Tenía sospechas. Tenía una transacción financiera cuestionable. Pero no tenía pruebas.

Necesitaba más. Algo que demostrara que los Westbrook estaban utilizando el campo de golf para fines ilegales.

Y sabía dónde encontrarlo.

En la oficina del club de golf.

Marshall se levantó con la decisión tomada. Era imprudente y posiblemente delictivo, pero gracias a Agnes, probablemente se enfrentaría a una investigación sobre el proceso de planificación del club de golf. Y dado que su intención de voto para la alcaldía estaba por los suelos, ¿qué tenía que perder?

Capítulo treinta y cuatro

—¿Has venido a ayudar?

Natalie miró con severidad a su tía Agnes, que había aparecido por la entrada trasera de la cafetería The Bean Express con un cigarrillo ya colgando de los labios a pesar de que acababa de entrar.

—¿Aún no has terminado? —replicó Agnes— Pensé que ya te habrías marchado.

Era tarde y empezaba a oscurecer. La cafetería llevaba horas cerrada, pero Natalie seguía limpiando: repasaba las mesas, reponía las existencias y hacía todo el trabajo que Agnes debería haber hecho, pero que había delegado en su sobrina mal pagada. Natalie estaba a punto de lanzarse a una parrafada sobre cómo la dejaba sola al frente de todo el negocio, sobre que solo le pagaba una miseria y sobre aquel aumento de sueldo que Agnes siempre le prometía, cuando notó algo extraño en su tía.

—¿Qué te pasa? —la ira de Natalie se desinfló un poco— Pareces... cansada.

Cansada no era la palabra adecuada. Agnes parecía preocupada. Ansiosa, incluso. Aquello era inusual. Agnes no se ponía ansiosa. Lo de Agnes era la confianza de fumadora empedernida, los tratos de negocios despiadados y los comentarios mordaces. Pero en ese

momento, bajo la tenue luz de la parte trasera de la cafetería, Agnes parecía de algún modo mermada.

—Estoy bien —dijo Agnes automáticamente, aunque las manos le temblaban ligeramente mientras encendía un cigarrillo nuevo con el que acababa de apagar.

—Estás fumando más de lo habitual —observó Natalie—. Y eso es decir mucho, considerando que tu punto de partida normal es el de una «chimenea humana».

—Qué graciosa. —Agnes dio una fuerte calada a su cigarrillo y exhaló un chorro de humo— Solo estoy cansada. Ha sido un día largo. Muchas tonterías de la campaña con Paul.

—¿Cómo va eso? —preguntó Natalie, reanudando la limpieza pero sin perder de vista a su tía— La campaña, quiero decir.

—Es... —Agnes hizo una pausa, pareciendo esforzarse por encontrar las palabras— Es complicado.

—Paul es demasiado tonto para ganar —dijo Natalie sin tapujos— Todo el mundo lo sabe. Es guapo, pero tiene la profundidad intelectual de un charco. Sin ánimo de ofender a los charcos.

Agnes soltó una risa seca que sonó más amarga que divertida.

—Entonces, ¿por qué sigues en ello? —Natalie dejó el trapo de limpieza y se apoyó en el mostrador— ¿Por qué perder el tiempo en una campaña que no puede ganar?

—Porque tengo que hacerlo —dijo Agnes en voz baja.

—No tienes por qué hacer nada. Eres Agnes Crofton. Tú pones tus propias reglas. —Natalie frunció el ceño— ¿Qué está pasando de verdad?

Agnes se quedó en silencio durante un largo rato, fumando, mirando a la nada. Entonces pareció desmoronarse, con los hombros caídos.

—Me he metido demasiado a fondo —dijo finalmente— Con The Westbrooks. Con la campaña de Paul. Con... todo esto.

Natalie se enderezó. Nunca había oído a su tía admitir que algo la superara.

—¿A qué te refieres con demasiado a fondo?

—Me refiero a que es imposible que elijan a Paul. Tienes razón, es demasiado lerdo. Cada vez que abre la boca en público, me muero

de vergüenza. No es capaz de recordar los argumentarios. No entiende las políticas básicas. Cree que las «infraestructuras municipales» son un tipo de pasta. —Agnes dio otra larga calada—. Y si él no gana, yo lo pierdo todo.

—¿Las acciones del club de golf? —preguntó Natalie—. ¿Y qué? Olvídalas. Vete. No necesitas el dinero. Tienes este sitio; tienes inversiones. El quince por ciento de un club de golf no vale este tipo de estrés.

—No se trata del dinero —dijo Agnes con voz tajante—. Nunca se ha tratado del dinero. No realmente.

—¿Entonces de qué se trata?

Agnes volvió a guardar silencio, y Natalie observó cómo su tía parecía envejecer ante sus ojos. Los rasgos duros que solían definir a Agnes Crofton, el ingenio agudo, la confianza despiadada, la actitud de no hacer prisioneros... todo parecía suavizarse, revelando algo vulnerable en su interior.

—Se trata del juego —dijo Agnes finalmente—. Del trato. Del desafío. Veo una oportunidad y la aprovecho. Hago que las cosas sucedan. Muevo los hilos. Gano. —Apagó el cigarrillo con más fuerza de la necesaria—. Es solo mi forma de ser. Siempre he sido así.

—Así que es tu ego el que habla —dijo Natalie—. Hiciste un trato y no quieres admitir que apostaste por el caballo equivocado.

—Es más complicado que eso. —Agnes encendió otro cigarrillo; las manos todavía le temblaban un poco—. The Westbrooks... no son gente de la que uno se pueda alejar así como así. Tienen una reputación. Una vez que estás dentro, una vez que has hecho un trato con ellos, es difícil salir.

Natalie sintió un escalofrío recorriéndole la espalda. — ¿Qué clase de reputación?

—De la que hace que a la gente que los decepciona le suelan pasar cosas malas. —La voz de Agnes era monótona—. Fracasos empresariales. Accidentes misteriosos. Problemas financieros repentinos que destruyen años de trabajo.

—¿Estás diciendo que the Westbrooks son peligrosos? —preguntó Natalie con los ojos muy abiertos.

—Estoy diciendo que se toman muy, muy en serio conseguir lo que quieren. —Agnes exhaló el humo— Y lo que quieren es a Paul como alcalde. Lo necesitan como alcalde. Y yo les prometí que podría hacer que eso ocurriera.

—Pero no puedes —dijo Natalie lentamente, empezando a comprender—. Así que, si Paul pierde...

—Entonces habré fallado a mi promesa —susurró Agnes— Y the Westbrooks no toleran el fracaso.

—Esa es una frase de El Padrino —dijo finalmente Natalie, intentando inyectar algo de ligereza a la atmósfera, de repente tan pesada— Lo sabes, ¿verdad? «Una vez que estás dentro, es difícil salir». Parece que hayas hecho un trato con la mafia.

—Quizá lo he hecho —dijo Agnes, y no parecía estar bromeando.

—¿Así que te vas a rendir sin más? —La voz de Natalie sonó de pronto muy alta, y Agnes se sobresaltó ligeramente.

—No sé qué hacer.

—¿En serio? ¿No se te ocurre ningún plan? ¿A la gran Agnes Crofton, que siempre sale ganando?

Agnes miró fijamente a su sobrina. —Bueno, si eres tan lista, ¿por qué no se te ocurre a ti un plan? —frunció el ceño, pareciéndose un poco a la antigua Agnes.

—Muy bien —dijo Natalie—, siéntate. Prepararé café. Vamos a solucionarlo.

Capítulo treinta y cinco

Marshall cogió su mochila y metió en ella su linterna, el móvil y una linterna frontal.

El trayecto hasta el club de golf le llevó veinte minutos. La noche de septiembre era fresca pero no fría, y Marshall rompió a sudar ligeramente mientras pedaleaba por las calles desiertas de Shell Bay.

A Marshall le ardían las piernas mientras subía la colina hacia el campo de golf. Respiraba con dificultad para cuando llegó al desvío, con su camiseta de campaña pegada a la espalda por el sudor.

Aminoró la marcha al acercarse y se detuvo por inercia al borde del aparcamiento.

Vacío. Completamente vacío.

La casa club estaba a oscuras, a excepción de unas pocas luces de seguridad que iluminaban la entrada principal. Los carritos de golf estaban en sus estaciones de carga cerca del edificio de mantenimiento, alineados como centinelas dormidos. Ni coches ni movimiento ni señales de vida.

Perfecto.

Marshall se bajó de la bicicleta y la llevó a pie por el aparcamiento, manteniéndose en las sombras. La apoyó contra un lateral del edificio de mantenimiento, oculto a la vista de la carretera, y se puso la mochila.

Luego se ajustó el frontal, acomodando la banda elástica alrededor de su frente.

Vio su reflejo en una de las ventanillas de un carrito de golf y puso una mueca. Parecía ridículo: un hombre de mediana edad con casco de bicicleta y un frontal, a punto de cometer un delito. Si alguien lo viera, o bien llamaría a la policía o se moriría de risa.

Probablemente ambas cosas.

Marshall recorrió el perímetro de la casa club, probando las puertas. La entrada principal estaba cerrada, tal como esperaba. La entrada lateral junto a la tienda del club... también cerrada. La entrada de servicio por las cocinas... cerrada.

Sacudió cada pomo uno tras otro, y su frustración fue en aumento. Quizá aquello había sido una idea estúpida. Quizá debería limitarse a volver a casa, aceptar la derrota y retirarse de la carrera con la poca dignidad que le quedara...

La puerta trasera, por la zona de mantenimiento, cedió ligeramente cuando tiró de ella.

Marshall se quedó helado, sin atreverse apenas a respirar. Lo intentó de nuevo, tirando con más firmeza.

La puerta se abrió.

Abierta. Alguien se la había dejado abierta.

Marshall se quedó en el umbral, esperando a que saltara una alarma. Seguramente un club de golf tan lujoso y renovado tendría sistemas de seguridad. En cualquier momento empezarían a sonar las sirenas, las luces parpadearían y sería pillado con las manos en la masa.

Pasaron cinco segundos.

Diez.

Veinte.

Nada.

Ni alarma. Ni sirenas. Solo el viento y el lejano estruendo de un trueno.

Marshall se escabulló dentro y cerró la puerta con cuidado tras de sí.

Marshall se quedó quieto un momento, escuchando. Ni rastro de guardias de seguridad ni de personal de limpieza. Solo su propia

respiración, demasiado estrepitosa en el silencio.

Avanzó por el pasillo hacia las oficinas administrativas, con sus pasos silenciosos sobre la mullida moqueta. Sabía a dónde se dirigía: al despacho de Richard Westbrook, el que había visitado varias veces durante el proceso de aprobación urbanística.

La puerta del despacho estaba cerrada pero no con llave. Marshall giró el pomo y entró.

El despacho estaba exactamente igual a como lo recordaba: un escritorio grande con un ordenador, archivadores por toda una pared, una estantería con carpetas y documentos. La ventana daba al green del hoyo dieciocho, ahora apenas visible en la oscuridad.

Marshall cerró la puerta tras de sí y se fue directo a los archivadores.

Abiertos.

Marshall empezó a sacar carpetas, con el frontal iluminando cada documento mientras los hojeaba. Extractos financieros, contratos de construcción, permisos, facturas. Todo parecía legítimo a simple vista, organizado profesionalmente.

Recorrió metódicamente los archivadores, cajón por cajón, con su entusiasmo inicial desvaneciéndose en frustración. Todo parecía normal.

Lo siguiente era el escritorio. Marshall probó los cajones... también estaban abiertos, a excepción del de abajo.

El primer cajón contenía material de oficina. El segundo tenía expedientes del personal del club de golf. Nada incriminatorio.

Marshall forcejeó con el cajón de abajo. No se abría. Lo sacudió de nuevo y soltó un juramento por lo bajo.

Marshall estaba tan ensimismado que no oyó los pasos al principio.

Para cuando se percató del sonido, ya estaban cerca. En el pasillo y dirigiéndose al despacho.

El corazón de Marshall golpeó contra sus costillas. Su frontal osciló cuando levantó la cabeza de golpe, proyectando sombras erráticas por las paredes.

Los pasos se detuvieron justo delante de la puerta.

Marshall miró a su alrededor frenéticamente. La ventana... no había escapatoria. Debajo de la mesa... demasiado obvio. El armario... demasiado lejos.

Su mano se cerró sobre algo pesado que había en el escritorio. Un pisapapeles de latón macizo con forma de bola de golf. Sin pensarlo, lo agarró con fuerza.

El pomo de la puerta empezó a girar.

Marshall levantó el pisapapeles, con el brazo armado, su cuerpo tenso por la adrenalina y el miedo. ¿Debería esconderse? ¿Debería lanzarlo? ¿Debería...?

La puerta se abrió de golpe.

Una figura entró en el despacho, a contraluz por la iluminación de emergencia del pasillo. Marshall no podía verle la cara, solo la silueta.

Marshall se quedó petrificado, con el pisapapeles en alto y su frontal apuntando directamente a la figura como un foco. Su mente repasaba las opciones a toda velocidad... esconderse, correr, atacar, dar explicaciones...

—Hola, Marshall —dijo la figura con calma, adentrándose del todo en la habitación.

Capítulo treinta y seis

Linda se quedó mirando el muro de la investigación con una frustración que le daban ganas de tirar algo. Preferiblemente al propio tablero, que parecía burlarse de ella con su maraña de nombres, fechas y signos de interrogación que no conducían a ninguna parte.

Ray y ella estaban trabajando hasta tarde. Wenda se había ido hacía horas y el teléfono no dejaba de sonar en recepción. Linda lo ignoró.

—¿Jefa?

Linda se giró y vio a Ray en el umbral, con una carpeta gruesa en la mano y una expresión que sugería que lo que hubiera dentro no iba a mejorar su humor.

—Dime que tienes buenas noticias, por favor —dijo Linda.

—Define «buenas» —respondió Ray, acercándose a ella—. Tengo noticias.

Linda suspiró. —¿Qué has encontrado?

Ray abrió la carpeta y sacó varias páginas impresas: artículos de prensa, informes policiales, registros mercantiles. —He estado investigando a los Westbrook como me pediste. El historial empresarial de Richard Westbrook, sus tratos financieros, cualquier queja o investigación.

—¿Y?

—Y los Westbrook han sido objeto de múltiples investigaciones por fraude en los últimos quince años. —Ray extendió los documentos sobre la mesa—. Blanqueo de capitales, evasión fiscal, fraude de valores. Tres investigaciones distintas en tres jurisdicciones diferentes: Vancouver, Seattle y Victoria.

Linda sintió un atisbo de esperanza. —Eso es importante. ¿Cuáles fueron los resultados?

—Ahí es donde se pone interesante. Ninguna llegó a nada. Las tres investigaciones se cerraron antes de que se presentaran cargos.

—¿Por qué?

—¿Oficialmente? Pruebas insuficientes. Los testigos se negaron a colaborar. Documentos clave que desaparecieron. Rastros documentales que deberían haber llevado a alguna parte y que simplemente... se detuvieron. —Ray señaló uno de los informes—. Pero, ¿leyendo entre líneas? Creo que los testigos fueron intimidados.

Linda cogió uno de los artículos, una pieza del Vancouver Sun de 2018 sobre una investigación por fraude fallida. —¿Intimidados cómo?

—No se puede demostrar, pero fíjate en el patrón. —Ray sacó otro documento—. Investigación de Vancouver, 2018. El testigo principal era un antiguo socio comercial que afirmaba que Richard Westbrook utilizaba promociones inmobiliarias para blanquear dinero. Dos semanas antes de la fecha prevista para testificar, el testigo retiró su declaración. Dijo que se había equivocado, que había entendido mal los acuerdos financieros.

—Podría haber sido legítimo —dijo Linda, aunque no se lo creía.

—Quizá. Salvo que, seis meses después, ese mismo testigo se declaró en quiebra. Su negocio se hundió. Lo perdió todo. —Ray sacó otra página—. Aquí hay otro. Un denunciante afirmó que Westbrook Developments estaba implicado en un fraude de valores, vendiendo inversiones en propiedades que no existían o que estaban muy sobrevaloradas. El denunciante estaba dispuesto a entregar registros financieros que lo demostraran.

—¿Qué pasó?

—La noche antes de reunirse con los investigadores, entraron en su oficina. Le robaron todos los archivos. Borraron los discos duros de los ordenadores. Las copias de seguridad en la nube se corrompieron misteriosamente. —La voz de Ray era plana—. Dos días después, retiró la denuncia. Dijo que se lo había pensado mejor, que no quería el estrés de una investigación.

Linda sintió que su frustración se convertía en ira.

—Los Westbrook siguen un patrón, jefa. En cuanto alguien se acerca demasiado a desenmascararlos, esa persona empieza a tener muy mala suerte de repente. Luego se retiran discretamente y se abandona la investigación.

—Así que Richard Westbrook está potencialmente implicado en fraude, blanqueo de capitales e intimidación de testigos. Y ha invertido millones en el campo de golf de Shell Bay. ¿Y si es una tapadera para algo más? ¿Y si Gerald Summers descubrió algo? —se preguntó Linda en voz alta.

—Eso es lo que yo pienso —asintió Ray—. Pero demostrarlo es otra historia. Los Westbrook son muy, muy buenos borrando sus huellas. Y cualquiera que se acerque a exponerlos acaba echándose atrás.

—Pero ¿y si esta vez Gerald Summers intentó chantajearlos? Él también era un poco sinvergüenza. ¿Y si fue Richard Westbrook quien lo llamó, lo atrajo al campo de golf y lo mató? —La mente de Linda trabajaba a toda velocidad.

—Hay un problema con esa teoría —dijo Ray con cautela.

—¿Cuál?

—Si los Westbrook están realmente metidos en temas serios de fraude y blanqueo de capitales, si han intimidado con éxito a testigos y han descarrilado múltiples investigaciones, ¿de verdad matarían a Gerald ellos mismos? ¿No habrían encargado a alguien más profesional que lo hiciera?

Linda hizo una pausa. Era un buen argumento. Liarse a golpes con un palo de golf en la cabeza de alguien y enterrarlo en un búnker no era precisamente un asesinato por encargo. Había sido algo chapucero y visceral, casi desesperado.

Lo cual apuntaba de nuevo a alguien con menos experiencia. Alguien que actuaba por pánico en lugar de planificación.

—No lo sé —admitió Linda, volviendo a su frustración—. Nada en este caso tiene sentido. Tenemos demasiados sospechosos con demasiados motivos, y no suficientes pruebas para descartar a nadie.

—Lo averiguaremos —dijo Ray, aunque incluso él sonaba menos seguro de lo habitual.

Linda miró el reloj. Casi las nueve de la noche. Llevaba trece horas seguidas en la comisaría y no estaba más cerca de resolver este asesinato.

—Vete a casa —le dijo a Ray—. Descansa un poco. Mañana empezaremos de cero.

—Eh... ¿disculpen?

Linda y Ray se dieron la vuelta y vieron a Tyler allí de pie.

—¿Qué hace aquí? Es tarde.

Tyler asintió. —Sí, bueno, estoy aquí arreglando el fax. ¿Se lo pueden creer? El sargento de estado mayor Croud tenía razón. El fax estaba estropeado y necesitaba una pieza nueva, y no creía que pudiera encontrar ninguna, pero entré en eBay...

—Tyler, ¿quiere algo? —le interrumpió Linda.

—Bueno, sí. Lo he arreglado y lo he encendido y ha entrado un fax de verdad. —Tyler hablaba con asombro, como si hubiera despertado a un dinosaurio dormido—. Es decir, tiene fecha de hace un mes, pero debía de estar guardado en la memoria, y creo que...

—Déjelo ahí, Tyler. Ahora mismo estamos ocupados con una investigación de asesinato.

—Sí, pero... —Tyler intentó hablar, pero fue interrumpido de nuevo.

—¡Hoooolaaaa! ¿Hay alguien? —gritó una voz desde la recepción.

—Por el amor de Dios, ¿ahora qué? —Linda se frotó la cara y luego salió de la sala de operaciones hacia la recepción.

—Oh, no —gruñó Linda al ver a Sarah y a Jewell allí plantadas—. ¿Qué hacen aquí?

—¿Es que nunca cogen el teléfono en este sitio? —exigió Sarah—. ¿Ni responde al móvil?

Linda buscó en su bolsillo. Tenía el móvil apagado. Pulsó el botón de encendido y este vibró con una docena de notificaciones.

—¿Qué pasa? —preguntó ella—. Estoy en medio de una investiga... oh, no. No habrán vuelto a interferir, ¿verdad? Porque si lo han hecho...

—Acabamos de estar con Janice Summers —dijo Sarah.

—¿Qué? No pueden...

—¡Da igual! —casi gritó Sarah—. Tiene que mirar este fax —dijo, agitando un papel ante Linda.

—¿Qué pasa hoy con los faxes? ¿Se ha teletransportado esto a los años ochenta o qué?

Linda estaba a punto de coger el papel de la mano de Sarah cuando su móvil vibró. Contestó la llamada y se puso el teléfono en la oreja. Al cabo de un momento, colgó.

—Sea lo que sea, tendrá que esperar, Sarah. ¿Ray?

El sargento apareció en la recepción. —¿Qué ocurre, jefa?

—Tenemos que irnos. Alguien ha entrado en el club de golf.

Capítulo treinta y siete

Marshall se quedó petrificado, con el pisapapeles en alto y la linterna frontal apuntando directamente a la figura que estaba en el umbral.

La figura entró del todo en la habitación.

Agnes Crofton.

—Marshy, Marshy —dijo Agnes, con una voz que mezclaba diversión y exasperación. Marshall bajó un poco el pisapapeles, con el corazón todavía a mil por hora—. ¿Agnes? ¿Qué demonios hace usted aquí?

—Podría preguntarle lo mismo. —Agnes cerró la puerta del despacho tras de sí y se adentró en la estancia, entornando los ojos ante el haz de la ridícula linterna frontal de Marshall—. ¿Podría apuntar con esa cosa a otro lado? Parece usted un minero demente.

Marshall bajó la cabeza, de modo que la luz iluminaba ahora el escritorio en lugar del rostro de Agnes. —Estoy buscando pruebas —susurró, manteniendo la voz baja a pesar de su enfado—. Pruebas de que los Westbrook son unos corruptos. De que están usando el campo de golf para el blanqueo de capitales o el fraude o...

—Sé para qué lo están usando —interrumpió Agnes con calma.

Marshall se la quedó mirando. —¿Lo sabe?

—Por supuesto que lo sé. No soy idiota, Marshall. Al contrario que otras personas. —Agnes sacó un cigarrillo y lo encendió, sin mostrar la menor preocupación por encontrarse en el despacho de Richard Westbrook en mitad de la noche—. La pregunta es: ¿qué piensa hacer usted al respecto?

—Voy a desenmascararlos —dijo Marshall con ferocidad—. Voy a llevarle estas pruebas a Linda Jenkins y demostrar que Richard Westbrook es un criminal. Y cuando la campaña de Paul Westbrook se hunda porque su padre está bajo investigación, todavía tendré posibilidades de ganar.

—Está usted en el ocho coma tres por ciento en los sondeos —sentenció Agnes.

—No me importa. No voy a permitir que ese idiota de Paul Westbrook gane. —La voz de Marshall subió de tono, para luego volver a bajar a un susurro airado—. Es un imbécil. Una cara bonita sin nada detrás. No debería ser alcalde. Yo debería ser el alcalde. He trabajado durante años en el ayuntamiento. Yo sí que he hecho cosas. Me lo merezco.

Agnes dio una calada a su cigarrillo, estudiándolo. —¿De verdad cree que desenmascarar a los Westbrook salvará su campaña?

—Es mi única oportunidad. Si puedo demostrar que son unos criminales, si puedo demostrar que toda la campaña de Paul se financia con dinero ilegal...

—Entonces será usted el héroe que destapó la corrupción —terminó Agnes—. Y tal vez, solo tal vez, los votantes recuerden que existe.

—Exactamente. —Marshall apretó el pisapapeles con más fuerza —. Así que, ¿qué hace usted aquí? ¿Va a intentar detenerme?

Agnes se quedó callada un momento, fumando, con expresión inescrutable. Entonces tomó una decisión.

—No —dijo—. Voy a ayudarle.

Marshall parpadeó. —¿Qué?

—He dicho que voy a ayudarle. —Agnes se acercó al escritorio y examinó los documentos que Marshall había estado leyendo—. Ha encontrado parte, pero esto no es suficiente.

Todavía desconcertado, Marshall señaló el cajón cerrado con llave. —No consigo abrir eso.

Agnes bufó. Examinó la cerradura del cajón, sacó una fina herramienta metálica de su bolsillo y se puso manos a la obra.

—¿Sabe abrir cerraduras? —preguntó Marshall, incrédulo.

—Sé hacer muchas cosas, Marshy. Se sorprendería. —La cerradura cedió con un clic—. Ya está. Veamos qué tenemos aquí.

Marshall se inclinó, iluminando con su linterna el contenido del cajón.

Más documentos y carpetas.

—Necesitamos algo que demuestre que los Westbrook han estado usando el campo de golf para blanquear dinero —dijo Agnes—. Y pruebas de que cualquiera que se les cruza suele sufrir accidentes desafortunados.

Marshall levantó la vista hacia ella. —¿Por qué me ayuda? Usted dirige la campaña de Paul. Si esto sale a la luz, él pierde.

—Paul va a perder de todos modos —dijo Agnes con amargura—. Es demasiado estúpido para ganar, por mucho que yo intente sacarle brillo. Y si él pierde, los Westbrook... —Se interrumpió, y su expresión se ensombreció—. Digamos que prefiero hundirlos yo a esperar a que ellos me hundan a mí.

Marshall la miró fijamente, comprendiéndolo por fin. —Les tiene miedo.

—Soy práctica —corrigió Agnes—. Y el sentido práctico dice que los Westbrook son peligrosos, y necesito salirme de este trato antes de que... —Se detuvo de golpe.

Marshall también lo oyó.

Sirenas. Cada vez más cerca.

Y a través de la ventana, luces azules destellando, reflejándose en las calles del campo de golf, mojadas por la lluvia.

—Oh, no —susurró Marshall—. Oh, no, no, no...

—La alarma —dijo Agnes con voz tensa—. Ha debido de ser silenciosa.

Las sirenas estaban ya justo fuera. Puertas de coche cerrándose de un portazo. Voces gritando.

Marshall cogió algunos documentos y carpetas presa del pánico. —Tenemos que salir de aquí.

—Demasiado tarde —dijo Agnes, moviéndose ya hacia la puerta—. Están en la entrada. Estamos atrapados.

La puerta del despacho se abrió de golpe.

Linda Jenkins estaba en el umbral, con Ray Reynolds detrás de ella; los dos llevaban linternas. Tras ellos, con el rostro encendido de furia, estaba Richard Westbrook.

La linterna de Marshall los iluminó a los tres, proyectando sombras extrañas por todo el despacho.

—Concejal Evans —dijo Linda con voz fría—. Y señora Crofton. Esto es inesperado.

—Allanamiento de morada —gruñó Richard Westbrook, abriéndose paso entre los agentes de policía—. En mi despacho. Revisando mis documentos privados. Quiero que los detengan. Inmediatamente.

—Vamos, Richard... —empezó Agnes, pero Richard la cortó.

—Nada de «Richard», Agnes. Se supone que trabaja para mí. ¿Y en lugar de eso entra en mi despacho como una delincuente común?

—Técnicamente, el que ha entrado por la fuerza ha sido Marshall —dijo Agnes—. Yo simplemente pasaba por aquí.

Marshall se quedó allí aferrado a los papeles, con la linterna frontal oscilando frenéticamente mientras miraba de Linda a Richard, luego a Agnes y vuelta a empezar.

—Puedo explicarlo —dijo Marshall desesperado—. ¡Tengo pruebas de que está blanqueando dinero a través del campo de golf! Pruebas de que ha estado sobornando a funcionarios e intimidando a testigos y...

—Concejal Evans —dijo Linda tajante—, le sugiero que deje de hablar.

Agnes le lanzó a Marshall una mirada que decía: *¿De qué estás hablando ahora?*

—Es un criminal. —Marshall señaló salvajemente a Richard, con su linterna creando un efecto de discoteca en el oscuro despacho—. Miren estos documentos. Lo demuestran todo.

Agnes se dio cuenta de que Marshall iba de farol, pero le respaldó. —Sí. Montones y montones de pruebas. Estoy muy decepcionada,

Richard. Pensar que iba a jugarme mi reputación por usted y por su idiota de hijo.

Richard dijo con frialdad: —No son más que dos ladrones que han asaltado mi despacho y ahora lanzan acusaciones disparatadas para encubrir su delito.

—Señor Westbrook —dijo Linda en tono profesional—, voy a necesitar que salga mientras aseguramos la escena del crimen. Ray, asegúrate de que nadie toque nada.

—Quiero que los detengan —repitió Richard—. A los dos. Allanamiento de morada, robo, intento de chantaje...

—Ya nos ocuparemos de los cargos —dijo Linda—. Pero ahora mismo necesito que todo el mundo se calme.

—¿Dónde diablos está James Parker? —exigió Richard de repente, mirando a su alrededor como si su profesional de golf pudiera materializarse de entre las sombras—. Él debería ser el punto de contacto para la seguridad. ¡Él debería estar aquí encargándose de esto!

—¡Que todo el mundo se calle! —La voz de Linda cortó la discusión—. Marshall, deje los documentos. Agnes, apártese del escritorio. Ray, pide refuerzos y haz que vengan los técnicos de la escena del crimen. Quiero que se fotografíe y se documente todo.

Marshall dejó los archivos a regañadientes, con los hombros hundidos. Su ridícula linterna frontal seguía encendida, apuntando ahora al suelo, creando un charco de luz que le hacía parecer aún más patético.

Agnes se alejó del escritorio, sacando otro cigarrillo con manos que temblaban ligeramente.

—No se puede fumar aquí —dijo Ray.

—Demándeme —masculló Agnes, encendiéndolo de todos modos.

Linda miró a Marshall, luego a Agnes y después los documentos esparcidos por el escritorio.

—Yo me encargaré de esto —dijo—. Pero, señor Westbrook, voy a tener que examinar esos documentos como parte de la investigación. Si el concejal Evans ha lanzado acusaciones de actividad ilegal, estoy obligada a investigarlas.

La expresión de Richard no cambió. —Esos documentos son registros comerciales privados. Protegidos por acuerdos de confidencialidad y por el secreto profesional.

—Ya veremos qué dice el juez sobre eso —replicó Linda.

Entonces sonó el teléfono de Linda.

Capítulo treinta y ocho

Karen Cross estaba sentada a solas en su despacho del Ayuntamiento, rodeada de un papeleo que debería haber gestionado hace semanas. Informes presupuestarios, solicitudes de permisos, memorandos interdepartamentales... todo el trabajo administrativo mundano que mantenía en funcionamiento Shell Bay mientras el resto del mundo se centraba en asesinatos y campañas a la alcaldía.

Eran casi las diez de la noche. El edificio estaba vacío, a excepción del guardia de seguridad de la planta baja y de Karen.

Entre el asesinato de Gerald, la traición de Gordon y la investigación de los Wharf Rats, la mente de Karen no dejaba de dar vueltas el tiempo suficiente como para permitirle descansar.

Así que trabajaba. Porque el trabajo era algo que podía controlar. El trabajo tenía sentido.

Había estado clasificando las fotografías antiguas, las que había sacado cuando Gordon fue a decirle que apoyaría a Paul. La mayoría de ellas iban a volver al archivo, cuidadosamente organizadas por año y evento, porque Karen no podía evitarlo. Incluso en el caos, necesitaba orden.

Pero una fotografía le llamó la atención mientras las archivaba.

El kiosco de música de Shell Bay, de cuando todavía se mantenía y se utilizaba para eventos comunitarios. La pintura fresca, la estructura sólida, la playa detrás de él limpia y acogedora. Una multitud de unas cien personas se reunía a su alrededor, todos con la mirada puesta en el escenario.

—SHELL BAY'S GOT TALENT - 1994 —había escrito alguien en el reverso con rotulador desteñido.

El concurso de talentos. El que había lanzado la carrera de Gordon. El que había sido amañado por Gerald Summers para asegurar que Gordon ganara un puesto en the Neon Dreamers.

Karen le dio la vuelta a la foto y la estudió con más detenimiento, entornando los ojos ante las pequeñas figuras. La calidad no era muy buena. Eran tiempos anteriores a las cámaras digitales, cuando las fotos salían granuladas e imperfectas.

Pero podía distinguir los rostros. La mesa de los jueces con Gerald Summers claramente visible, más joven pero aún reconocible, con su complexión corpulenta y su postura segura. Y en el escenario, Gordon Godson. Joven, apuesto, radiante con esa sonrisa de un millón de vatios que lo había hecho famoso. Con los brazos alzados en señal de victoria, sosteniendo lo que parecía ser un trofeo o un certificado.

Pero fue la figura del fondo lo que hizo que Karen se detuviera.

De pie, al borde del escenario, parcialmente oculto por otros concursantes, había alguien más. Un hombre joven, con el rostro desencajado por algo que parecía rabia o desesperación. Tenía las manos apretadas en puños a los costados.

Karen acercó la foto, intentando distinguir los rasgos. La imagen estaba borrosa, la persona medio escondida, pero había algo en la postura y en la forma en que estaba de pie que le había llamado la atención. Y el rostro. Conocía ese rostro.

O, al menos, le resultaba familiar. Como alguien a quien hubiera visto recientemente, pero de más edad y cambiado por el tiempo.

La puerta del despacho se abrió de golpe y Karen dio un respingo, a punto de soltar la fotografía.

Gordon Godson estaba en el umbral, con el rostro congestionado y aterrorizado, y el pelo revuelto. Llevaba pantalones de pijama y una

camisa de vestir arrugada, como si se hubiera puesto lo primero que encontró al salir de casa.

—¡Karen! —le tembló la voz—. ¡Karen, María ha desaparecido!

Karen dejó la fotografía, con el pulso acelerado. —¿Qué? Alcalde, cálmese. ¿A qué se refiere con que ha desaparecido?

—Se fue a una clase de golf a las cuatro. Con James Parker en el club de golf. Debería haber estado en casa a las seis y media como muy tarde. —Gordon respiraba con dificultad, como si hubiera estado corriendo—. Han pasado las diez. No coge el teléfono. He llamado veinte veces.

—¿Ha llamado directamente al club de golf? —preguntó Karen, poniéndose ya de pie, con su instinto de administradora activándose a pesar de la impresión—. Quizá se quedó hasta tarde, perdió la noción del tiempo...

—¡He llamado! ¡Nadie responde! —la voz de Gordon subía hacia la histeria—. La casa club está cerrada. He empezado a conducir por todo Shell Bay, y luego he oído un montón de sirenas de la policía, y me temo que ha tenido un accidente, pero nadie en la comisaría coge el teléfono, así que no sabía qué hacer. He venido aquí porque pensaba que usted estaría, y usted siempre sabe qué hacer...

—Alcalde, por favor, pare. —Karen levantó la mano—. No saquemos conclusiones precipitadas; seguro que hay una buena explicación.

—Nunca llega tarde sin llamar —insistió Gordon—. ¡Nunca! María es siempre puntual. Siempre me hace saber dónde está. Siempre. Y ahora, simplemente... se ha ido.

El alcalde parecía aterrorizado. Genuina y profundamente aterrorizado de una forma que Karen nunca había visto antes.

—María —dijo Gordon Godson con la voz quebrada—. No puedo perder a María. Lo es todo. Ha estado conmigo en todo: the Neon Dreamers, las elecciones, todos estos años como alcalde. No funciono sin ella. No... no puedo...

Karen estaba marcando el número de Linda, pero sus ojos recayeron en la fotografía que seguía sobre su escritorio. El concurso de talentos. La figura al fondo con el rostro desencajado por la rabia.

Ese rostro que casi reconocía.

—Linda —dijo Karen en cuanto se estableció la comunicación, con voz de urgencia—. Soy Karen Cross. El alcalde está aquí y María Godson ha desaparecido. Se fue a una clase de golf esta tarde y no ha vuelto a casa.

—¿Cuándo fue la última vez que la vieron? —preguntó Linda, pasando de inmediato al modo profesional.

—A las cuatro. En el Shell Bay Golf Club. Con James Parker, el profesional del golf.

—Entiendo...

Pero Karen no escuchaba. Estaba mirando fijamente la fotografía.

Y de repente, con una claridad espantosa, Karen lo comprendió.

Capítulo treinta y nueve.

María Godson se despertó con frío.

Eso fue lo primero que notó: un frío hasta los huesos que la hacía tiritar de forma incontrolada, con los dientes castañeando. Intentó subirse las mantas, alcanzar el edredón que Gordon siempre acaparaba, pero sus brazos no cooperaban del todo. Los sentía pesados, lentos, como si no estuvieran conectados a su cerebro.

Y no estaba en la cama.

La superficie bajo ella era dura. Fría. Hormigón. Y el viento aullaba a su alrededor, atravesándole la ropa y haciendo que temblara con más fuerza si cabe.

Los ojos de María se abrieron de golpe.

Oscuridad. El cielo nocturno sobre ella, con las estrellas ocultas por nubes de tormenta. Y a su alrededor, el sonido del océano, las olas rompiendo contra la orilla. Cerca, tan cerca que podía oler la sal en el aire.

¿Dónde estaba?

Maria intentó incorporarse y descubrió que tenía las muñecas atadas delante con bridas. Los tobillos también. El plástico se le clavaba en la piel al moverse.

El pánico le inundó el pecho.

El club de golf. Había estado en el club de golf. Una clase de golf con James Parker, luego una copa en el bar para celebrar la jubilación de Gordon.

Y después... nada. Solo oscuridad hasta ahora.

—Me ha drogado —pensó María con horror.

Se obligó a mirar a su alrededor, a intentar comprender dónde se encontraba.

El kiosco de música. Estaba en el viejo kiosco de música de la playa, aquel que llevaba años cayéndose a trozos, con la pintura desconchada y la madera podrida. El techo ofrecía algo de protección contra el viento, pero no mucha. A través de los huecos de la barandilla, podía ver la playa oscura, los borreguillos en las olas y las luces de Shell Bay a lo lejos.

¿Por qué aquí? ¿Por qué el kiosco de música?

Un movimiento hizo que se quedara helada.

Una figura salió de entre las sombras en el borde del kiosco de música. Alta, delgada, familiar.

James Parker.

Pero ya no se parecía al simpático profesional de golf. Su expresión era fría, dura, completamente despojada de la calidez que le había mostrado hacía unas horas.

Y en su mano, captando la tenue luz de las farolas lejanas, había un cuchillo.

A María se le cortó la respiración. El terror la inundó, agudo e inmediato.

—James —logró decir con voz temblorosa—. James, ¿qué está haciendo? Por favor, no lo entiendo.

Él se acercó y se quedó de pie frente a ella, con el cuchillo sujeto con desgana a un lado.

—No necesita entenderlo —dijo él en voz baja—. Solo necesita saber que va a morir aquí esta noche.

—No —susurró Maria, con lágrimas rodando por sus mejillas—. Por favor, no. ¿Por qué? ¿Qué he hecho? Nunca le hice daño.

—Usted no hizo nada —dijo James. Su voz era tranquila, casi amable, lo que la hacía más aterradora— No se trata de usted, señora Godson. Se trata de Gordon.

—¿Gordon? —La mente de María trabajaba a toda velocidad, intentando dar sentido a aquella pesadilla—. ¿Qué hizo Gordon? Sé que a veces es molesto...

—Gordon tiene que sufrir —interrumpió James—. Gordon tiene que perderlo todo.

Se agachó junto a ella, lo suficientemente cerca como para que María pudiera verle los ojos. Estaban fríos y vacíos. —Usted va a morir para que Gordon sufra. Para que sepa lo que se siente al ver cómo le arrebatan todo.

—Por favor —sollozó María—. Por favor, James, no haga esto. Gordon me quiere. Si me hace daño, lo destruirá.

—Esa es la cuestión —dijo James suavemente.

—¿Pero por qué? —María no podía comprenderlo, no podía procesar por qué aquel hombre en el que había confiado, aquel hombre que le había dado clases de golf, estaba haciendo aquello—. James, ¿por qué? ¿Qué le hicimos nosotros?

Él volvió a ponerse de pie, mirándola desde arriba con aquella frialdad terrible.

—Mi nombre no es James —dijo él.

Y en ese instante, María comprendió que iba a morir.

Capítulo Cuarenta

Linda y Ray apenas habían cruzado la puerta con Marshall Evans y Agnes Crofton a cuestas, ambos con semblante indignado por diversos motivos, cuando se vieron rodeados de inmediato por gente que hablaba a la vez.

—Linda, tienes que ver esto…

—Inspector, hemos encontrado algo…

—Mi mujer ha desaparecido. Tiene que escucharme…

Linda levantó ambas manos, con la cabeza a punto de estallarle. —¡Silencio, todo el mundo! ¡Ahora mismo!

La cacofonía se apagó hasta convertirse en murmullos de frustración.

Linda recorrió con la mirada la abarrotada estancia. Allí estaba Tyler Collins, sosteniendo un trozo de papel y con aspecto agitado. Sarah Cooper estaba a su lado, aferrando una carpeta y prácticamente vibrando de urgencia. Gordon Godson permanecía cerca de la ventana, con el pelo alborotado y el rostro pálido por el pánico. Y Karen Cross agitaba una fotografía ante cualquiera que quisiera mirar, con la expresión tensa por el miedo.

—De uno en uno —dijo Linda, intentando mantener el control—. Gordon, usted primero. ¿Qué ha pasado con María?

—¡Ha desaparecido! —A Gordon se le quebró la voz—. Ha ido a una clase de golf esta tarde con James Parker y no ha vuelto a casa. Han pasado horas. No coge el teléfono. Su coche no está. Le ha pasado algo, lo sé.

—Nos encargaremos —le aseguró Linda, aunque en su cabeza ya sonaban las alarmas—. ¿Qué más?

Sarah y Tyler se miraron y empezaron a hablar al mismo tiempo.

—Es Steve James…

—El fax del Servicio de Prisiones…

—Salió en libertad condicional…

—Hace ocho meses…

—¡Basta! —Linda se pellizcó el puente de la nariz—. Tyler, usted primero. Despacio.

Tyler alzó una hoja de papel. —Este es el fax que ha llegado en cuanto he arreglado la máquina. Es del Servicio de Prisiones de BC —explicó—. Una notificación sobre la excarcelación de un recluso. Un tal Steve James. Salió en libertad condicional por buena conducta hace cuatro meses. Solo he pensado que podría ser importante, eso es todo.

A Linda se le heló la sangre. —¿Steve James está fuera de la cárcel?

—¡Sí! —casi gritó Sarah—. Es el mismo fax que recibió Gerald Summers. Nos lo ha dado Janice Summers. Al parecer, el Servicio de Prisiones avisa a todas las personas que podrían verse afectadas cuando un preso queda en libertad. Y yo fui la que descubrió que Steve James era el asesino antes que nadie, y que intentó ahogarme, así que deberían haberme avisado; pero no me dijeron nada.

—Eh, probablemente porque no tienes fax —dijo Tyler con suavidad—. El gobierno solo usa faxes.

—Eso es un poco retrógrado —comentó Ray—. Hasta nosotros usamos el correo electrónico. Y, siendo justos, Sarah, supimos que Steve James era el asesino más o menos al mismo tiempo que tú, así que…

—No creo que ese sea el asunto más importante aquí —dijo Linda con impaciencia—. ¿Así que su teoría es que Steve ha matado a

Gerald Summers?

Linda apenas podía creerlo. Su primerísimo caso de asesinato volvía para atormentarla. Steven James había asesinado al Comodoro Hiscocks y a Merlin Melthorpe porque ambos eran jueces del concurso de talentos que había impulsado a Gordon Godson al estrellato. El concurso había estado amañado. Steve James había quedado segundo, a pesar de tener mucho más talento que Gordon. Gerald Summers, el tercer juez, ya había decidido que Gordon Godson tenía el aspecto que necesitaba para su *boy band*, The Neon Dreamers. Durante años, Steven James se había sumido en la amargura hasta que finalmente estalló y asesinó a dos de los jueces, dejando a Gerald Summers con vida. Hasta hace unos días.

—Así que esto no tiene nada que ver con las elecciones —masculló ella.

—Exacto —asintió Sarah, calmándose un poco—. Steve James ha matado a Gerald Summers por venganza por el concurso de talentos. Y probablemente por el tiempo que ha pasado en prisión. Es obvio. Creemos que Steve atrajo a Gerald al campo de golf con una llamada telefónica y allí le partió la cabeza. Y estoy segura de que ha estado en el puerto deportivo. Ese hombre que se pasa el día tarareando esa melodía… sabía que me resultaba familiar.

—¡Ah, sí, ahora lo sé! —dijo Jewell con los ojos como platos—. Es el éxito de los Neon Dreamers, ¿cómo se llamaba…?

—Es esa que hace: *Baby, baby, ooh ooh, baby*… —cantó Ray para ayudar, aunque desafinando.

—No, eso no tiene sentido. —Karen, que había estado escuchando pacientemente, agitó una fotografía ante Linda.

—Tiene todo el sentido del mundo —dijo Sarah, ofendida—. He seguido los protocolos WRISOP.

—Un momento. —Linda levantó la mano—. Ray, llama a la prisión, consigue el nombre del agente de libertad condicional de Steve James y llámalo. Averigua exactamente dónde está. Ahora, ¿qué es lo que tengo que ver?

Le quitó la fotografía a Karen y observó la imagen borrosa. Un hombre joven, furioso, observando cómo Gordon aceptaba su victoria amañada.

—Sí —dijo Linda—. Entonces, Steve James mató a Gerald, ¿y ahora creen que tiene algo que ver con la desaparición de María?

—No —interrumpió Karen—. Fíjese en esta persona. Al lado de Steve. —Señaló otra figura en la fotografía, algo más joven, que estaba junto a Steve con una mano de apoyo sobre su hombro—. Mire a esa persona.

Linda se acercó, entornando los ojos ante la foto.

—Linda, ese es James Parker. El profesional de golf del Shell Bay Golf Club.

Linda se le quedó mirando. —¿Cómo?

—Mire la cara. Ahora es más viejo, pero es él. Estoy segura. —A Karen le temblaban las manos—. James Parker.

—Jefa —dijo Ray, tapando el auricular de su teléfono—. El agente de libertad condicional de Steve James dice que Steve está en el centro de reinserción. Lleva allí desde que salió de la cárcel. Tiene una rutina diaria y no se ha movido de allí en semanas. Esta noche ha cenado, ha visto la tele y se ha acostado sobre las nueve y media. Ha estado allí todo el tiempo, incluso la noche del asesinato.

—¿Están seguros? —exigió Linda. Todo aquello resultaba muy confuso.

—Positivo. Hacen controles cada hora. No ha salido. Y la única persona que lo visita o lo llama es su hermano, Parker. Está registrado; monitorizan todas las llamadas y visitas de los residentes.

¿Parker?

—Oh, Dios —susurró Linda.

James Parker. Parker James.

Steve James no podía salir del centro de reinserción sin violar la libertad condicional. Pero su hermano Parker podía ir a cualquier parte y hacer lo que quisiera.

Y Parker James —haciéndose llamar James Parker— llevaba seis meses trabajando en el club de golf, planeando, esperando, preparándolo todo.

—No es Steve —dijo Linda con urgencia en la voz—. Es su hermano. Parker James ha estado usando el nombre de James Parker. Él es quien ha matado a Gerald, el que ha estado planeando esta venganza. Y debe de tener a María.

Gordon emitió un sonido de ahogo. —No. No, por favor.

—¿A dónde se la llevaría? —preguntó Ray.

—Demasiado obvio —dijo Linda—. A algún lugar simbólico. Un lugar relacionado con el crimen original, con el concurso de talentos.

—El quiosco de música —dijo Karen de repente—. La foto se hizo en el quiosco de música. Allí es donde se celebró el concurso de talentos. Donde empezó todo.

—Ray, pide refuerzos para el quiosco de música de la playa. Ahora. Y llama a una ambulancia. —Linda ya corría hacia la puerta—. Gordon, quédese aquí.

—¡Ni hablar! —Gordon iba justo detrás de ella—. Es mi mujer.

Linda se dio la vuelta. —Todo el mundo se queda aquí. Es una orden… ¿Dónde demonios está Agnes?

Capítulo Cuarenta y Uno

Agnes Crofton corrió por la playa; le ardían los pulmones y las piernas protestaban a cada paso, pero no aminoró la marcha.

El kiosco de música se alzaba ante ella en la oscuridad, una estructura esquelética cuya silueta se recortaba contra el cielo nocturno. El mismo kiosco de música donde se había sentado hacía apenas unos días, fumando y reflexionando sobre los tratos que había hecho, preguntándose si no habría llegado demasiado lejos.

—Cerrando el círculo —pensó con amargura—. Siempre se acaba cerrando el círculo.

Podía oír el rugido del océano y las olas rompiendo contra la orilla.

En el kiosco de música alcanzó a ver dos figuras.

Maria Godson, atada y aterrorizada, forcejeaba contra sus ligaduras sobre el suelo de hormigón, y Parker James, de pie sobre ella con un cuchillo.

Agnes no pensó. No planeó ni calculó las probabilidades, ni consideró las consecuencias.

Por una vez en su vida, simplemente actuó.

Se sacó el cigarrillo de la boca, todavía encendido a pesar del viento, y corrió directa hacia ellos.

Sus pies golpearon con fuerza los escalones del kiosco de música. Su respiración se tornó en jadeos entrecortados.

Parker James alzó el cuchillo, con el rostro desencajado por la rabia, el dolor y treinta años de amargura. Maria gritaba, intentando rodar para alejarse, indefensa con las manos y los pies atados.

—¡No! —gritó Agnes.

Parker giró la cabeza bruscamente hacia ella, con la sorpresa reflejada en el rostro. —¿Agnes? ¿Qué...?

Ella ya se le había echado encima.

Agnes Crofton, sesenta y dos años, empresaria fumadora empedernida y despiadada negociadora, no había dado un puñetazo en su vida. Nunca le había hecho falta. Ella infligía dolor con palabras y cotilleos. Pero conocía la única cosa que podía detener a cualquiera, aunque fuera por un momento.

Lanzó la mano hacia adelante y hundió el extremo encendido de su cigarrillo directamente en el ojo de Parker James.

El grito fue inhumano, un aullido de pura agonía que cortó el viento y las olas. Parker tropezó hacia atrás, llevándose ambas manos a la cara, mientras el cuchillo caía estrepitosamente al suelo de hormigón.

—Tú... tú... —chilló él, y el viento se llevó sus palabras.

Agnes no esperó. Recogió el cuchillo y se dejó caer al lado de Maria.

—¿Está herida? —le preguntó Agnes.

—No —sollozó Maria—. No, estoy bien, pero Agnes, él...

Parker se estaba recuperando, con el rostro contraído por la rabia y el dolor. Tenía un ojo fuertemente cerrado, del que brotaban lágrimas. Pero el otro ojo —el que no estaba dañado— estaba fijo en Agnes con puro odio.

—Lo has arruinado todo —gruñó, avanzando hacia ellas—. ¡Todo! Después de toda esta planificación, de toda esta espera.

—Su plan era una basura —espetó Agnes, luchando por cortar las cuerdas de Maria. No iba a conseguir soltarla a tiempo—. ¿Venganza por un concurso de talentos amañado de hace treinta años? Es patético, Parker. Patético y triste.

—¡No me llames patético! —Parker se lanzó hacia delante.

Agnes se interpuso ante Maria, usando su cuerpo como escudo. —¿Qué va a hacer? ¿Matarnos a las dos? La policía está de camino.

Linda Jenkins sabe quién es usted. Se acabó.

—¡No se acabará hasta que Gordon Godson sufra! —A Parker se le quebraba la voz, rota por la emoción—. ¡Le quitó todo a Steve! ¡Todo! ¡Y él se limitó a vivir su vida perfecta mientras Steve se pudría en la cárcel!

—Gordon no envió a su hermano a la cárcel —dijo Agnes con voz tajante—. Su hermano mató a alguien. Por eso fue a la cárcel. No por un concurso de talentos. Porque asesinó al Comodoro Hiscocks.

—¡Porque su vida estaba destruida! —gritó Parker—. ¡Porque no le quedaba nada después de que Gordon y Gerald le robaran el futuro!

—Así que usted mató a Gerald —dijo Agnes—. Y ahora quiere matar a Maria para herir a Gordon. ¿Cree que eso le hace mejor que ellos? ¿Cree que eso es justicia?

—Es venganza —dijo Parker con frialdad—. Y es lo único que me queda.

Se movió hacia ellas de nuevo, pero el ojo dañado le afectaba al equilibrio. Tropezó ligeramente y Agnes vio su oportunidad.

—Atrás —advirtió, apuntándole con la hoja—. Hablo en serio, Parker. Atrás, joder.

Parker soltó una carcajada amarga. —No va a apuñalarme, Agnes.

—Se me han caído los cigarrillos —gruñó Agnes—. Y he desperdiciado el último con usted. Así que póngame a prueba. Acérquese más y veremos si puedo apuñalarle o no.

Parker dio un paso atrás y, al hacerlo, el sonido de las sirenas llenó el aire.

El primer coche patrulla frenó en seco en la playa, y Agnes levantó la vista para ver a la inspectora Linda Jenkins y al sargento Ray Reynolds corriendo hacia ellos.

Parker también los vio. Se dio la vuelta y echó a correr.

No hacia la playa, sino hacia el océano. Hacia el agua oscura y las olas que rompían con fuerza.

—Maldita sea —masculló Agnes.

En un momento, Linda y Ray estaban liberando a Maria, y Gordon Godson corría hacia ellos.

—Maria, Maria, oh, amor mío —chilló él mientras se lanzaba hacia su esposa.

—Señor, dame paciencia. —Agnes puso los ojos en blanco.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Linda—. Eso ha sido... muy valiente. Una estupidez, pero valiente.

—No, no estoy bien —espetó Agnes—. Necesito un cigarrillo.

Capítulo cuarenta y dos.

Tres semanas después

Linda Jenkins se acurrucó en su sofá con una copa de vino en la mano y se permitió, por fin, relajarse.

Frente a ella, el doctor Marcus Alexander estaba sentado en el sillón, sosteniendo su propia copa.

—Así que —dijo Marcus, haciendo girar el vino—, Parker James.

—Culpable —confirmó Linda, tomando un sorbo—. Lo sacaron del océano a unos cien metros de la costa. Hipotermia, agotamiento, pero vivo. Por los pelos.

—¿Y ha confesado?

—Al final, sí. Aunque teníamos pruebas suficientes sin necesidad de eso. —Linda dejó la copa sobre la mesa de centro—. Las huellas dactilares en aquel botón que analizaste, el que Gordon encontró en la escena del crimen, lo sentenciaron. Las huellas de Parker, claras como el agua. Debió de perderlo durante el forcejeo con Gerald.

—No me puedo creer que recogiera un botón en la escena de un asesinato —comentó Marcus.

—Gordon vio algo brillante en la trampa de arena y se lo guardó en el bolsillo antes siquiera de darse cuenta de lo que estaba mirando. Luego se olvidó de ello hasta que Maria le recordó que

vaciara los bolsillos antes de poner la lavadora hace una semana. Menos mal.

Marcus se rió. —¿Y qué hay de Steve James? —preguntó—. ¿El hermano?

—También acusado. Conspiración para el asesinato. —Linda volvió a coger su copa—. El centro de reinserción grababa todas las llamadas telefónicas de Steve, tal como exigían las condiciones de la libertad condicional. Las revisamos todas, una por una. Resulta que Steve y Parker llevaban meses planeando esto. Primero, Parker consiguió el trabajo en el club de golf. A Richard Westbrook no le importaba lo que hiciera el hombre en todo el día, siempre que el club funcionara bien, de modo que Parker podía escaparse para espiar a Sarah Cooper, a quien Steve culpaba de haber resuelto el asesinato de Hiscock. Planeaban matarla a ella también. Pero tuvieron un golpe de suerte cuando Gordon contrató a Gerald como director de campaña de Karen, y Gerald se instaló en Shell Bay. A partir de ahí, solo tuvieron que averiguar cuál era el mejor momento para atraerlo al campo de golf. Steve no podía salir del centro de reinserción sin violar la libertad condicional, así que Parker hizo todo el trabajo de campo. Pero Steve formaba parte de la conspiración sin ninguna duda.

—Los dos hermanos irán a prisión —observó Marcus—. Después de treinta años de resentimiento por un concurso de talentos amañado.

—Es trágico, la verdad —dijo Linda en voz baja—. Si Steve simplemente hubiera pasado página, hubiera ido a terapia y construido una vida diferente, podría haber estado bien. En lugar de eso, dejó que esa pérdida lo consumiera. Dejó que lo convirtiera en un asesino. Y luego convenció a su hermano para que lo ayudara a destruir a las personas a las que culpaba.

Se quedaron sentados en un cómodo silencio por un momento, con el único sonido de la música suave que salía del altavoz de Linda y el tintineo ocasional de la copa contra la mesa.

—¿Y los Westbrook? —preguntó Marcus finalmente—. ¿He oído algo sobre cargos por fraude?

—Ah, esa es la parte interesante. —La expresión de Linda se tornó satisfecha—. Paul Westbrook se retiró de la carrera a la alcaldía el día después de que su padre fuera desenmascarado. Resulta que los documentos que Marshall Evans y Agnes encontraron en el despacho de Richard eran exactamente lo que los investigadores necesitaban: la pieza que faltaba en múltiples investigaciones de fraude y blanqueo de capitales que se remontaban a quince años atrás.

—¿O sea que el allanamiento de morada de Marshall sirvió para algo después de todo?

—Irónicamente, sí. —Linda sonrió—. Aunque todavía se enfrenta a cargos por el allanamiento y por la corrupción relacionada con las licencias urbanísticas. Ese es el fin de su carrera política. Y de los carriles bici en Shell Bay.

—¿Richard Westbrook también ha sido acusado?

—Arrestado y acusado de fraude, blanqueo de capitales, evasión fiscal e intimidación de testigos. La investigación sigue en curso, pero han congelado sus activos y le han denegado la fianza. Está en una celda en Vancouver esperando el juicio. —Linda tomó otro sorbo de vino—. Resulta que el campo de golf era exactamente lo que Marshall sospechaba: una tapadera para blanquear dinero de cuentas en paraísos fiscales. Richard usaba la renovación como una forma de hacer que los fondos ilegales parecieran legítimos.

—¿Qué pasará ahora con el club de golf?

—Esa es la mejor parte. —Linda no pudo evitar sonreír—. Agnes Crofton se ha quedado con todo.

Marcus casi se atraganta con el vino. —¿Qué?

—Cuando arrestaron a Richard, embargaron sus bienes, incluidas sus acciones del club de golf. Pero el doce por ciento de Agnes estaba técnicamente aparte, como parte de un contrato con la campaña de Paul. Y dado que Paul se retiró de la carrera, el contrato quedó anulado, pero las acciones de Agnes volvieron a ella como compensación por los servicios ya prestados. —Linda sacudió la cabeza con admiración—. De algún modo, mediante maniobras legales que no termino de comprender, Agnes acabó comprando las acciones restantes en una subasta judicial concursal por una fracción

de lo que valen. Ahora es la propietaria absoluta de todo el Shell Bay Golf Club.

—Agnes Crofton —dijo Marcus lentamente— se ha librado de los cargos penales, ha evitado que Parker James la matara y ha terminado siendo dueña de un campo de golf multimillonario.

—Así es Agnes —dijo Linda—. Siempre cae de pie. Aunque creo que esta experiencia la ha asustado más de lo que está dispuesta a admitir. Me ha dicho que ha terminado de hacer negocios con criminales. De ahora en adelante, solo negocios legítimos.

—¿Te la crees?

—Ni lo más mínimo. —Linda se rió—. Pero al menos salvó la vida de Maria. Eso cuenta algo.

—Cierto —asintió Marcus.

—Y lo que es mejor —continuó Linda—, con Paul y Marshall fuera de la carrera, Karen Cross ha sido elegida por aclamación. La primera alcaldesa de Shell Bay. Y probablemente la primera que realmente sabe cómo gestionar una ciudad.

—Gordon tiene que estar encantado —dijo Marcus con ironía.

—Gordon está pintando —dijo Linda—. Ha decidido que jubilarse significa dedicarse a su verdadera pasión: el arte. Da clases tres veces por semana y ya ha pintado diecisiete lienzos. Maria dice que su casa parece una galería tras una explosión.

—¿Son buenos?

—Son horribles —admitió Linda—. Pero Gordon está convencido de que va a ser un artista famoso. Ya está intentando convencer a Karen para que construya la primera galería de arte de Shell Bay para exhibir el talento local. Con lo cual se refiere a él mismo.

Marcus volvió a reírse. —Hay cosas que nunca cambian.

—No —asintió Linda—. Es verdad.

Cogió la botella de vino y rellenó ambas copas. La velada se extendía ante ellos, cómoda y tranquila. Sin investigaciones de asesinato. Sin llamadas urgentes. Sin cadáveres en búnkeres ni tramas de venganza ni políticos corruptos.

Solo vino, conversación y la tranquila satisfacción de un caso resuelto.

—He oído un rumor —dijo Marcus con cautela— de que podrías recibir un ascenso.

La mano de Linda se detuvo sobre su copa. —¿De dónde has sacado eso?

—Cotilleos de la oficina del forense. Al parecer, el sargento de estado mayor Croud le ha estado diciendo a todo el que quiera escuchar que se jubila y que te recomienda como su sustituta.

—Mencionó algo —admitió Linda—. Pero no es oficial. Y, sinceramente, no estoy segura de cómo me siento al respecto.

—Se te daría bien —dijo Marcus—. Eres una líder natural. El equipo te respeta. Has resuelto todos los casos importantes desde que llegaste a Shell Bay.

—Si acepto el ascenso —dijo ella—, estaré aún más ocupada. Más responsabilidad, más trabajo administrativo, más...

—¿Más estrés y menos tiempo para tomar vino con patólogos atractivos? —terminó Marcus con una leve sonrisa.

—Algo así.

—Linda —Marcus se inclinó un poco hacia delante—, no me voy a ninguna parte. Con ascenso o sin él, seguiré aquí.

—Me alegra saberlo —dijo Linda, y lo decía de corazón.

Alzaron sus copas en un brindis silencioso: por los casos resueltos y los nuevos comienzos, por la justicia y las segundas oportunidades, por los momentos tranquilos entre el caos.

—Por Shell Bay —dijo Marcus.

—Por Shell Bay —repitió Linda—. Que tenga un futuro agradable, tranquilo y libre de asesinatos.

Epílogo

Sarah Cooper estaba sentada con las piernas cruzadas en el suelo de la cocina del comodoro, rodeada de cajas de cartón y carpetas de manila que olían a polvo y a papel viejo.

Thurgood Private Investigations Inc.

Las palabras estaban impresas en cada archivo, cada sobre y cada hoja de papel con membrete. Un recordatorio de su antigua vida; la de antes del puerto deportivo, antes de los Wharf Rats, antes de descubrir que resolver asesinatos era infinitamente más interesante que archivar facturas y atender llamadas para un investigador privado que se encargaba sobre todo de casos de fraude al seguro.

Llevaba meses posponiendo esto. El viejo Thurgood la había llamado en verano, con voz temblorosa pero aún brusca, preguntándole si podía recoger los últimos archivos de su trastero. Ahora estaba en una residencia de ancianos —Willow Brook Retirement Community— y el negocio estaba oficialmente cerrado. Alguien tenía que poner orden en lo que quedaba, decidir qué conservar y qué destruir.

Sarah se había ofrecido voluntaria, por supuesto. No podía decirle que no a Thurgood. Él le había dado un trabajo cuando lo necesitaba, le había enseñado los conceptos básicos del trabajo de investigación y nunca se había quejado de sus obsesivos sistemas de

archivo ni de su tendencia a reorganizar toda la oficina cuando él salía a investigar casos.

Sacó otra carpeta. —Reclamación del seguro Henderson —2019—. En su interior había fotografías de un hombre que alegaba una lesión de espalda mientras, al mismo tiempo, jugaba al rugby los fines de semana. Un caso de fraude clásico. Sencillo, directo, nada que ver con un asesinato en un puerto deportivo o cadáveres en los búnkeres de un campo de golf.

Sarah la apartó al montón para triturar y cogió la siguiente caja.

Aquel trabajo parecía pertenecer a otra vida. Sentada ante un escritorio, respondiendo al teléfono, redactando informes. Siguiendo las instrucciones de Thurgood sin rechistar. Archivándolo todo por triplicado porque así se había hecho siempre.

No lo echaba de menos.

Ni lo más mínimo.

Sarah miró a su alrededor en la acogedora cocina del comodoro —su hogar ahora, su espacio—. A través de la pequeña ventana, podía ver el puerto deportivo. El barco de Jewell a dos amarres de distancia, con los paneles solares brillando bajo el sol de la tarde. Dine on the Dock más abajo en el muelle, donde Joseph probablemente ya estaría preparando el servicio de cena. El suave balanceo de los barcos, el grito de las gaviotas, el olor a agua salada.

Este era su hogar. Aquí era donde pertenecía.

Los Wharf Rats. Las investigaciones. La amistad con Jewell y Joseph, y con la Inspectora Linda Jenkins. Incluso Agnes. Sarah se estremeció un poco al pensar en lo que podría haber pasado si Agnes no hubiera rescatado a María Godson. Y según Linda, Parker James tenía la intención de matar también a Sarah.

Sarah sacó su carpeta rosa de Notas de campo, la de la investigación más reciente. Había tenido la intención de archivarla debidamente con las demás, crear un resumen completo del caso y cruzar todos los datos con el Registro Maestro de Investigación.

Pero quizás no hacía falta.

Quizás estaba bien simplemente... cerrar el caso y seguir adelante.

Jewell tenía razón: a veces había que confiar en el instinto en lugar de limitarse a los archivos. A veces la respuesta no estaba en una carpeta perfectamente organizada, sino en una sensación, una corazonada, una melodía que te rondaba la cabeza hasta que recordabas dónde la habías oído antes.

Sarah abrió otra caja y encontró una fotografía enmarcada de la oficina de Thurgood Private Investigations Inc., de hacia 2018. El propio Thurgood, de pie frente a su escritorio, con aspecto severo y profesional. Y al fondo, apenas visible, estaba Sarah en su mesa, rodeada de archivos, con un teléfono en la oreja.

Sarah apartó la fotografía al montón de cosas que conservar.

Su teléfono vibró. Un mensaje de Jewell: —No te imaginas lo que me han contado de Agnes y el club de golf. ¿Te vienes a mi casa?—.

Sarah sonrió y respondió al instante: —Llego en un momento—.

Sarah miró las cajas que aún esperaban ser clasificadas, luego la fotografía de Thurgood en su oficina. ¿Se sentiría solo en aquella residencia de ancianos? ¿Le visitaba alguien? ¿Le llevaba alguien casos interesantes en los que pensar, o solo había bingo, comida terrible y el lento paso de días vacíos?

Debería visitarle. O al menos escribirle.

Sarah apartó una pila de archivos, sacó una hoja de papel y destapó su bolígrafo.

—Estimado Sr. Thurgood—, comenzó.

—Estoy clasificando los archivos del trastero, tal como me pidió. Es extraño revisar todos estos casos antiguos, recordando a aquella versión de mí misma que pensaba que atender teléfonos era lo más cerca que estaría nunca de un trabajo de investigación real—.

—Quería darle las gracias por darme aquel trabajo. Sé que solo era la asistente administrativa, pero me enseñó más de lo que probablemente imagina. Cómo hacer las preguntas adecuadas, cómo documentarlo todo correctamente y, especialmente, cómo buscar patrones en información aparentemente aleatoria—.

—He estado ocupada aplicando todos sus procedimientos, y mis amigos y yo les estamos dando buen uso resolviendo casos de asesinato reales. Trabajo de detective de verdad, no solo fraudes al seguro—.

—Creo que estaría orgulloso. O tal vez horrorizado de que me esté poniendo en peligro. Probablemente ambas cosas—.

—El último caso trataba sobre un plan de venganza derivado de un concurso de talentos amañado hace treinta años. Es una larga historia, pero lo resolvimos—.

—Espero que se encuentre bien en Willow Brook. Me gustaría visitarle algún día, si le parece bien. Podría llevarle algunos de los archivos de casos más interesantes en los que hemos estado trabajando, y Joseph hace unas galletas excelentes—.

—Gracias de nuevo por todo—.

Sarah hizo una pausa, con el bolígrafo suspendido sobre el papel. Luego añadió una última línea.

—He encontrado mi hogar, Sr. Thurgood. He encontrado el lugar al que pertenezco. Y creo que eso le alegraría—.

Firmó, dobló el papel con cuidado y lo metió en un sobre. Lo echaría al correo mañana, junto con un paquete de las mejores galletas de Joseph.

Fuera, Jewell probablemente la esperaba con algún cotilleo. El puerto deportivo caía la tarde; los barcos se mecían suavemente en sus amarres.

Sarah Cooper se puso en pie, dejando las cajas para otro día, y salió al encuentro de su nueva vida.

Otras obras de Jackie Sharp

Serie de misterio de los Wharf Rats

Asesinato en el puerto deportivo
- Muerte en el muelle
- Un cuerpo en el cobertizo de botes
- Cadáver en la cafetería
- Asesinato en el museo
- Un cadáver bajo el árbol de Navidad(Relato corto)
- Un cuerpo en el búnker